

Félix Gutiérrez

Desaparecidos en el páramo





Desaparecidos en el páramo

Félix Gutiérrez

Félix Gutiérrez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798392944163

Digitalización de la ilustración de la portada:
Rosana Pérez Solache

Diseño de la portada:
Génesis Matos

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Dedicatoria

A la memoria de los que un día subieron a las montañas de los Andes venezolanos y no han regresado. De los que no sabemos aún si están vivos o muertos.

A los que regresaron vivos y a los que lamentablemente regresaron muertos.

A todos ellos, a todas ellas, dedico este libro.

A la señora Gloria Márquez, por abrirme las puertas de Mérida.

A Andreína.

Por su amor y su paciencia.

Por aquellos inolvidables días que vivimos en la acogedora ciudad andina.

A esta hermosa mujer con la que comparto los días y las noches. Por echar a volar por el mundo dos nuevas ilusiones que llamamos Joaquín Eduardo y Juan Andrés.

A la memoria de mi hermano José Gregorio, porque él siempre está presente en lo que hago.

A todos mis amigos y mis amigas ausentes, a ellos también dedico este libro.

Prólogo: Accidentabilidad en la alta montaña

Un domingo en la mañana del año 2007 decidí ir a caminar con mi esposa Laura y mis dos hijos por uno de los senderos del andinismo y excursionismo más conocido del Parque Nacional Sierra Nevada de Mérida. El ascenso comienza en La Mucuy y, a medida que avanzas, te conduce por un recorrido espectacular hasta la base de los picos Humboldt, Bompland y Bolívar, las cimas más elevadas de Venezuela.

La intención de aquella breve excursión no era otra que dar un corto paseo familiar e internarnos en el bosque nublado que envuelve los primeros kilómetros de esa ruta y entonces, tras comer algo ligero, retornar a casa.

Luego del sector llamado Bosque de Pinos, se dio un encuentro que hizo que aquel paseo fuese inolvidable para mí. Poco a poco nos fuimos acercando a una persona que se encontraba de pie en medio de aquel camino. Llevaba puestos zapatos de suela, pantalón de vestir y camisa de manga corta.

Al principio no estaba seguro de qué se trataba aquella escena, sin embargo, al acercarnos, la corpulenta figura del hombre se me fue haciendo cada vez más familiar, hasta que finalmente logré identificarle con claridad: se trataba del padre de Raúl Villamediana, un joven oriundo de una ciudad del centro del país que en

compañía de dos amigos, vino a Mérida a hacer una excursión en la Sierra Nevada diecisiete años antes, y que desapareció en ese mismo sendero, varios kilómetros más adelante, justo en el punto del desagüe de la Laguna Verde, en la base del Pico Humboldt.

Aquel incidente originó una de las tantas operaciones que me tocó coordinar durante los años que trabajé en labores de búsqueda y rescate en las montañas de Mérida, y fue también uno de los casos más dolorosos pues, pese a la gran cantidad de esfuerzos y de elementos hallados, nunca logramos encontrar al joven.

Nos reconocimos de inmediato y nos saludamos con afecto en medio de la soledad de aquel bosque. Fue un encuentro cercano, cálido, casi familiar, entre dos personas que se habían conocido en medio de unas circunstancias muy complejas y que juntos habían vivido momentos densos, llenos de incertidumbre, de esperanzas, de decepciones y, finalmente, de mucha tristeza.

Le pregunté cómo estaba, indagué sobre su salud y si seguía viviendo en la misma ciudad que cuando le conocí. Quise saber de su esposa, a quien había acompañado también —y que siempre mostró un abrumador estoicismo— cada hora, cada minuto, durante las operaciones de búsqueda de su hijo Raúl, y que nos parecieron semanas interminables.

Luego de aquel encuentro fugaz nos despedimos afectuosamente, deseándonos lo mejor. En los últimos instantes de aquel encuentro le sugerí que fuese cuidadoso, porque el camino de regreso es muy resbaladizo y él, a su vez, me pidió que, por favor,

le hiciera llegar sus saludos y, de nuevo, su gratitud y la de su familia a todas y cada una de las cientos de personas que apoyaron aquella infructuosa búsqueda que nos llevó a conocernos hacía diecisiete años.

Por más antinatural que parezca, nunca consideré necesario averiguar, en el contexto de aquel encuentro, algo que para muchos pudiera parecer obligatorio: «¿Qué diablos está haciendo usted aquí solo, en medio de este bosque?». Y es que la respuesta era obvia y la pregunta, además, completamente innecesaria: él estaba allí buscando aún a aquel hijo que había desaparecido.

Un pesar que nunca termina

Siempre se ha sugerido que toda persona que trabaje en el mundo del rescate y salvamento —particularmente en las áreas de planificación y coordinación de operaciones— conozca los principios y las recomendaciones que la psicología brinda a la hora de tener que lidiar con el dolor de quienes pierden un ser querido.

Allí es siempre útil entender los diversos mecanismos de adaptación con los que la mente trata de asimilar esas situaciones tan indeseables, como el fenómeno del duelo, sus etapas y la manera en que este proceso pareciera permitir a los dolientes asumir el dolor, sobrellevar la pérdida y, llegado el momento, seguir adelante.

Por fortuna, en la gran mayoría de los casos, los resultados que se obtienen en estas operaciones de búsqueda y rescate, se traducen en «finales felices» que llenan de inmensa alegría a familiares y amigos, y suelen ha-

certe objeto de -en mi opinión- un inmerecido nivel de gratitud por el apoyo brindado a alguien que ha sido víctima de un accidente en la alta montaña. Sin embargo, en ocasiones, esos finales no son tan felices como se quisiera, y las noticias y los resultados que se pueden ofrecer no son para nada los deseados.

Un hecho curioso que viví en esos momentos en los que, tras días de búsqueda de una persona, nos correspondía notificar a familiares y amigos sobre el hallazgo de los restos sin vida de su allegado; es que, incluso en esos casos -sin menoscabo de la tristeza y el dolor que suelen embargar a los deudos ante la mala noticia-, estos no dejaban de manifestar su inmensa gratitud por el esfuerzo que permitió localizar a su ser querido, independientemente de las circunstancias.

Aprendí a leer en aquellos deudos una suerte de sensación tácita de paz, de cierre, y de un tipo muy particular de satisfacción asociada al hecho de saber que en muy poco tiempo, podrían finalmente recibir los restos mortales de su familiar, además de organizar los actos fúnebres que, más allá de su valor simbólico y religioso, servirían para concretar una primera fase del proceso de duelo que, de alguna manera, es la clave para poder disipar poco a poco el dolor de la pérdida. Sin duda, existe lo que se constituye como el peor escenario de una operación de búsqueda y rescate: cuando -por diversas razones- la localización del objetivo no puede concretarse. A partir de ese momento, a ese ser querido se le adjudica el espantoso calificativo de «desaparecido», una situación realmente indeseable

para sus deudos quienes, al no contar con un cuerpo físico, no pueden darle la debida sepultura, lo que les imposibilita cerrar de algún modo su desconsuelo.

El dolor y la angustia por un familiar desaparecido son emociones muy difíciles de cerrar o superar, y no siempre el paso del tiempo funciona como paliativo. Suelen ser descritas por especialistas en el tema como una sensación de vértigo permanente que puede propiciar, en quienes sobreviven o quedan aquí, un enorme vacío que les obliga a replantear metas y reencontrar un sentido nuevo a la vida que dé cabida a las inmensas incógnitas que quedan abiertas cuando una persona amada, de un momento a otro, pareciera diluirse en la nada.

El problema de fondo que se origina cuando una persona desaparece o se desvanece y no deja rastro, es que nunca es posible tener la certeza de si está viva o no, y en esa situación es muy difícil la elaboración del duelo por parte de sus familiares. De hecho, algunos de los cuestionamientos más complejos que me han expresado los dolientes son: ¿cómo aceptar la pérdida si no tengo la certeza de que ya no está?, ¿cómo pensar en despedirle ante tanta incertidumbre?, ¿cómo no sentirme culpable al asumir una muerte de la que no puedo dar fe?, ¿cómo aceptar su partida en esas circunstancias, sin entender que, con mi rendición, «soy yo mismo quien está matando a mi ser querido»? Todo lo anterior posiciona este tipo de duelo como una suerte de dolor suspendido. Un sufrimiento que suele pausarse periódicamente y que cada cierto tiem-

po aflora de nuevo, siempre guiado por la esperanza de recobrar a ese ser amado que se convirtió en ausencia, y no importa cuán irracional o ridícula dicha esperanza pudiera parecer.

Lo anterior condena, a quienes se ven obligados a vivir esas situaciones, a permanecer inmersos en un dolor intermitente, anclado a una pesada zozobra e incertidumbre que tiende, con el tiempo, a desencadenar cuadros de profundo estrés y angustia, de los que no siempre es fácil salir ilesos.

Incidencia geoespacial de los siniestros de montaña

Un aspecto más técnico que vale la pena comentar cuando se habla de desaparecidos y accidentados en zonas de montaña, está relacionado con cuán frecuentes son este tipo de situaciones en los parques venezolanos en donde más se practica el montañismo y la escalada: el Parque Nacional Sierra Nevada y el Parque Nacional Sierra de La Culata de Mérida.

Sobre este particular conviene partir por reconocer que las estadísticas de accidentabilidad –tanto de incidentes en áreas de montaña, como de cualquier otro tipo de eventos adversos (accidentes de tránsito, accidentes aéreos, emergencias urbanas)-, son reconocidas universalmente como uno de los insumos más útiles e importantes para poder entender y caracterizar la naturaleza de los diversos tipos de inconvenientes que suelen presentarse en cada región.

Con base en lo que estas sugieren, podemos afirmar que los técnicos y gestores de los planes de seguridad

de la mayoría de los parques nacionales del mundo, definen con detalle, tanto las acciones preventivas para evitar futuras calamidades (mejora de caminos, señalética, certificación de guías), como los mecanismos de preparación y respuesta que optimizan la atención a futuras contingencias que pudieran presentarse.

Es penoso pero, en el caso venezolano, pareciera que los entes oficiales, responsables de atender este tipo de emergencias, nunca han entendido la importancia de llevar un adecuado registro de las mismas. Debido a eso, en estas instituciones no existen estadísticas que reflejen en forma fiel y adecuada la información. En algunos casos, estas carencias son cubiertas por organizaciones no gubernamentales y académicas de diverso tipo que, a lo largo de varias décadas, se han dado a la tarea de construir y mantener, en algunas regiones del país, una base de datos georreferenciados sobre la incidencia de este tipo de eventos adversos.

Un ejemplo concreto de lo anterior ocurre alrededor del registro de accidentabilidad en áreas de montaña que ha sido definido en los principales parques nacionales del estado Mérida en donde están localizadas las cumbres más altas de Venezuela y en el que, gracias al esfuerzo de diversos actores académicos y de la sociedad civil, existe una interesante referencia estadística de accidentes de diverso tipo.

A la hora de referir los primeros trabajos escritos donde se describen con rigurosidad algunos de los accidentes de montaña más icónicos registrados en el Parque Nacional Sierra Nevada, es obligatorio men-

cionar los aportes que hizo Carlos Chalbaud Zerpa, médico, profesor de la Universidad de Los Andes, y un destacado escritor sobre temas vinculados a la historia de la ciudad de Mérida, de su universidad y de la Sierra Nevada.

Chalbaud fue un andinista connotado, además de presidente del Club Andino Venezolano. Ese amor por las montañas que siempre le rodearon, lo motivó a escribir una importante obra sobre la historia del andinismo, en la que incluyó con frecuencia referencias y capítulos muy interesantes sobre algunos de los accidentes más relevantes ocurridos -particularmente entre 1960 y 1980— en las montañas de la Sierra Nevada merideña.

Cuando se trata de destacar un registro con estadísticas válidas de accidentes de montaña en Mérida, nos atrevemos a decir que el compendio más completo disponible se comenzó a recabar formalmente, a partir del 2007, en la fundación sin fines de lucro Centro de Investigación en Gestión de Riesgos (CIGIR). De hecho, tal registro, forma parte de una de sus líneas de estudio.

Para lograrlo, se ha contado con la participación y el apoyo de un importante número de socorristas, montañistas y, particularmente, de un destacado grupo de estudiantes de pregrado y postgrado que apoyaron diversos esfuerzos de levantamiento de datos y que, incluso, desarrollaron interesantes tesis de grado vinculadas a la temática.

En relación con el registro histórico de accidentes ocurridos dentro del Parque Nacional Sierra Nevada,

se desarrolló en el 2016 un estudio bastante completo de caracterización estadística de sucesos registrados entre 1950 y 2014. Ese estudio fue elaborado por los geógrafos Nazaret Alarcón y José Dávila, y fue parte de su trabajo especial de grado. Es tal la calidad de sus resultados, que merecen que aquí mencionemos algunos.

La investigación recoge que, de 92 eventos adversos ocurridos en ese período en el Parque Nacional Sierra Nevada, 49 corresponden a situaciones que involucraron a accidentados (producto de caídas, lesiones, desprendimiento de rocas), 21 casos obedecieron a individuos o grupos de personas que resultaron extraviados, y en 22 incidentes estuvieron involucradas víctimas que presentaron patologías de altura, como edemas cerebrales y edemas pulmonares.

Una cifra bastante alta cuando se compara con las tasas de incidencia de patologías similares en cualquier otra región de turismo de montaña del mundo, y en la que muy probablemente incide el impacto fisiológico y el poco tiempo de aclimatación. En este sentido, debemos recordar que Mérida brinda un sistema teleférico que lleva, a quienes desean visitar sus montañas, desde los 1557 metros de altura (estaciones Barinitas—Mérida) hasta los 4765 metros (estación Pico Espejo), en un tiempo aproximado de una hora.

Otros datos de interés sobre las estadísticas de la accidentabilidad en este parque nacional, son los siguientes: la mayoría de los eventos adversos se producen en cotas superiores a los 4300 metros de altura (60

% del total), uno de cada tres siniestros da como resultado, al menos, una persona fallecida; y el 25 % de las víctimas (decesos/lesionados) son extranjeros, en general, de origen norteamericano y europeo (franceses, italianos, ingleses, etc.).

Análisis estadísticos similares han sido también desarrollados por el CIGIR y sus diversos colaboradores para el caso del Parque Nacional Sierra de La Culata, un Área Bajo Régimen de Administración Especial (ABRAE) que fue creada en fecha más reciente (diciembre de 1989) que su vecino, el Parque Nacional Sierra Nevada.

De estos análisis destaca de inmediato que la incidencia histórica de eventos adversos registrados en el Parque Nacional Sierra de La Culata, es mucho menor a la del Parque Nacional Sierra Nevada, es decir, alcanza una cifra de 39 incidentes entre 1977 y 2013. Este hecho pareciera tener una fácil explicación, pues los espacios y las rutas de excursionismo de este parque, son menos conocidos y visitados que los del Sierra Nevada, un lugar para el turismo de montaña que, además del aliciente de contar con las cimas de las montañas más altas del país, brinda en sus espacios facilidades para practicar la escalada que ofrece la ruta del teleférico de Mérida.

A pesar del –comparativamente- bajo número de accidentes que se producen en el Parque Nacional Sierra de La Culata, conviene tener en cuenta al menos un dato que es de especial interés: 24 de los 39 siniestros registrados (61,53 %) corresponden a extraviados.

Hablamos aquí de personas solas o de grupos de hasta trece individuos que, en algún momento, perdieron su curso en esos inmensos paisajes de páramo, de bosque montano y premontano o de selva que allí se distribuyen. Estos eventos ameritaron intensas y muy largas labores de rastreo que con mucha frecuencia permitieron encontrarlos, pero que en otros casos, penosamente, no fue así.

Son muchos los datos de interés que se emanan de esta información georreferenciada de accidentabilidad y que —por razones de espacio— me abstendré de presentar aquí. Todas sus cifras, todos sus promedios, todos sus estimadores, recogen en la mágica simplicidad de un número, de un porcentaje; informaciones que resultan fundamentales para promover acciones y condiciones en pro de la seguridad de futuros visitantes que, seducidos por la majestuosidad de sus cumbres y parajes, seguirán acudiendo a esos espacios. Ellos, sin duda, requieren mayor seguridad.

Un libro que indaga en lo humano

A pesar de lo anteriormente expuesto existe también un hecho innegable. Y es que pretender soslayar el drama humano que se esconde detrás de cada uno de esos datos, de cada promedio, de cada punto marcado con una cruz en los mapas donde se revela la distribución de los accidentes registrados en esos parajes, constituye, por decir lo menos, una simplificación grosera e inaceptable, además de una bofetada al dolor de quienes perdieron a sus familiares y amigos en esos accidentes, en particular aquellos cuyos seres

queridos desaparecieron en los altos y fríos parajes merideños.

El relato de estos casos merecía un abordaje mucho más humano, más personal y más respetuoso que el que puede ofrecer un estudio estadístico. De allí la trascendencia de este libro *Desaparecidos en el páramo (Historias de personas extraviadas en los Andes) Mitos y realidades*, de Félix Gutiérrez.

A su autor lo conocí en la década de los noventa, cuando era un periodista recién graduado que vino a Mérida a ejercer su oficio durante sus primeros años como profesional. Tenía la idea de investigar sobre los casos de personas desaparecidas en nuestros Andes venezolanos.

Era una propuesta muy personal que buscaba construir un relato donde se recogieran y transmitieran las angustias, las preocupaciones, la impotencia y decepciones de los diversos actores involucrados en las operaciones de búsqueda y rescate en las sierras merideñas: socorristas, familiares, funcionarios y extraviados en las montañas.

Se trataba de un joven periodista enamorado de la ciudad de Mérida, de su clima, de su gente y de sus montañas; cautivado por las diversas hipótesis y versiones sobre los casos de personas desaparecidas en el páramo.

¿Cómo podía yo negarme a apoyar, tanto como estuviera en mis manos, una solicitud de ese tipo, que involucraba un tema al que me había dedicado desde mi juventud? Y así lo hice -al igual que muchos de

los involucrados en estos eventos-, reuniéndome con Félix en cafés, fuentes de soda y otros espacios públicos de la ciudad de Mérida, intentando aportar toda la información que tuviera sobre los casos de extraviados, especialmente de los desaparecidos.

La búsqueda tuvo como resultado este estupendo libro que se atreve a abordar, por primera vez en Venezuela, una temática tan particularmente significativa de la alta montaña, y que es capaz de transmitir en sus páginas, el dolor, las angustias y los sobresaltos, a través de singulares relatos que convierten esta obra en una lectura esclarecedora y emocionante.

Alejandro Liñayo

Rescatista venezolano, especialista en Gestión de
Riesgos y Desastres Naturales.

Prefacio:

La historia de este libro

Entre densas nieblas, copiosas lluvias y continuas nevadas en los Andes venezolanos, conocí enigmáticas historias de excursionistas, montañistas y campesinos extraviados en el páramo.

Algunas de estas personas, afortunadamente, aparecieron vivas luego de permanecer varios días perdidas en las sierras andinas; otras, lamentablemente, cuando las localizaron, habían muerto.

También conocí casos de extraviados en esas montañas que misteriosamente no han sido ubicados aún: ellos son los desaparecidos del páramo. De sus historias trata este libro, de la búsqueda de las verdades y los mitos que encierran esos relatos.

Para esta investigación revisé centenares de documentos y entrevisté a decenas de personas que me llevaron a conocer eventos no registrados en tal documentación, personas que estuvieron involucradas, de una u otra manera, en los casos.

Conversé con familiares y amigos de desaparecidos, obtuve testimonios de personas que estuvieron extraviadas y aparecieron vivas, entrevisté a todo aquel que pudiese aportar algún dato, por más insignificante y poco creíble que pareciese a simple vista; y estuve en cada lugar que, intuía, me nutriría de nuevas evidencias.

Subí al páramo, caminé lugares por donde se supone desaparecieron las personas extraviadas, respiré el misterio que envuelve los riscos de los Andes: la espesa niebla, el intenso frío y el inquietante silbido de las cumbres.

La parte más dura y delicada de esta investigación significó encontrar y conversar con los familiares de los desaparecidos. Muchos de ellos no desean recordar estos aciagos episodios de sus vidas y otros, sencillamente, no quieren que se hable sobre los casos de sus seres queridos.

Esto sucede, no solamente por el dolor que significa recordar, sino también por todas las especulaciones que se han tejido alrededor del destino de aquellos que desaparecieron y que van, desde la simulación voluntaria de una huida por razones inconfesables, la presencia de ovnis en los Andes venezolanos, asesinatos por parte de grupos irregulares que operan en el Páramo La Culata de Mérida, personas inescrupulosas organizadas en torno a sectas religiosas, hasta el contrabando de drogas, de armas y de jóvenes.

Igualmente, hay versiones de carácter mítico-religiosas: la presencia de *Encantos* en lagunas, riscos y nieblas que pueblan los páramos, así como hipótesis relacionadas con las características geográficas de los Andes y las circunstancias en las que desaparecieron los jóvenes.

De cada una de esas suposiciones también se ocupa este libro de largo aliento periodístico, literario y testimonial; una aproximación al sistema de búsqueda, rescate y salvamento de Venezuela a través de miste-

riosas desapariciones que envuelven al mundo de la montaña.

El autor

Preámbulo:

Relato de un superviviente

Mi nombre es José Golfredo Rivas y soy agricultor. Les voy a contar la historia más desesperante de mi vida, de cuando me perdí en las montañas de Mérida, Venezuela.

27 de diciembre de 1998. Camino a la fiesta de San Benito.

En aquella época tenía 33 años, pero jamás me había perdido en este páramo, que era como mi casa. Recuerdo que desde hacía varios años un grupo de amigos acostumbábamos a irnos caminando por el páramo desde El Valle a Mucuchíes, donde se celebra, todos los 29 de diciembre, la fiesta de San Benito.

Ese año no tenía muchas ganas de ir. Para no quedarle mal a mis amigos, decidí finalmente acompañarlos. Salimos a mediados de la mañana de aquel día de nuestras casas de El Playón. Pedimos una cola en la carretera. Éramos cuatro personas. Los otros dos compañeros de caminata nos esperaban en El Valle.

Poco antes de que un carro nos parara llegó Pulgarcito, mi perro de raza criolla. No pensaba llevarlo porque íbamos a un lugar donde correría mucha pólvora y cohetes, que les molesta a los animales; pero como estaba allí y ya un carro nos había parado, decidí llevármelo.

Comenzamos a caminar a las 10:00 de la mañana desde el hotel La Culata. Llevábamos comida para dos días, pero estaba bastante surtida. Caminamos.

A las 3:00 de la tarde llegamos a la base del pico Pan de

Azúcar, lugar donde acamparíamos ese día. Solo nos llovió un poco. Estábamos contentos. No llevábamos una gota de alcohol, aunque sí suficiente dinero para tomar bastante miche en Mucuchíes.

28 de diciembre. Creíamos que íbamos para Mucuchíes.

Comenzamos a caminar a las 9:00 de la mañana, luego del desayuno. Amaneció bastante nublado, pero no llovió. Íbamos por el camino correcto, pero la niebla bajó más. Como hay tantos caminos, agarramos para uno que no era.

Pensábamos que bajábamos hacia Mucuchíes. En realidad lo hacíamos al Sur del Lago de Maracaibo. Ese día caminamos hasta las 5:00 de la tarde. A esa hora ya íbamos perdidos, aunque todavía no lo sabíamos.

Pasamos por un cartel que decía «Alto de Mucumamo» y agarramos hacia abajo. Al final de la tarde llegamos a un refugio donde ninguno de nosotros jamás había estado. Todos éramos de la zona de El Valle, habíamos recorrido varias veces estas montañas y nunca habíamos estado en ese lugar.

Allí comenzamos a sospechar que estábamos extraviados. Permanecíamos alegres como cuando salimos, también estábamos un poquito asustados.

Echábamos broma. Sabíamos que podíamos salir en cualquier momento.

29 de diciembre. Yo era partidario de que regresáramos.

La mañana amaneció clarita. Nos comimos unas hallacas con arepa y guarapo de papelón. Subimos hasta un pequeño picacho y allí todo se veía azul. Decidimos seguir bajando. A las 10:00 de la mañana llegamos a otro refugio. De ahí para

abajo era pura selva.

Empezamos a preocuparnos en serio. Intentábamos bajar y no podíamos por lo tupido de la selva. Yo era partidario de que regresáramos, la mayoría decidió que debíamos subir un pico alto que teníamos a un lado, de donde se divisaría mejor el camino. Tuve que acompañarlos, ya iba molesto con el resto del grupo porque no me habían hecho caso. A las 2:00 de la tarde se nos había acabado el agua.

Ya había, además de sed, desesperación por no vislumbrar la salida. Llegamos a la cima de la montaña a las 3:00 de la tarde. Pulgarcito encontró una lata de atún vacía que se había llenado con la lluvia y se la tomó toda. ¡Me daba una lástima con el perro!

En la noche, cuando se despejó el cielo, se veían muy cerca las luces de unas casas.

—¿No ven que el pueblo está ahí mismo? —dijo uno.

—Mañana salimos para allá —agregó otro, apuntando con un dedo el puñado de luces. Se pusieron contentos. Hasta se tomaron unas fotos.

30 de diciembre. Sabía que de la selva no nos sacarían ni los zamuros.

En la mañana, las casas no se veían tan cerca como en la noche. Nos reunimos. Una parte del grupo era partidario de seguir bajando y otro de que nos regresáramos para el rancho. La idea del otro grupo era meterse en la selva para salir a las casas. No nos poníamos de acuerdo, así que allí nos separamos. Tres se metieron en la selva y los otros tres nos regresamos al último refugio. Conmigo andaban Reinaldo y Alexander. Al rancho llegamos a las 9:00 de la mañana. Mis dos com-

pañeros comieron y tomaron guarapo de papelón con el agua del río. Yo tenía más sed que hambre, así que solo tomé agua. Pensé que debíamos regresar, los otros dos compañeros no compartían mi propuesta. Eran partidarios de empezar a bajar. Les dije que si entrábamos a la selva no nos iban a sacar ni los zamuros.

No me hicieron caso. Uno de ellos me dijo que no regresaría ni que le dieran dólares porque había que subir durante dos días para salir a La Culata. Tuve que acompañarlos porque uno de ellos era el dueño de la carpa y no me quedaría a la intemperie.

Bajamos hasta que encontramos una catarata. No pudimos cruzarla porque era muy ancha y la corriente muy fuerte, así que continuamos bajando por el río hasta que llegamos al final de un camino tapado completamente por la selva. Estábamos atrapados y ya no podíamos regresar porque nos encontrábamos en el fondo de la selva.

A las 5:00 de la tarde tuvimos que armar campamento porque se nos abalanzaba la noche. Mis compañeros comieron y yo no comí porque seguía molesto. Vomité y tenía un fuerte dolor de cabeza, probablemente porque no había comido durante dos días. Solo tomaba agua. Fue mi primera mala noche.

31 de diciembre. El día que me traquearon las costillas.

En la mañana recogimos el campamento. Cruzamos el río y seguimos bajando. Teníamos que estar pasándonos el perro porque el animal no lo podía hacer por sus propios medios. En una de esas, Pulgarcito no quiso dejarse agarrar y cayó al río. La corriente lo arrastró varios metros. De no ser por una rama que lo retuvo, se lo lleva el agua.

Íbamos comentando el percance que había sufrido el perro cuando cruzamos otra vez el río. Yo iba de último. Pasé bien el río, pero cuando iba a subir a la otra orilla resbalé y caí de espaldas contra un pedazo de árbol que estaba atravesado. Me traquearon las costillas y quedé privado en el sitio.

El que iba detrás de mí me quitó el morral y me ayudó a levantarme. Estaba empapado de agua de los pies a la cabeza. Estuvimos allí media hora mientras me pasaba el dolor. Me sacaron ropa del morral y seguimos caminando.

No habíamos avanzado cincuenta metros cuando dije que no podía seguir caminando. Me dolían mucho las costillas. Tenía la impresión de que me las había partido. Eran las 12:00 del mediodía. Mis compañeros decidieron armar carpa.

Me quitaron la ropa y la pusieron a secar; me acostaron, me hicieron un bebedizo y me lo tomé; se fueron a hablar detrás de la carpa y volvieron. Yo sospechaba lo peor. Tenía el temor de que me dejaran solo.

En efecto, me dijeron que iban a buscar ayuda. Les respondí que si me dejaban solo me mataría. Lo dije, no porque tuviera la intención de hacerlo, sino para asustarlos, para que no me dejaran.

—Tranquilo, Golfredo —me dijo uno de ellos—. No lo vamos a dejar solo. Vamos a buscar ayuda y a las 4:00 estamos aquí.

Pasó la 1:00 de la tarde, las 2:00, las 3:00, las 4:00... las 5:00... y los muchachos no aparecían. A finales de la tarde comenzó a darme fiebre. Me dolían la cabeza y los oídos. La carpa sudaba. Caían gotas gordas del techo.

El pote del agua me lo habían dejado en la parte de afuera y no podía moverme ni para un lado ni para el otro. Solo podía

estar recto y boca arriba por el dolor en las costillas. Ya tenía tres días sin comer. Y ahora tampoco podía tomar agua.

Sabía que estaba muy deteriorado físicamente por las condiciones del perro. Lo veía a él y era como un espejo, me veía a mí. En la medida en que me iba debilitando, en esa misma medida le sucedía a Pulgarcito. El pobre Pulgarcito.

Esa noche la pasé muy mal. Comencé a pensar en Dios. Dormía media hora y despertaba por el dolor. Ese día, el del final de año, tenía un intercambio de regalos en la casa.

Soñaba que estaba en el intercambio de regalos y era tan exacto el sueño que estaba contento por encontrarme en mi casa y con mi familia. Cuando desperté me encontré, una vez más, con el insoportable dolor de costillas, de cabeza y de oídos.

También soñaba que tomaba mucha agua. Cuando despertaba me deshacía por dentro de pura sed. Pero solo podía conformarme con el sonido del río. Me dolían mucho las costillas. Miraba con resignación el techo de la carpa. Esa fue la noche más larga de mi vida.

1 de enero. Tenía ganas de matarme.

En la mañana comencé a pensar en la muerte. No veía que apareciese nadie. El perro estaba atento. Cuando escuchaba un ruido fuera de lo común en la selva, levantaba las orejas.

Esa mañana pasó un avión comercial y Pulgarcito se levantó con expectativa, pero luego volvió a echarse, frustrado. Pensé que mis compañeros no habían podido salir de la selva. Imaginé que se habían matado en un precipicio y no tenía esperanza de que me estuvieran buscando.

Saqué un cuchillo de filosa y dura hoja de veinte centímetros y lo puse a mi lado. Luego le saqué un cordel al saco de dormir

y lo ubiqué al lado del cuchillo. Agarré el cordel y me lo pasé alrededor del cuello, dispuesto a ahorcarme.

No me atrevía a matarme y dejar el perro vivo; pero tampoco tenía las agallas para matar al perro. Miré el cuchillo un largo rato y tampoco me atreví. No era capaz de matarme.

Unas tres horas estuve en ese dilema hasta que me acordé del libro de Conny Méndez que había traído. Lo abrí por azar en un capítulo que hablaba de la fe.

Lo leí y a medida que avanzaba, fui agarrando fuerzas. Comencé a pensar en la posibilidad de que mis compañeros lograron salir vivos y ahora mismo me buscaban. Así fue como me volvieron las esperanzas de vivir.

El dolor de cabeza y de oídos había desaparecido, pero persistía el dolor en las costillas. Me paré como pude y salí de la carpa. Agarré la olla y bajé hasta la orilla del río gateando. Subí a la carpa y volví a acostarme.

Me quedaban una lata de atún, cuatro ballacas, dos arepas y un sobrecito de leche. Eché la leche en la olla de agua y la revolví. Tomé y le di al perro a través de mi boca porque él tampoco quería comer ni tomar nada. Abrí las ballacas, saqué la carne, le abrí el hocico al perro, le metí la carne y, con las manos, le obligaba a que la masticara.

Yo le hablaba al perro. Le decía que no lo iba a dejar solo y el perro parecía que me escuchaba. Comía más y movía la cola. La tarde también fue larga, pero llena de más esperanzas. Esa noche dormí mejor.

2 de enero. Todavía tenía fe de que me vendrían a rescatar.

Salí de la carpa con el cuchillo. No podía caminar aún. Como el dolor lo tenía en la costilla izquierda, con la mano derecha

piqué unos troncos con cuidado, porque cerca de la carpa había un panal de abejas mieleras. Despejé la zona. No llegaba el sol, pero todavía tenía fe de que me vendrían a rescatar.

En la tarde hice un esfuerzo por pararme y me di cuenta de que ahora no me dolían tanto las costillas. Observé el lugar por donde habían tomado camino mis últimos compañeros y caminé hacia la zona.

Era una inclinación bastante peligrosa. Subí como cien metros y desde lo alto se veía el río pequeñito. Volví a pensar que los muchachos se habían matado.

Allí tuve la certeza de que debía regresar por mis propios medios. Volví a la carpa. Mi idea era dormir bien y todo lo profundo que pudiese. Al día siguiente emprendería el camino de vuelta. Pase lo que pase.

3 de enero. Calculaba que podía regresar solo en seis días.

Me paré temprano. Recogí la carpa y los morrales de los muchachos. Coloqué los morrales a la orilla de una peña. Armé mi equipo, doblé la carpa y comencé a caminar con Pulgarcito en mis brazos.

Como siempre había pensado, mi idea era regresar por donde habíamos llegado. Por mis condiciones físicas pensaba que podía regresar en seis días: cuatro días para llegar al páramo y dos días para arribar a La Culata.

No obstante, me sorprendió que hubiera podido atravesar la selva en un día. Salí a las 6:00 de la mañana y ya eran las 5:00 de la tarde cuando comencé a ver los frailejones. Esto era símbolo de que estaba llegando al páramo.

Armé el campamento. Luego de permanecer casi cinco días sin comer, logré llevarme algo sólido al estómago. ¿Cómo había

podido vivir cinco días sin comer? No lo sabía.

La angustia copaba toda mi atención durante esas horas. Solo el agua y el batido de leche que había improvisado, me mantenían con algunas fuerzas para jugarle mi última carta.

Estaba más esperanzado por haber logrado dejar la selva. Destapé el salmón y lo revolví con la arepa. Me la comí y le di la otra arepa a Pulgarcito. Esa noche dormí en la punta de la montaña.

4 de enero. Ahora estaba dispuesto a pelear con el oso.

Esa madrugada dormí asustado. Escuchábamos los bramidos de un oso. Creí que era un oso frontino, porque este misterioso animal aparecía en esa zona, según me habían contado.

Al perro se le paraban los pelos cuando escuchaba los bramidos del animal. Se escuchaba que partía palos, pero nunca lo vimos. No me atrevía a salir de la carpa. Puse el cuchillo al lado mío. Estaba dispuesto a pelear con el oso si era necesario. Gracias a Dios no pasó nada.

Antes de que saliera el sol recogí mis cosas, llené la cantimplora de agua y comencé a caminar. Subí por donde habíamos bajado. La trocha que hicimos ya se había tapado otra vez. La volví a abrir en algunas zonas. Caminé toda la mañana hasta llegar, al mediodía, al último refugio que nos habíamos encontrado en el camino.

El perro estaba contento y movía la cola. Yo también estaba contento. Se me salieron unas lágrimas de la alegría. Ya estaba más orientado. La caminata me había rendido más de lo que pensaba. Allí comencé a pensar que no me había roto ninguna costilla. Solo me había dado un tremendo porrazo. Si me las hubiese roto, seguramente no habría podido salir de aquella selva.

El piso estaba mojado y el sol se veía bien bonito. Luminoso. Ese día no caminé más. El rancho estaba abierto y encontré fósforos. Otro cuarto estaba cerrado con candado. Me asomé y vi que había comida.

Agarré un palo y, entre las rendijas de la puerta, tumbé un pote de mantequilla. No pude bajar más nada. El perro y yo volvimos a comer. En la noche hice una fogata y nos calentamos. Allí pasamos nuestra mejor noche.

5 de enero. Me volví a salir del camino. Estaba perdido otra vez.

A las 5:00 de la mañana recogí todo el equipo y empecé a ascender el páramo. A dos horas de camino, entre los zanjones del páramo, apareció un helicóptero del Ejército.

Esa fue una de las alegrías más grandes de mi vida. Pasó por el lugar donde me habían dejado los amigos y llegó al refugio. ¡Me dio una rabia! Si me hubiese quedado allí, me habrían rescatado.

Levanté las manos para que me vieran, pero el helicóptero volteó y se fue por el mismo zanjón por el que había aparecido. Me senté y estuve media hora parado, esperando que apareciera el helicóptero otra vez. No volvió a pasar.

Con el helicóptero, las esperanzas aparecieron otra vez de repente y de esa misma forma se esfumaron. En ese momento tuve la certeza de que mis compañeros habían logrado salir vivos de la montaña.

Todo el día caminé. Llegué otra vez al aviso que indicaba «Alto de Mucumamo» y seguí uno de los múltiples caminos que hay allí. Al rato me topé con otros avisos que no había visto. Me di cuenta de que me había vuelto a extraviar.

Dejé el morral en el piso y coroné un pico pequeño. Al llegar a la cumbre y asomarme al horizonte, divisé el pico Humboldt y el Bolívar. Volví a orientarme. A las 5:00 de la tarde llegué a la base del pico Pan de Azúcar. Acampé.

Pulgarcito y yo comimos lo que nos quedaba. Esa noche casi no dormí por el frío. Ya estaba en medio del páramo. Recuerdo que dejé la cantimplora afuera de la carpa y, en la mañana, el agua amaneció congelada.

6 de enero. Pensaban que había muerto.

A las 8:00 de la mañana inicié el ascenso al Pan de Azúcar y cuando llegué a la cumbre, hora y media después, volví a divisar el Humboldt y el Bolívar.

Pasé por El Refugio de La Culata al mediodía. No hice bulla. Pasé derecho. Pocos minutos después me conseguí unos campesinos que subían con unas mulas.

Les conté lo que había pasado. No me creyeron. ¿Qué más? Seguí bajando. Ya estaba cerca de casa. A la 1:00 de la tarde arribé a la carretera de tierra, a donde llega la mayoría de los turistas que suben a La Culata. Allí tampoco paré ¿Para qué? Amarré el perro y seguí caminando. Estaba como a 500 metros de la casa.

Un camión paró y el conductor asomó la cabeza. Era el señor Sergio, un vecino de la zona. Estaba sorprendido de verme. «¡Muchacho, a usted lo hacíamos muerto!». Me dijo que subiera al camión y me monté.

Contó que mis compañeros habían logrado salir de la selva y advirtieron que me habían dejado muy golpeado. Le conté a medias lo que me había pasado. Estaba muy cansado y dolorido. Me llevó a su casa, me dio comida y la noticia de que

había aparecido se corrió por todo El Valle.

A los pocos minutos, la casa de Sergio estaba llena de gente. Llegó mi familia. Me bajaron a la casa en caravana. En realidad no me esperaba algo así. Me llevaron al hospital.

Al día siguiente comenzó a hincharse el costado que me había golpeado. Se me hizo un morado grande y negro. Estuve 15 días en cama sin poder moverme.

Lo que me sucedió en el páramo representó para mí una lección de vida. A mis compañeros les demostré que, devolviéndonos, podíamos salir más fácilmente.

Cuando me preguntan que cómo hice para salir vivo de la montaña, yo digo que a mí me sacaron de la selva Dios, Pulgarcito y un libro de Conny Méndez.

Capítulo I: Desaparecidos en la Sierra de La Culata

El sábado 3 de noviembre de 1989, Teresa Vela llevó en su carro a Mario Fernando, su hijo de 15 años, a la calle Obispo Ramos de Lora, una de las vías públicas más antiguas de Mérida.

En esa arteria vial las actividades comerciales tradicionales contrastan con las contemporáneas. Las mulas del campesino del páramo merideño y la camioneta último modelo se cruzan en las esquinas.

En las aceras de esta calle las ancianas venden yerbas medicinales, y en los locales comerciales se expenden viejas ollas, vestidos, cobijas y utensilios que ya no se consiguen en los nuevos centros comerciales de la pequeña, fría y lluviosa capital merideña, acogedora ciudad de los Andes venezolanos, ubicada a 1600 metros de altura sobre el nivel del mar.

Ese día, Teresa llevó al adolescente a esta populosa calle para que tomara el transporte colectivo que lo conduciría al Colegio Fe y Alegría de San Javier de El Valle, un instituto educativo interno dirigido por sacerdotes, ubicado a siete kilómetros de la ciudad, en la vía El Valle-La Culata, donde el joven estudiaba tercer año de bachillerato.

Mario subió a la camioneta y cuando esta partió, sonaron las campanas de la catedral de Mérida. El antiguo reloj marcaba la 1:00 de la tarde.

Cinco amigos salen de excursión

Habíamos quedado en encontrarnos en el colegio en la tarde de aquel sábado para preparar lo que llevaríamos a la excursión del día siguiente al Páramo Los Leones de la Sierra de La Culata.

A primeras horas de la mañana del domingo, iniciamos temprano la caminata. Íbamos Cristhian, José Hugo, Francisco, Mario y yo, Carlos. Todos éramos adolescentes, a excepción de Francisco, que tenía más de 20 años y era instructor en el colegio.

Recuerdo que cada uno de nosotros llevaba un morral pequeño en el que guardábamos los cuadernos de clases. Llevábamos botas de caucho y abrigos gruesos. Íbamos echando broma. Hablábamos y silbábamos.

El propósito de la excursión era llegar hasta la naciente de una quebrada que alimentaba la represa. Esta llevaba agua al colegio y a los sectores aledaños.

A la represa arribamos temprano, a las 9:00 de la mañana. Allí comimos arepas y tomamos refrescos. De repente surgió el comentario de que a pocos metros se encontraba una de las tres cabañas que se localizaban en la zona, entre ellas la de Los Curas, y decidimos seguir caminando.

Cristhian y yo íbamos adelante con unos machetes abriendo trocha, hasta que llegamos a la primera cabaña. Tardamos como veinte minutos. Allí terminamos de desayunar. La cabaña estaba construida con muros de piedras. Lo recuerdo porque nos sentamos sobre estos a conversar y comentábamos que habíamos llegado muy temprano. Nos quitamos los morrales y no recuerdo quién dijo: «¿Y por qué no caminamos más arriba, tipo expedición?». «¡Vamos!», respondió otro.

Envueltos en ese espíritu aventurero que nos abriga en la adolescencia, dejamos los morrales, la comida y comenzamos a subir solo con los machetes. «¿Y por qué no subimos más?», preguntó alguien cuando paramos a descansar un rato, y sin prestar demasiada atención a lo desconocido, seguimos.

Cada vez que avanzábamos el paisaje se volvía más bonito, como si estuviéramos entrando a otro mundo... Pero de repente el día se nubló.

Preguntamos la hora y, casualmente, todos habíamos dejado los relojes abajo, en los morrales. No sé por qué seguimos caminando, ya que la neblina se volvía más densa.

Imaginábamos que era tarde porque teníamos hambre. Mi estómago sonaba como una puerta de bisagras oxidadas que se abren y se cierran constantemente.

Uno de nosotros, ahora pienso que arrastrado por la insensatez, propuso: «Estamos cerca del pico, vamos a terminar de coronarlo», y los otros, no menos insensatos, continuamos caminando hasta que empezamos a sentir el frío helado. Habíamos dejado la niebla abajo y ya no se veía el camino de regreso.

Nos cayó un palo de agua y nos mojamos hasta los interiores. Seguimos caminando y comenzamos a ver los frailejones.

Cristhian y yo vimos en el suelo las huellas de un animal grande. Imaginábamos que era un oso frontino, pero no lo comentamos con los otros compañeros.

Tomamos agua en un riachuelo y seguimos caminando. Nos cayó otro invierno y perdimos completamente el sentido de orientación. En un abrir y cerrar de ojos, llegó la noche.

Estábamos empapados. Conseguimos una explanada y decidimos pasar la noche allí y esperar la mañana del día siguiente para bajar. Cortamos hojas de frailejones e improvisamos una cama.

Nos acostamos todos pegados unos a los otros para darnos calor. Nuestros cuerpos temblaban por el frío helado y la ropa mojada. Cada cierto tiempo, los que estábamos en las esquinas del grupo, nos pasábamos hacia el centro y así nos turnábamos para darnos calor. Esa noche, afortunadamente, no llovió.

Lo único bonito que recuerdo de esa excursión es que el cielo se despejó en la noche e infinidad de estrellas iluminaron la tierra. Pasamos una noche de perros. Recuerdo que me mordía los dedos porque no me los sentía.

Al día siguiente salió el sol y el horizonte aclaró. Nos sorprendió observar al otro extremo de aquella montaña de la Sierra de La Culata, donde estábamos parados, el majestuoso Pico Bolívar de la Sierra Nevada. Estaba tan lejos de nosotros, pero lo veíamos tan cerca...

Nos levantamos y nos quitamos las ropas para exprimirlas. Me saqué las botas y mis dedos se parecían a los de un anciano de más de 100 años. Estaban todos arrugados.

Orinamos y nos reíamos, porque nuestros genitales no se veían. Se habían reducido al extremo. Me vi los dedos que me mordí en la noche y estaban heridos. Me dolían. Los había mordido demasiado fuerte.

Dormimos un poco más aprovechando los rayos del sol y, cuando nos levantamos, ya eran más de las 12:00 del mediodía del lunes. Decidimos regresar; Mario, extrañamente, manifestó que no deseaba bajar todavía.

¿Dónde está Mario?

Mario nos dijo que tenía mucho sueño. Nos contó que estaba muy cansado. Aseveró, de repente, que se sentía indispuerto de salud.

Sueño, cansancio, indisposición de salud, cada uno de sus amigos daba una versión diferente.

Todos pensaron que Mario echaba broma. Los muchachos tenían sueño y estaban muy extenuados por la mala noche. El joven se levantó, orinó y luego se

volvió a acostar. En ese instante entendieron que la solicitud de Mario iba en serio.

Carlos y Cristhian bajaron primero. Francisco y José Hugo se sentaron e intentaron convencer a Mario de que bajara con ellos. Ofrecieron llevarlo entre los dos y Mario se opuso. Insistía en que los amigos bajaran primero. Una hora más tarde, Francisco y José Hugo también bajaron. Grave error.

A mediados de la tarde, Carlos y Cristhian arribaron al colegio y, en el hospedaje de Francisco, prepararon arepas y también hicieron pasta. Se bañaron y comieron. A finales de la tarde llegaron Francisco y José Hugo.

—¿Y Mario? —preguntó Carlos.

—Se quedó —respondió Francisco.

—Nos están mamando gallo —agregó Cristhian—. Ese debe estar por ahí escondido...

—No, se quedó —reiteró José Hugo—. Le insistimos y no quiso bajar.

—Ese loco debe venir por ahí... —agregó otro de los jóvenes, sin darle demasiada importancia al episodio. Cenaron y se fueron a acostar. Estaban muy agotados. No habían terminado de dormirse cuando les tocaron las puertas de sus albergues. Los llamaba el director del colegio.

En la Dirección estaba Teresa Vela preguntando por su hijo. Le había llevado la ropa que el joven utilizaría en la semana.

—¿Dónde está Mario...? —preguntó la madre apenas los jóvenes traspasaron la puerta. Los muchachos se miraron unos a otros. No hubo respuesta.

Nada extraño

Un abigarrado mural de luces rojas, blancas, amarillas y azules provenientes de las patrullas de los cuerpos de inteligencia e investigación policial, rompió la oscura y espesa niebla que sostenía al Colegio San Javier de El Valle como una burbuja en la noche.

Las luces, como cuchillos de fuego, atravesaban las ventanas de los cuartos de los alumnos y los profesores. Las sirenas no paraban de ulular como moscardones. Todos despertaron. La noticia corría de habitación en habitación: un estudiante del colegio se había perdido en la montaña.

Esa misma noche en la que Mario se reportó como extraviado, un grupo conformado por el director del colegio, el sacerdote Javier Castellanos, el instructor Francisco, el estudiante Cristhian y otros profesores de San Javier de El Valle, intentaron subir al páramo, pero la escasa visibilidad y la irregularidad del terreno les impidió llegar.

A la mañana siguiente volvieron a intentarlo acompañados por rescatistas de Defensa Civil. Llegaron al lugar en el que los compañeros dejaron al joven excursionista, pero Mario Torres no estaba allí. Había desaparecido.

La primera hipótesis que se manejó en torno a este caso fue el homicidio. Como medida de prevención, detuvieron al instructor del colegio y lo trasladaron a la sede central del cuerpo de investigaciones policiales, la Policía Técnica Judicial (PTJ).

Para los cuerpos de seguridad, las distintas versiones no coincidían. Uno de los jóvenes contaba una ver-

sión y los otros sostenían una distinta, según revelaron Víctor Molina y Alberto Fuentes, principales autoridades de Defensa Civil para aquella época.

Alberto escudriñaba en la mirada de los jóvenes, buscando la verdad.

En este caso hubo mucho misterio al principio. Uno de los muchachos contaba una historia y los otros contaban otra distinta. Todos estaban muy nerviosos.

Víctor, por su parte, se agarraba el mentón, entre tantas dudas. *En el fondo había algo que no cuadraba. Sospechábamos que había pasado algo más entre los jóvenes. Por esa razón la policía decidió detener al instructor del colegio.*

Los jóvenes estaban nerviosos, como lo reconocieron Carlos y Cristhian, pero no por el hecho de que haya sucedido alguna situación de violencia entre ellos, sino por el aparataje de seguridad desplegado.

Carlos siempre recuerda las luces de las patrullas que se movían de un lado a otro en medio de la noche. Era la primera vez que estaba involucrado en un caso de esta envergadura. Cristhian no podía creer lo que estaba sucediendo. No imaginaba que una actividad tan sana y común en esta zona, como salir de excursión a la montaña, podía desencadenar en estos hechos.

Francisco era objeto de señalamientos por parte de las autoridades.

Desde un principio hubo un extraño interés en desvirtuar lo que había pasado en aquel paseo. Algunos insinuaban que había ocurrido un homicidio e incluso se decía que yo lo había matado. Por esa razón me detuvieron, pero al final, esa hipótesis del asesinato no prosperó. La PTJ se quedó con mis pan-

talones, camisa, botas, medias y toda mi ropa para ver si encontraban alguna señal de lo que se decía y en ningún momento se localizaron evidencias de que hubiera ocurrido un asesinato. Luego me soltaron y deseaban que huyera para acusarme de que lo había matado, pero no tenía nada que esconder ni temer. Era uno de los más interesados en que Mario apareciera.

A la par de la versión del homicidio surgió la hipótesis de la desaparición simulada. Se dijo que el joven había utilizado la excursión como una coartada para huir de su casa.

Se llegó a decir también que Mario estaba en la isla de Margarita. Otro rumor indicaba que se había ido a Colombia. Otro rumor señalaba que se encontraba en Caracas.

Esta hipótesis de la desaparición la sostuvieron algunas personas, entre las cuales se encontraba el director del Colegio Fe y Alegría de aquella época, Javier Castellanos.

La única verdad de lo que sucedió en la montaña con este joven la saben en realidad sus compañeros de excursión. Recuerdo que cuando subimos a buscarlo aquella noche, el instructor y el estudiante no sabían exactamente por dónde se habían metido. Al día siguiente volvimos y abrimos trochas hasta que llegamos al lugar donde supuestamente lo dejaron, pero allí no había nada, ni rastros del muchacho.

Víctor Molina, el director de Defensa Civil, fue a la casa de la familia Torres Vela. *Cuando surgió esta hipótesis de la desaparición simulada, me reuní a solas con los padres del joven. Como los conocía, les pedí que se sinceraran conmigo para poder contar con una información veraz que permitiera desarro-*

llar de manera más eficiente la investigación, pero me juraron que el muchacho no tenía problemas con ellos y se portaba bien. Revisamos su cuarto y no conseguimos nada extraño.

Mi hijo no está muerto

La puerta de madera de una de las casas de la urbanización Pedregosa Baja de Mérida se abrió y, de su interior, salió una mujer menuda y delgada. Era Teresa Vela, la madre de Mario. Guardó una prudente distancia a través de las rejas de su casa, antes de dar sus impresiones sobre lo que pudo haber sucedido con su hijo en la montaña.

En realidad no deseo recordar más aquel aciago episodio de mi vida, aunque el misterio que envuelve la desaparición de mi hijo lo llevo a diario conmigo.

Teresa matizó luego sus palabras. Me miró a los ojos. *Que no desee recordar no significa que quiera olvidar, no sé si me explico; el enigma que envuelve la desaparición de mi hijo lo llevo siempre conmigo.*

Antes de retirarse al interior de su casa la mujer levantó más la mirada y expresó el sentimiento que guarda por su hijo: *A veces me levanto con optimismo. En esos días pienso que Mario no está muerto y sueño que me saluda detrás de un gran muro transparente.*

La única evidencia encontrada por los rescatistas y que demostraba el paso de los jóvenes por la zona de La Culata, era un examen de matemáticas que a uno de los muchachos se le cayó del morral.

Al principio, la búsqueda se concentró en las inmediaciones del lugar donde los compañeros de excur-

sión dejaron a Mario y, posteriormente, donde encontraron el examen de matemáticas. Esta zona fue penetrada por decenas de voluntarios de los grupos de rescate.

Los testimonios de montañistas y autoridades de Defensa Civil que participaron en esta búsqueda coincidieron en que, desde el Colegio Fe y Alegría, se divisaba la cima donde Mario fue visto por última vez.

Desde esa misma cima se veía, en las noches de cielos despejados, las luces de las casas y de las fincas ubicadas en la parte baja de la montaña. Las probabilidades de conseguir al estudiante eran muy altas, en comparación con otras búsquedas de personas extraviadas.

Alejandro Liñayo, uno de los montañistas que participó como planificador en esta operación, siempre rememora la búsqueda de Mario Torres como un referente.

La Operación Fe y Alegría, como bautizamos esta búsqueda, se constituyó en una operación coherente y marcó un hito en las búsquedas de extraviados en el páramo. A excepción de un holandés desaparecido en la Sierra Nevada, antes de Mario Torres, las personas se extraviaban en la montaña y se armaba un operativo de manera espontánea para buscarlas. Se les decía a los voluntarios: «Vayan, caminen y vean si consiguen algo», y siempre se localizaba a los extraviados. Vivos o muertos. Ahora el asunto era distinto.

Alejandro, sentado en uno de esos cafés que pululan en el centro de Mérida, contó que, en el caso de Mario Torres, se tomó un mapa y se sectorizaron las áreas de búsqueda por primera vez. Los grupos de rescate y las autoridades de protección civil trabaja-

ron juntas, lo que permitió el despliegue de una operación ordenada.

Recordó que, en Venezuela, esta búsqueda se conoce como una de las más grandes de su tiempo. Se rastreó por aire y por tierra.

Durante las dos primeras semanas de búsqueda, participaron 707 hombres pertenecientes a 29 grupos y brigadas de rescate existentes en Mérida para aquella época. Se rastrearon 2537 hectáreas y se emplearon 13 577 horas-hombre. En una oportunidad ingresaron a la montaña soldados del Ejército. Los voluntarios, acompañados de baquianos de la zona, se multiplicaban a diario. Alejandro, sentado en el café merideño, no dejaba de preguntarse con desconcierto lo que pudo haber pasado en la búsqueda de Mario.

La magnitud de la búsqueda y el interés puesto en esta operación era para haber conseguido al muchacho. ¿Qué pudo haber pasado allí? De verdad que no tengo respuesta.

Otro experimentado montañista que participó en esta búsqueda, Francisco Rivas, aseguró que un asunto es extraviarse en el páramo y otro distinto es no conseguir a la persona ni viva ni muerta.

En este operativo no se escatimaron esfuerzos materiales. Existió todo el apoyo logístico y técnico. Se usaron, incluso, imágenes satelitales. Fue una búsqueda bien enfocada. Hubo personal calificado. La falta de recursos es una de las principales limitantes que pueden presentar las búsquedas, pero en este caso no se escatimaron esfuerzos.

El hombre, acomodado en el escritorio de una oficina pública que atiende la conservación y la protección

del ambiente, los recursos naturales y los parques nacionales, movió sus bigotes de un lado a otro sobre el fondo de su tez morena y se rascó suavemente la cabeza con la mano izquierda a la altura de la nuca, antes de dar su percepción.

En realidad, este fue un caso bastante raro. El área donde desapareció el muchacho era relativamente pequeña. Estamos hablando de menos de 24 horas desde la última vez que el grupo tuvo contacto con el muchacho y una vez obtenida la información, se desplegó el operativo. El joven, a mi manera de ver, era localizable de manera inmediata, pero no apareció. Fue una desaparición realmente misteriosa.

Desaparecidos en La Culata

A las 3:00 de la tarde del domingo 4 de febrero de 1991, Jhonny Balza cerró el portón del terreno propiedad de su familia, ubicado en el sector Valle Grande, en la vía Mérida-La Culata.

Caminó hasta la carretera. Miró su reloj. Esperó una hora a que sus amigos Fernando y Mima bajaran de la Sierra de La Culata, donde habían subido aquel fin de semana. Los tres quedaron en verse en Valle Grande, a mitad de la tarde del domingo.

El viernes en la noche, el estudiante de la Universidad de Los Andes (ULA), Fernando Moreno, de 23 años, visitó a los hermanos Balza: Jhonny y Luis, vecinos y amigos de su infancia. Fernando entró al departamento con un morral, una chaqueta y unas lámparas. Intentó convencer a Jhonny de que los acompañara a La Culata. Los otros amigos que el joven montañista

había invitado no podían ir. Una de las muchachas no había llegado a Mérida y el otro amigo se enfermó. Solo podía ir Mima, como le decían cariñosamente a Idalmis Pérez, de 24 años de edad, compañera de estudios de Fernando en la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA.

La familia de Jhonny tenía un terreno en el sector Valle Grande. Allí sembraban plantas y criaban algunos animales. Ese día, Jhonny no podía ir, aunque quería. —Me gustaría subir, pero tengo que ir a atender el terreno y darle de comer a los animales de papá. Vamos a hacer lo siguiente: el domingo, cuando bajen, los espero en la parada de Valle Grande y terminamos de bajar juntos a la ciudad.

—Está bien. Nos vemos el domingo —dijo Fernando—, y se fue a su casa a descansar.

A primeras horas de la mañana del sábado, Fernando y Mima subieron a una camioneta de la ruta El Valle-La Culata. Tras su recorrido, la camioneta paró en la casa de campo que se encuentra al final de la carretera de asfalto.

Los jóvenes descendieron del vehículo, se colgaron sus morrales al hombro y comenzaron a caminar la montaña. Poco antes de las 12:00 del mediodía llegaron a la zona de la Sierra de La Culata, conocida como El Refugio. Bajaron los morrales y luego de descansar, salieron a dar una vuelta.

Algunas de las personas presentes en el lugar aseguraron que los jóvenes darían una vuelta de reconocimiento a la montaña y volverían inmediatamente al

refugio, y otros sostuvieron que los muchachos irían al pico Pan de Azúcar, un poco más retirado.

La montañista Rosa Pabón, una de las últimas personas que vio a los estudiantes, contó que un poco más tarde del mediodía del sábado 3 de febrero, ella y tres jóvenes acompañantes que se iniciaban en el montañismo, se encontraban en las inmediaciones de una piedra que sirve de referencia a los caminantes de la zona. En ese instante, se toparon con Fernando y Mima.

Se saludaron, comieron galletas y conversaron unos minutos. Hablaron sobre la posibilidad de que ella le facilitara a Fernando unas diapositivas sobre la actividad de montaña y el andinismo para proyectar a los jóvenes en la iglesia San José Obrero, que visitaban con frecuencia Fernando y Mima.

Rosa recuerda perfectamente que Fernando dijo: *Nosotros vamos a Pan de Azúcar y regresamos*. A la montañista le llamó la atención que los muchachos iban con ropa ligera. No llevaban abrigo ni guantes.

También le llamó la atención el episodio, porque era un poco más tarde de las 12:00 del mediodía. Subir a esa hora al pico no era lo más recomendable, aunque una persona que conocía la zona y estaba en condiciones, podía hacerlo. Ese era el caso de Fernando, pero, quizás, no de Mima.

Solo vestían pantalones cortos y franelas. Fernando cargaba un pequeño bolso tejido cruzado en su pecho y, en su interior, unos paquetes de galletas y una flauta.

A mitad de la tarde la neblina bajó abruptamente y las personas que se encontraban en El Refugio se preo-

cuparon por los jóvenes. Dieron una vuelta por las inmediaciones al final de la tarde y principio de la noche para saber si los muchachos habían tenido un accidente, pero no los localizaron.

A la mañana siguiente, y en la tarde, buscaron otro rato con la esperanza de localizarlos. No los consiguieron. A las 4:15 de la tarde un radioaficionado que se encontraba en El Refugio comunicó a las autoridades de protección civil que un par de jóvenes se habían extraviado en La Culata.

¿Dónde están Mima y Fernando?

El domingo en la tarde del 4 de febrero, Jhonny Balza se cansó de esperar a sus amigos al borde de la carretera Mérida-La Culata. ¿Será que ya pasaron? Debe ser que bajaron

Abordó una camioneta y llegó a la ciudad. Bajó en la iglesia San José Obrero con su morral al hombro y, al entrar, buscó con su mirada el banco en el que siempre se sentaba Fernando: estaba vacío. Habían quedado en ir a la iglesia al bajar de la montaña.

Le extrañó que el amigo no estuviera allí porque era puntual. *A lo mejor llegó muy cansado y decidió quedarse en su casa.*

Cuando terminó la misa, se dirigió hasta el apartamento de la familia Moreno y llamó a Fernando por la ventana con un chiflido; su amigo no salió. Jhonny desistió para no molestar e imaginó que Fernando estaba durmiendo.

La noche transcurrió. Jhonny veía las películas dominicales de la televisión en la sala de su casa. A las

11:30 de la noche, cuando había decidido acostarse, tocaron el timbre y abrió la puerta.

Era María Celina, una de las amigas que Fernando había invitado a subir a la montaña, pero que no pudo ir. Venía en compañía de otro amigo, Carlos Arturo. María Celina tenía una cara sombría.

—¿Qué pasa María Celina? —preguntó.

—Fernando y Mima se perdieron en La Culata —dijo.

—¿!Qué!? —exclamó Jhonny con escepticismo—. Vamos María Celina, deje de joder... ¿Cómo me va a decir que Fernando se perdió en La Culata? En La Culata cualquiera puede perderse, menos Fernando. Ese debe venir por ahí...

Jhonny sabía que Fernando era un montañista aplicado. A la hora de subir chequeaba cada detalle de prevención y seguridad. A pesar de que era el menor del grupo de jóvenes que subía frecuentemente a la montaña, asumió el liderazgo por su firmeza y tenacidad. Por esa razón no podía creer lo que escuchaba. —Jhonny, es en serio —agregó María Celina—. Están perdidos. Ya bajaron los morrales a Defensa Civil.

Mal presagio en la montaña

La noche que desaparecieron Fernando y Mima, sus amigos Jhonny, María Celina y Carlos Arturo, llegaron a la sede de Defensa Civil acompañados por Jesús Moreno, hermano mayor de Fernando, y Adalberto González, montañista y cuñado de Mima.

En Defensa Civil se estaba planificando el operativo que se desplegaría. Los familiares y amigos de los jóve-

nes se ofrecieron para acompañar a las primeras comisiones que, pensaban ellos, saldrían esa misma noche.

—¿Para qué vamos a salir esta noche si hoy no vamos a hacer nada? Ya es muy tarde —dijo uno de los funcionarios de Defensa Civil.

Jesús se volteó y convidó a Jhonny.

—¿Le echamos bolas solos? —preguntó.

—Vamos. ¿iNo es su hermano!? —respondió Jhonny, abordaron el vehículo de uno de los amigos y salieron inmediatamente rumbo a La Culata.

Llegaron al final de la carretera asfaltada a la 1:00 de la madrugada. Se bajaron del carro y los cuatro hombres, Jesús, Jhonny, Adalberto y Carlos Arturo, empezaron a caminar rumbo a El Refugio, a dos horas de camino, mientras María Celina se devolvió a la ciudad en el carro.

Jhonny recordó este episodio porque se llevó un rosario que le habían traído recientemente de Israel y que él, como católico creyente, cargaba consigo. Cuando se bajaron del vehículo, iba a guardar el rosario en el bolsillo, pero este se rompió y cayó al piso. Jesús se volteó.

—¿Qué pasa Jhonny? —preguntó.

—Nada, Chucho —respondió—. Siga adelante y lo alcanzo dentro de un rato.

Para Jhonny Balza este episodio era un mal presagio. Antes de que el grupo de amigos de Mima y Fernando salieran rumbo a El Refugio de La Culata en horas de la noche del domingo, otro grupo enfiló su camino hacia el pico Pan de Azúcar en horas de la tarde. Este último subió por la vía de La Toma de Mucu-

chies, pensando que los jóvenes se habían desviado hacia esa zona. Ese grupo estaba integrado por otro hermano de Fernando, el bombero José Gregorio Moreno; el cabo de los bomberos, Víctor Rivas Centeno; el bombero Carlos Antonio Santiago, dos montañistas y un baquiano. Los acompañaban dos mulas. No pudieron caminar y rastrear como deseaban ese día porque salieron a avanzadas horas de la tarde y, en un mover de piernas, les cayó la noche como una niebla espesa y oscura.

Les llovió granizo y llegaron todos empapados. Acamparon cerca del pico Pan de Azúcar. Los fuertes vientos de la noche no les permitían maniobrar con comodidad. Armaron la carpa como pudieron.

A Rivas Centeno nunca se le olvida la imagen de los morrales de los jóvenes.

Cuando subimos teníamos un gran optimismo de conseguirlos vivos porque Fernando tenía una experiencia increíble en supervivencia de alta montaña. No nos pasaba por la mente que Fernando pudiera estar muerto. Lo que más nos inquietó fue que los morrales estaban intactos. Se fueron sin equipaje, sin el morral de ataque a la montaña.

Carlos Santiago advirtió que una persona puede estar muy bien preparada para la sobrevivencia en la alta montaña, pero si no carga un equipo mínimo de protección, es muy difícil que sobreviva... y sobre esto reflexionaba.

Existen tres partes claves del cuerpo que deben mantenerse en calor cuando se está en el frío: los pies, las manos y las orejas. Estas son las zonas del cuerpo más vulnerables. Idalmis y Fernando salieron del refugio en pantalones cortos y franelas

porque pensaban regresar esa misma tarde. No cargaban un equipo mínimo de protección. Eso agravaba la situación.

En las noches se suspende todo operativo de búsqueda en la alta montaña y se utilizan otros sistemas para dar con los extraviados. Este grupo llevó luces de bengala que lanzaron y estallaron en mil colores en el cielo oscuro.

Caminaron y llamaron por sus nombres a los jóvenes, obteniendo como respuesta solo el silencio de la noche. Tendieron la ropa mojada en la parte de afuera de las carpas para que se secase, y se acostaron.

En la madrugada, el relinchar de una mula los despertó. Salieron de las carpas y un millar de manos de viento helado les abofeteó los rostros. Observaron en el horizonte que una de las mulas se estaba ahogando en la quebrada.

Parte de la madrugada transcurrió en intentar salvar a la bestia. La temperatura acariciaba los 4 grados centígrados. El campesino que andaba con ellos logró salvar a la mula, luego de difíciles maniobras y ayudado por sus compañeros de búsqueda.

Al día siguiente se levantaron para continuar con las labores de rescate y, cuando salieron de las carpas, se encontraron con que sus ropas estaban congeladas. Se dirigieron a la quebrada con el propósito de tomar agua, pero la superficie estaba cubierta por un delgado piso de hielo y por debajo corría el arroyo.

Carlos Santiago imaginó las noches que vivieron los jóvenes extraviados, quienes andaban con ropas ligeras, y se le ensombreció el rostro. Sabía que los otros

compañeros pensaban lo mismo, nadie se atrevía a comentarlo. Las otras noches que pasaron en el páramo no fueron tan duras como la primera.

En la segunda noche se despejó el cielo y un millar de estrellas iluminó el firmamento. Buscaron durante cuatro días. Revisaron decenas de cuevas que se forman entre las rocas y los frailejones del páramo. Al cuarto día, una vez agotada la comida, bajaron a la ciudad como soldados derrotados en una guerra.

Helicópteros y perros de Colorado

A la búsqueda de Fernando y Mima se incorporaron helicópteros Superpuma, Ecureuil y UH-205. El Superpuma era lo más avanzado en tecnología que tenían para aquella época las Fuerzas Armadas Venezolanas, y de eso se percató Luis Balza.

Uno de esos helicópteros tenía como piso un ojo gigante a través del cual se podía ver en aumento cada una de las zonas sobrevoladas.

El piloto de esa aeronave le comentó al montañista, mientras realizaban uno de los vuelos, que estos helicópteros se utilizaban para divisar campamentos y columnas guerrilleras. De allí el piso con el gigante ojo transparente que permitía observar todo lo que sobrevolaba la nave.

Julio Lescarbure y Henry Rodríguez, dos de las personas más reconocidas en el país en operaciones de búsqueda y rescate, declararon que todavía había esperanzas de encontrar a los jóvenes con vida.

Pusieron como ejemplo casos vividos en los Alpes, el Antártico y otros lugares más inaccesibles donde las

personas fueron declaradas como muertas y posteriormente aparecieron con vida.

Uno de los últimos esfuerzos oficiales que se hicieron consistió en traer cinco perros de rescate de Colorado, Estados Unidos. Estos sabuesos, reconocidos internacionalmente, tenían la capacidad de rastrear a una persona enterrada hasta cinco metros bajo tierra. Entre las búsquedas más sonadas de uno de estos animales, llamados *Pathfinder*, se encontraba una niña chilena ahogada en una laguna de una ciudad estadounidense.

En este caso se habían usado buzos, radares y otros equipos y no habían podido dar con el cuerpo de la niña. Llevaron una de estas perras -raza dálmata-, la embarcaron y comenzaron a dar vueltas en un bote por la gran laguna.

En un punto del recorrido la perra ladró insistentemente y ordenaron que introdujeran un buzo en la zona indicada por la dálmata. El cadáver de la niña fue localizado en el fondo de la laguna. Estaba retenido por las algas.

Contaron los testigos que con los perros traídos desde Colorado sucedió algo bastante extraño. Los sabuesos llegaron al lugar donde los jóvenes conversaron con la montañista Rosa Pabón y luego, inexplicablemente, se desorientaron.

Los animales llegaron, incluso, a un lugar donde Fernando había estado tres meses antes, en un encuentro de montañistas. Los *Pathfinder* arribaron a cada uno de los puntos donde habían estado Fernando

y Mima, olfateaban y luego levantaban sus hocicos, como intentando olisquear el cielo.

Desaparecidos sin rastro alguno

Fernando fue uno de los centenares de montañistas que se incorporó a la búsqueda de Mario Torres en el páramo Los Leones en noviembre de 1989, junto con Luis y Jhonny Balza.

Luis, en algunas noches de insomnio, recuerda, como viendo pasar una película ante sus ojos, cada una de las vivencias que tuvo con Fernando en la montaña, y rememoró una escena en particular.

Al final de una de aquellas tardes de búsqueda, Luis y Fernando pararon en una cuesta, luego de andar todo un día caminando. Estaban cansados ya por la búsqueda de Mario. Llevaban más de una semana internados en la montaña.

Fernando se llevó ambas manos a la cintura.

—¿Cómo pudo haberse perdido ese chamo en esta montaña? —preguntó con desconcierto—. Aquí hay muchas formas de salir. No es posible que ni siquiera haya dejado un rastro.

—Fernando, si usted se pierde en este sitio, ¿qué hace? —preguntó Luis luego de guardar una pausa.

—Esperaría a que bajara la niebla —respondió Fernando—. Luego buscaría la ribera del río e intentaría salir por esa zona. Los ríos siempre llevan a una casa. Si estoy en una zona muy alta, entonces comienzo a descender y después busco el río.

La *Operación Pan de Azúcar*, como se llamó oficialmen-

te a la búsqueda de Fernando y Mima, superó las hectáreas de búsqueda, las horas-hombre utilizadas y las horas de vuelo de la *Operación Fe y Alegría* de Mario. Más de 750 hombres rastrearon por tierra 6800 hectáreas y las aeronaves sobrevolaron 48 000 hectáreas de la Sierra de La Culata, señalaron los reportes oficiales. El 19 de marzo de 1990 se suspendió oficialmente la búsqueda y rescate de los estudiantes de la Universidad de Los Andes. Los resultados de Defensa Civil concluyeron de la siguiente manera: «Desaparecidos en la montaña sin rastro alguno».

El agotamiento y la falta de recursos, como sucedió en la *Operación Fe y Alegría*, terminaron aniquilando la búsqueda oficial de Mima y Fernando a un mes y medio de sus desapariciones.

Las adversidades naturales del páramo, así como la falta de recursos, doblegaron la voluntad de amigos y familiares de los jóvenes estudiantes. Al final, solamente se veían algunos de los parientes de los muchachos cruzar los helados páramos merideños con la remota esperanza de encontrarlos.

Soñé que Fernando estaba vivo

Una noche, Luis Balza, hermano de Jhonny y amigo de Fernando, soñó que había un gran revuelo de vecinos en la urbanización Juan XXIII, donde vivían las dos familias: los Moreno y Los Balza. Luis salió a la calle.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—¡Apareció Fernando! —le respondieron.

—¿!Qué!?

—¡Apareció Fernando... apareció Fernando...!

Luego vio a su amigo entrar a la urbanización en el interior de un vehículo que los vecinos rodearon alegres. Ese día hubo una fiesta en la urbanización Juan XXIII. Luis siempre ha tenido la convicción de que los cuerpos de los muchachos serán localizados.

Yo sé que Fernando y Mima van a aparecer algún día, no vivos, claro está, pero van a aparecer un día. Cuando eso suceda me gustaría estar vivo e ir hasta la zona donde encuentren sus restos para saber qué lugar de la montaña no recorrimos.

Capítulo II:

Sectas, narcotráfico y contrabando en las montañas

Las campanas de la iglesia sonaron. Anunciaban las 11:00 de la mañana del domingo. En el interior del recinto religioso un coro de feligreses cantaba el Ave María.

El sacerdote, luego de ofrecer la hostia a la feligresía, volvió a su púlpito.

—Ave María purísima —dijo el padre.

—Sin pecado original concebida —respondió la feligresía.

Al culminar la misa un nutrido grupo de personas salió a la calle. Atrás quedaron los profusos olores de jazmines, mirra, velas y llamas encendidas en los candelabros de la iglesia.

La paz espiritual que se respiraba en el interior del recinto religioso contrastaba con el ruido de los motores de los automóviles, las cornetas y ese olor a *smog* que predomina en el ambiente urbano.

Una joven apareció de repente en una esquina. Se distinguía por sus cabellos largos y extravagante maquillaje. También llevaba largas uñas, múltiples tatuajes y oscuro ropaje. Sus labios estaban maquillados de negro y una tonalidad similar resaltaba en sus pómulos y uñas. Sus pulseras tintineaban como joyas de extraños metales y sus llamativos zarcillos, con alegorías anticristianas, relucían entre los transeúntes del mediodía.

A su lado caminaba un joven, quizás vestido de una manera más extravagante que su amiga. Trajeado también de negro, sus cabellos parecían la cresta de un saurio.

Llevaba una franela picada a la altura de los hombros, un pantalón y unos botines negros. En sus brazos resaltaban tatuajes alegóricos a la mitología satánica y unos cueros adornaban sus muñecas.

Los extravagantes jóvenes atravesaron el nutrido grupo que salía de la iglesia y los rostros de algunas personas se contrajeron. Los muchachos cruzaron el corazón del grupo y, entre unos y otros, los feligreses hacían comentarios en voz baja.

Luego de que los jóvenes terminaran de atravesar el grupo, una voz anónima acusaba.

—¡Satánicos!

El coro de feligreses repitió, ahora iracundo...

—¡Satánicos! ¡Satánicos! ¡Satánicos!

Los jóvenes se voltearon sorprendidos, pero intentaron seguir caminando, como si no hubiesen escuchado nada fuera de lo normal. Otra voz anónima convidó a la violencia

—¡¡¡Agarren a los satánicos!!!

Los jóvenes se voltearon y adoptaron una posición de defensa para prevenir un inminente ataque por parte de la turba. No obstante, viraron cuando observaron que los integrantes del grupo agarraron piedras, pedazos de madera y empezaron a perseguirlos.

Los muchachos corrieron dejando atrás piedras que caían a sus pies o que pasaban silbando por sus orejas, así como palos e insultos amenazantes y acusadores, como si el espíritu de la Santa Inquisición se hubiera apoderado de la gente en aquella amable ciudad.

Sectas satánicas: extraños rituales

En aquella época de finales de los años ochenta unos extraños mensajes habían comenzado a aparecer en las madrugadas. La ciudad amanecía forrada de escri-

tos en paredes, vallas y otros espacios públicos, en los que se exaltaban figuras míticas del mal. Al principio hubo indiferencia.

Esas son cosas de muchachos...

Con el pasar de los días los mensajes se multiplicaron y la indiferencia se convirtió en incógnita.

¿Quiénes serán?

No se sabe de dónde salió la versión de que los autores de los mensajes eran jóvenes que le rendían culto al demonio. De esta manera, el asunto tomó un peligroso rumbo.

Una persecución se desató en Mérida en contra de todo aquel que cierta colectividad sospechara pertenecía a grupos que realizaban cultos satánicos.

Se aseguraba que los jóvenes vestidos de negro, con alhajas y peinados llamativos, así como con extraños tatuajes, integraban sectas satánicas. Estos, decían, se comunicaban entre sí a través de códigos secretos y practicaban extraños rituales religiosos.

Se sostenía que esos grupos secuestraban a jóvenes adolescentes para llevarlas a apartados lugares de la ciudad donde eran abusadas sexualmente, como parte de sus ceremonias religiosas.

Cazaban gatos, los estrangulaban y se bebían la sangre como ofrenda, motivo por el cual los bautizaron como los «comegatos». También se decía que en la noche ingresaban en cementerios y profanaban tumbas para cumplir con sus rituales.

Los medios se hicieron eco de estos casos que nadie llegó a presenciar ni comprobar, aunque se conocie-

ron testimonios de jóvenes que supuestamente habían sido víctimas de estos grupos.

Este era el caso de la sobrina de una parlamentaria, que habría sido secuestrada. La joven relató que fue raptada por varios individuos cuando salía del colegio. La introdujeron en un vehículo y le vendaron los ojos. Rodaron durante varias horas y luego la llevaron a un lugar desconocido. La muchacha contó su testimonio, desplegado en grandes titulares de la prensa amarillista: *Me amarraron a una cruz invertida y realizaron una extraña ceremonia con mi cuerpo.*

Otros relatos similares de jóvenes se conocieron en los periódicos con un marcado sesgo de morbo. Personajes públicos fueron señalados como líderes de estos grupos. Nunca se comprobó nada.

Mass Media en escena

Iván Roldán, periodista y editor de un diario de la ciudad para aquella época, recordó el caso.

En ese tiempo había un fuerte movimiento cultural en Mérida al que pertenecían jóvenes con características muy sui géneris. Estos muchachos vestían de negro y se dedicaban a actividades poco comunes. Eran jóvenes excéntricos para aquel momento, se rapaban el cabello y deambulaban permanentemente por la ciudad. No sé por qué motivos, pero a estos muchachos se les relacionó con grupos que le rendían culto al diablo. Se citaban sitios de Mérida donde se realizaban rituales ceremoniales, sobre todo la zona de El Valle y La Culata. Reconozco que nunca se comprobó si estos grupos o individualidades estaban relacionados con actividades satánicas, pero nadie me quita de la cabeza que

las actividades irregulares que se percibían en la ciudad y en la montaña tenían una conexión con el consumo de drogas.

Carmen López, una de las periodistas que cubrió ese caso, también recordó aquellos días.

Nosotros recogimos testimonios de personas víctimas de estos grupos irregulares, que causaron incertidumbre y zozobra en la ciudad. Se señalaba que el páramo de La Culata era uno de los centros de operaciones de las sectas y que las desapariciones de excursionistas y montañistas estaban relacionadas con esos movimientos irregulares. Se denunciaba que los excursionistas habrían sido secuestrados en las montañas de Mérida y se sospechaba de grupos organizados que operarían en La Culata. Creo que si las investigaciones sobre las sectas satánicas y las desapariciones en los páramos se hubiesen profundizado, quizás nos habríamos conseguido con muchas sorpresas.

Ana Teresa Salas, otra de las reporteras que cubrió este caso, consideró, por el contrario, que algunos medios de comunicación social y periodistas actuaron de forma irresponsable frente a estas denuncias.

Debo reconocer que en esa época hubo mucha irresponsabilidad por parte de algunos medios y periodistas que cubrimos estos hechos. Pusimos a rodar esa hipótesis sin prestar demasiada atención al efecto que estábamos causando en la opinión pública nacional. Cualquiera que se le ocurría decir que otra persona era satánica, recibía eco por parte de nosotros los periodistas y los medios. A mi manera de ver, actuamos de manera irresponsable porque gozábamos un puyero hablando de estos casos, sabiendo que no eran comprobables. La presión interna en los medios también nos impulsaba a escribir cualquier historia sobre las supuestas actividades satánicas. Cuando llegábamos al

periódico sin información sobre los satánicos, nos reclamaban. Todos los días teníamos que sacar algo sobre el caso. Durante varios meses tuvimos esa presión.

Uno de los parlamentarios locales de aquella época que estuvo más activo en las denuncias sobre actuaciones de grupos irregulares en la Sierra de La Culata, Teodoro Vielma, dio su versión.

En el caso de las sectas satánicas pudo haber dosis de protagonismo por parte de quienes impulsamos las denuncias, pero no era el centro del asunto. Tengo la convicción de que más allá de esa realidad, el planteamiento de fondo tenía una gran validez y aún la tiene. No tengo ninguna duda de que el delito organizado está relacionado con algunas desapariciones, tanto en la ciudad como en la montaña.

Teodoro Vielma, sentado en un cafetín de una céntrica avenida de la ciudad, retrocedió la cinta de su vida como parlamentario y, concretamente, sobre su actuación en este caso.

Reconozco que no teníamos pruebas suficientes para demostrar que las desapariciones de personas en La Culata, estuvieran relacionadas con grupos irregulares. No obstante, estos grupos actuaron en las montañas y siguen actuando. Las actividades de esas organizaciones no se realizan en su sano juicio. La droga juega un papel preponderante.

Una tumba en la montaña

En Mérida, es una actividad bastante común subir a los páramos con una botella de anís, una de las bebidas más tradicionales de los Andes, popularmente conocida como miche, y se ingiere para apaciguar el frío que provoca la altura de las montañas.

De estas experiencias existen decenas de anécdotas. No obstante, entre los montañistas, se conocen otras historias de personas que suben a los páramos: estas, además de consumir licor para soportar el intenso frío, utilizan estimulantes alucinógenos y otras sustancias estupefacientes.

Uno de los guías de montaña con el que visitamos la Sierra de La Culata en una oportunidad, recordó un curioso episodio.

Una vez trabajé como guía para unos noruegos. Llegamos a Los Nevados. Allí pasamos varios días. Una mañana llegó otro grupo, entre los que se encontraban algunas personas que subían a los páramos a consumir los alucinógenos que se localizan en la montaña. Una noche me llega toda asustada la dueña de la casa y me pide que, por favor, baje a los gringos, que se le estaban encaramando en el pesebre de la casa. A los noruegos les habían dado hongos y una vez que les provocó la reacción, comenzaron a hacer locuras, como intentar caminar por encima del Nacimiento.

Todo montañista tiene una historia -cada una más disparatada que la otra- de personas que han subido a las montañas cargados de alucinógenos y otro tipo de estimulantes.

Alix Velasco, siquiatra encargada de atender a jóvenes con problemas de drogas y de conducta, contó testimonios de personas que van a las montañas a buscar hongos y otros alucinógenos que se consiguen en algunas zonas de los Andes.

Estas actividades las organizan en grupo para resguardar su seguridad. Cada vez que realizan una excursión con estas

características, según hemos conocido testimonios, una de las personas del grupo no consume para proteger a los demás de las locuras que cada cual es capaz de cometer. El problema surge cuando todos lo hacen y, principalmente, si están en una zona muy alta. En algunas oportunidades han tenido que bajarlos asistiéndolos con primeros auxilios.

Según esta versión, algunas personas se pierden en los páramos luego de consumir drogas. Suben a la montaña, no paran de caminar y, en pocas horas, están extraviadas.

En los organismos públicos merideños dedicados a tratar pacientes que usan drogas, se conoce la historia de cuatro jóvenes que un día subieron a las montañas. Uno de ellos se extravió y, al igual que en casos anteriores, se abrió una intensa búsqueda. El joven nunca apareció, ni vivo ni muerto.

Según esa versión, uno de los muchachos murió de una sobredosis de droga pocos años más tarde y otro se ahorcó en la cárcel. El único testigo que quedó vivo habría contado a un familiar muy lejano de su compañero extraviado, que ese día subieron y consumieron drogas. A ese joven le dio una crisis, y murió. Los demás decidieron enterrarlo en el páramo.

Ninguno de los casos conocidos de personas extraviadas, desde 1988 hasta 1994, período en el que se conoce la mayoría de desaparecidos, coincide con esta versión. La anécdota pertenece a la ficción o sucedió antes de 1988.

A pesar de que estas sórdidas historias forman parte de diversas hipótesis, en los casos de Mario, Fernando y Mima, ninguna cobró fuerza.

No había antecedentes que pudieran determinar que las actividades de algunos de esos muchachos estuvieran vinculadas al consumo de drogas.

Grupo de uniformados en La Culata

Como ya dijimos, existen suposiciones referentes a las desapariciones en las montañas relacionadas con el uso y tráfico de drogas, armas y otros objetos provenientes del delito.

De estos casos se conocen diversas historias, como la del joven excursionista que observó en una ocasión, en la montaña, a un nutrido grupo que se aproximaba.

No eran los amigos con quienes se había citado el día anterior en El Refugio de La Culata. Tampoco eran campesinos. El grupo estaba uniformado. El excursionista se escondió entre riscos, sorprendido y extraño por la repentina aparición.

Esta historia, cuentan, ocurrió en diciembre de 1990. El plan del joven era pasar unos días entre la quietud de los riscos, la suavidad de la niebla y el estimulante frío de la montaña. Posteriormente, bajaría a recibir el año nuevo con sus familiares.

Aquella mañana el excursionista se despertó temprano. Terminó de arreglar el morral y desayunó. Luego se echó el morral a los hombros. La parada del transporte colectivo de la línea El Valle-La Culata estaba prácticamente vacía.

Sintió que pasó una eternidad antes de que el conductor encendiera el motor del vehículo y saliera con tres o cuatro pasajeros a cumplir su habitual ruta.

Una hora más tarde el joven avanzó entre la espesa y húmeda vegetación de la Sierra de La Culata. Caminó mientras escuchaba música a través de unos pequeños audífonos que llevaba incrustados en sus orejas. Se distrajo contemplando en el horizonte los valles, las montañas y los hermosos riscos de la sierra.

A mitad de la mañana atravesó el Valle del Muerto y en menos de hora y media estaba arribando a El Refugio, la vieja casa de piedras a donde llegan los excursionistas de La Culata.

Esa mañana el sonido del viento se escuchaba más fuerte por la soledad que envolvía a la cabaña. Esta sensación la producía, quizás, la ausencia absoluta de personas.

El muchacho se extrañó. Los amigos con los que había quedado para verse no estaban. Quedó en encontrarse con ellos en ese refugio. Pensó que habían acampado un poco más arriba y volvió a calzarse el morral.

Subió la cuesta que lleva al pico Pan de Azúcar, por donde se supone subieron Fernando y Mima, cuando observó aquella extraña presencia de hombres uniformados y mulas.

Escondido detrás de unos riscos observó cómo se acercaba el grupo y se atemorizó. Se percató de la imprudencia de haber subido solo a la Sierra de La Culata con todas aquellas historias de desapariciones y cosas extrañas de las que se hablaban en esa época. Era un promedio de diez u once hombres vestidos de azul. Cada uno llevaba a su lado una mula y cada una cargaba sobre sus lomos, a su vez, un par de cajas de hierro sujetadas por gruesos tirones de cuero.

Cuando el grupo pasó cerca de donde se escondía el muchacho, este se ocultó, petrificado por el miedo.

El grupo cruzó el extenso valle y subió otra colina camino a la base del pico Pan de Azúcar. Quince minutos más tarde de haber presenciado aquella escena, el excursionista bajó a la ciudad, asustado.

Recordaba todas las historias que se tejían en torno a la desaparición de su amigo Fernando Moreno y apuraba más el paso mientras observaba a los lados.

Volvió a Mérida y todavía blanco como un papel, según recordaron sus amigos, contó lo que había visto en lo más alto de la montaña.

La experiencia de este excursionista, conocida entre un grupo de montañistas de la ciudad, contribuyó para que se afanzara la hipótesis de que, por La Cullata, se contrabandeaban drogas, armas y otros objetos provenientes del delito.

Según esta hipótesis, jóvenes excursionistas y montañistas pudieron haber sido testigos de estos extraños y misteriosos movimientos en las montañas.

Mario, Fernando, Mima y otros excursionistas habrían presenciado acciones de agentes del delito organizado que operarían en los páramos. Los jóvenes habrían sido capturados y desaparecidos.

El delito camina en la montaña

Los páramos son ricos en historias. Cada campesino, una vez que entra en confianza, da su testimonio. Uno de ellos nos contó el siguiente episodio.

Un día estaba pescando con un amigo en una laguna del pára-

mo adentro y una tarde, de repente, se nos apareció un grupo de hombres fuertemente armados.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —nos preguntaron.

—Estamos pescando —les respondimos.

—No los queremos ver por aquí. ¡Lárguense...! —nos dijeron.

Nosotros tomamos nuestras cosas y bajamos a la casa sin decir nada. Las armas eran largas y se cruzaban en sus pechos cinturones repletos de cartuchos. Después no supimos más nada. En el páramo suceden estas y muchas otras cosas.

Orlando Rodríguez, quien se desempeñó como jefe del Comando Regional Número 16 de la Guardia Nacional, explicó, en una oportunidad, que lo amplio e inhóspito de la frontera colombo-venezolana crea las condiciones geográficas idóneas para los agentes del narcotráfico.

Existe una zona del Páramo del Tamá del Táchira donde operan, al menos, elementos vinculados a la guerrilla colombiana y al narcotráfico. Por esta zona puede ingresarse a territorio venezolano y hay caminos de difícil acceso por donde se llega a la población venezolana de San Vicente de La Revancha del Táchira. Es factible que esa ruta pudiera estar cubriéndola el narcotráfico, pero el tránsito es muy complicado. Estos caminos deben realizarse a pie, ni siquiera en mula. Además, el frío es bestial. No obstante, esta realidad del Páramo del Tamá es distinta al Páramo de La Culata. En la zona fronteriza de Venezuela es mucho más factible el tráfico de droga por la proximidad con Colombia; pero en La Culata es diferente. No puede descartarse que las zonas verdes del páramo pudieran utilizarlas para contrabandear los agentes de la delincuencia organizada y particularmente el narcotráfico, pero realmente es

muy complicado por las condiciones geográficas de los páramos. Arnaldo Durán fue superintendente del Parque Nacional Sierra de La Culata y aseveró que, en varias ocasiones, se procesaron denuncias de personas que alegaban haber visto movimiento de tráfico de drogas en el Páramo de La Culata.

Una de las primeras denuncias de las que recuerdo haber recibido se hizo en 1998. En la vertiente norte de este páramo, muy próxima a la carretera Panamericana, supuestamente se estaba procesando y traficando con drogas. A raíz de esa denuncia transmitida, la Guardia Nacional allanó una vivienda y se consiguieron pipotes de líquidos químicos que, según expertos de la Guardia, se utilizarían para procesar drogas, pero al final no se pudo comprobar nada. En otra oportunidad se recibió una nueva denuncia de que, en las inmediaciones de La Azulita, se traficaba con armas. No puedo poner en duda que en los páramos se haya traficado con drogas y armas, entre otros objetos provenientes del delito, por constituirse un lugar tan extenso; pero no hay pruebas que puedan llevarnos a una conclusión esclarecedora.

Capítulo III:

Puertas de entrada a la dimensión desconocida

Eran las 9:30 de la noche. Estaba en el frente de la casa desde donde se divisan los páramos Los Conejos, Los Leones y otras montañas más pequeñas que rodean a la Sierra de La Culata.

Al principio observé una luz blanca y luminosa. Venía como del Páramo Los Conejos. Era más lenta que un avión y no emitía ningún sonido. Al pasar justamente por detrás de una de las montañas, se tapó.

Luego volvió a aparecer, pero cuando comenzaron a iluminarse los relámpagos de El Catatumbo, que en las noches se refleja en este sector, el objeto empezó a emitir luces de muchos colores de manera intermitente.

Prendía y apagaba. La primera luz era verde, luego cambiaba a roja, después a azul y así sucesivamente. Cambiaba de dirección constantemente por lo que no podía ser un satélite. La luz de este siempre es blanca.

El ovni pasó por el Páramo Los Leones y se dirigió a un sector llamado La Cueva del Oso. Finalmente continuó hacia la zona de El Vigía. Lo estuve observando tres o cuatro minutos. Yo estaba solo, pero luego llamé a mi hermana y a mamá para que lo vieran. Ellas también lo vieron. Hubiese querido tener una cámara de video para grabarlo. Luego desapareció entre los páramos.

Existen innumerables anécdotas de campesinos, montañistas, excursionistas y habitantes de la Sierra de La Culata y la Sierra Nevada sobre la presencia de Objetos Voladores No Identificados (Ovnis) en el cielo y otros fenómenos lumínicos no menos extraños, como el relato de este joven habitante de El Valle, cuyo nombre pidió mantener en reserva.

Me quedé un rato observando a ver si volvía a aparecer el objeto que no lograba identificar. Esa misma noche, cuenta mi

hermana, el ovni volvió a aparecer. Venía de regreso. Eran las 2:00 de la madrugada.

Ella se asustó porque estaba sola, fue a mi cuarto y me llamó: «¡Francisco!». Nos quedamos mudos viendo aquello pasar sobre los páramos. No era un avión, porque tenía forma redonda.

A los aviones se le detallan las alas y emiten sonidos. Este aparato no tenía alas y tampoco emitía ruidos. A los aviones que pasan por esta zona se les escucha el sonido de los motores. Además, en esta zona no vuelan aviones en la noche, menos cuando está nublado. No era un cometa porque era más rápido y, además, este tarda días en cambiar de posición.

Aquí en El Valle hay otras historias de personas que han visto ese tipo de objetos en la noche y en la madrugada.

Un misterioso sonido

Madrugada del lunes 16 de junio de 1997. Un fuerte ruido metálico, como el de la turbina de un avión, cruzó la ciudad de Mérida de extremo a extremo.

Un ruido que punzaba los oídos, que los taladraba con su sonido agudo y penetrante. Una resonancia que se escuchó entre las 5:00 y las 5:30 de la mañana. La repercusión penetró en pasillos, salas y habitaciones de los grandes caserones del centro de la ciudad y en las inmediaciones de las casas más humildes, localizadas alrededor de los principales ríos de Mérida: el Albarregas y el Mucujún.

El fuerte sonido, que venía de las zonas de El Valle y Tabay, despertó a más de un vecino y durante toda la mañana los comentarios y especulaciones en torno al ruido no cesaban en las esquinas de la Plaza Bolívar y

sus adyacencias. Unos y otros se preguntaban y aventuraban en especulaciones.

—¿Y qué sería eso...? Dicen que era un platillo volador...

La prensa también especulaba...

Vecinos de El Valle confirman presencia de un ovni sobre Mérida. Vecinos del sector El Valle aseguraron ayer que el intenso ruido que perturbó la madrugada del lunes 16 a muchos habitantes de esta ciudad, fue producido por un ovni que, para sorpresa de muchos que lo observaron, permaneció por más de diez minutos sobre El Valle, El Vallecito y La Culata.

El secretario general de Gobierno de aquella época, Mario José Torres Rodríguez, aseveró que era un avión Hércules del ejército venezolano que realizaba labores de reconocimiento. Esta versión fue desmentida por las fuentes militares.

De hecho, el jefe de la Guarnición Militar de Mérida aseguró que no había tenido conocimiento de la presencia de aviones militares en la zona. Las autoridades del Aeropuerto Alberto Carnevali también declararon que ningún avión comercial pasó o aterrizó en Mérida en la madrugada del lunes 16 de junio.

Uno de los vecinos de El Valle ofreció su testimonio sobre este episodio.

Me estaba lavando la boca y escuché un ruido fuera de la casa. Cuando salí, vi a la altura de El Vallecito algo que no era un avión. Llamé a mi esposa y ella lo vio también. Duró un rato largo, yo diría como diez minutos. Después desapareció.

Campesinos de la zona aseguraron que se trataba de una nave de grandes proporciones con unas seis luces ubicadas en el medio, las cuales se prendían y apa-

gaban de manera intermitente.

Las autoridades de Protección Civil de aquella época reportaron ese día múltiples llamadas en la sede de esta institución. Preguntaban por el origen del ruido. Soraya Rondón, una empleada pública, recordó que en los pasados días martes 3 y jueves 5 de junio, varios vecinos observaron «con toda claridad» una extraña nave sobre Tabay.

Este acontecimiento, según los testigos, se produjo entre 8:00 y 8:30 de la noche. La dama relató.

No era un avión porque el aparato estaba estático y no era un helicóptero porque la forma y el sonido no se correspondía con los que conocemos.

Esta no era la primera vez que se hablaba de la presencia de objetos voladores que no habían logrado ser identificados sobre Mérida y, particularmente, en las montañas y valles de esta región andina.

Dos días duró el tema en la agenda informativa de los diarios. Luego también desapareció, como aquel misterioso sonido.

Secuestrados por ovnis

El agricultor José Alberto Dávila, un hombre de aproximadamente 70 años, aseguró que cuando era joven, vio un ovni. Se encontraba sentado en un banco de la plaza Bolívar de un pueblo de los Andes en compañía de un amigo.

Eran las 7:00 de la mañana y el día no terminaba de asomarse en el horizonte. No había nadie alrededor. De repente vieron aparecer un extraño aparato por

encima de sus cabezas. Tenía forma de un plato boca abajo. Emitía luces radiantes y volaba bastante bajo. Luego se retiró. Dávila aseguraba que era un «platillo volador» y lo reiteraba.

Eso era un platillo volador. Cómo me gustaría que el amigo que lo vio conmigo estuviera vivo para que confirme lo que estoy diciendo. Es la única vez que me ha pasado algo semejante con un platillo volador, pero aquí en las montañas se ven mucho esas cosas y otras no menos extrañas. En otra oportunidad dormía en la parte de afuera de mi casa cuando sentí un fuerte resplandor, abrí los ojos y observé en la pared una intensa luz blanca que venía de mi espalda. Volteé y vi que la luz la producía una gran bola luminosa. Luego la bola se volvió diminuta y desapareció. Esa noche me persigné y me metí en la casa asustado.

Montañistas y excursionistas aseguran, también, haber sido testigos de este tipo de fenómenos en la Sierra de La Culata y en La Sierra Nevada. Las anécdotas son similares: objetos y luces radiantes que se observan en la noche o en la madrugada sobre los riscos de esta zona de la cordillera de los Andes. Sobre este tipo de avistamientos, al parecer, no hay dudas.

Pero ¿qué son en realidad estos objetos observados en los páramos merideños? ¿Qué fenómenos los producen? ¿Vienen de otros planetas? ¿Son de este sistema solar? ¿Son fenómenos naturales que la física no ha podido identificar?

El amigo de infancia de Fernando Moreno, el montañista Luis Balza, recordó que una de las últimas noches de búsqueda de Mima y Fernando, los rescatistas

norteamericanos que trajeron a los perros *Pathfinder* se reunieron para evaluar la situación.

Los rescatistas de los EE. UU., luego de casi dos semanas de búsqueda con los sabuesos, estaban sorprendidos por no haber conseguido a los muchachos. Era la primera vez que estos animales fallaban en una operación. A los rescatistas les parecía muy extraño que los perros llegaran a un lugar donde supuestamente habían estado los jóvenes, luego se desorientaban y, atónitos, comenzaban a mirar persistentemente hacia el cielo.

Los norteamericanos concluían que los jóvenes habían sido levantados por alguna fuerza mayor. No podían ser mulas, porque el olfato de los perros rastreaba cuerpos a dos y tres metros de altura. Se asomaba con cautela la posibilidad de que los jóvenes hubiesen sido secuestrados por una fuerza superior. Con esta hipótesis se abrió otra ventana de especulaciones, la de los fenómenos paranormales

Contacto con alienígenas

Miércoles 11 de septiembre de 2001, 6:30 de la noche. La televisión repite una tras otra las imágenes del segundo avión estrellándose en contra de las torres gemelas de Nueva York. Este atentado sacude al mundo.

Un hombre delgado, de pequeños bigotes y aspecto sereno, señaló la pantalla de la televisión de su casa con el dedo índice y habló del futuro.

—*Eso apenas es el comienzo de lo que vendrá...*

Ese misterioso hombre -que se acomodó en el amplio sillón de su casa, reposó ambos codos en la silla y puso las dos manos en sus labios formando una figura piramidal con sus brazos- aseguró tener contacto con alienígenas desde muy pequeño.

En su vida pública es ingeniero y en su vida privada una persona convencida de que no solamente existe vida extraterrestre, sino de que los alienígenas rescatarán la Tierra del holocausto al que la conduce el hombre y la repoblarán solamente con personas elegidas.

La humanidad, según su punto de vista, no está preparada aún para entender estos fenómenos paranormales. El hombre pidió no revelar su nombre.

La humanidad no está preparada para recibirlos porque vive atrapada en dogmas y no se ha desarrollado internamente para comprender la verdadera sabiduría que esta gente puede transmitirle. La violencia arreciará en todo el planeta y de los únicos que obtendremos ayuda es de estos seres del espacio. Para esta misión debemos prepararnos en el campo espiritual. La humanidad no puede seguir rigiéndose por los actuales parámetros materiales y espirituales. Debemos despertar a grados superiores de conciencia. Estos seres nos están ayudando. El final de estos tiempos se aproxima. Veremos lo que sucederá en el ámbito espiritual en los próximos años. Vendrá gente espiritualmente superior, como siempre ha sucedido en la historia de la humanidad. No estoy loco, tampoco soy un mensajero. Cuento lo que sé. Lo que muchos ya sabemos. Lo que sucederá.

En la casa del hombre se respiraba un silencio que solamente lo rompía el timbre, además de las imágenes mudas de la televisión.

El hombre se levantó, acudió a la puerta y atendió a una persona. Hablaron sobre los atentados en EE. UU., como si este acontecimiento encerrara una verdad que solamente ellos conocían. Esta escena se repitió tres o cuatro veces con otras personas.

Cuando se acomodó en la silla por última vez antes de culminar la conversación, con la misma posición piramidal de sus brazos, asomó la posibilidad de que los jóvenes desaparecidos en los Andes pudieron haber sido sacados del mundo por alienígenas.

Unas ciudades subterráneas

La ciudad de Mérida está enclavada entre dos inmensas serranías: la Sierra Nevada y la Sierra de La Culata. Estas dos cadenas montañosas de la cordillera andina la aíslan geográficamente del resto de Venezuela.

Para llegar o salir de Mérida, por aire o por tierra, se deben atravesar sus montañas. Por tierra se cruza la carretera Trasandina y la carretera Panamericana.

En ambos casos se acarician los bordes y las entrañas de esta hilera montañosa del sur de América, que siempre ha estado envuelta por un inmenso manto de misterio.

El Páramo de La Culata de Mérida es uno de los diez lugares de Venezuela donde se reportan más avistamientos de ovnis, junto con la Gran Sabana, en el estado Bolívar y la Fosa de Cariaco, ubicada entre Puerto La Cruz y la isla de Margarita.

También en el cerro El Ávila de Caracas (oficialmente Waraira Repano), el Puente de Angostura, en in-

mediaciones del río Orinoco, en el estado Bolívar; El Tigre, en Anzoátegui; el Río Caroní, en Puerto Ordaz; en la ladera norte de la Sierra de Falcón y en La Azulita de Mérida.

El ufólogo venezolano, Roberto Marrero, elaboró un mapa de ovnis en la Gran Sabana, y sostiene que existe un triángulo en esta zona sur de Venezuela.

Cada vértice del triángulo señala la ubicación de una base o ciudad intraterrena, un cosmódromo subterráneo, una pirámide generadora de energía, física y etérica, así como un portal interdimensional. Los vértices de este triángulo de la Gran Sabana están conectados con la mayoría de los restos arqueológicos de civilizaciones antiguas y lugares misteriosos del planeta Tierra, entre los cuales destacan Teotihuacán y Palenque en México. También Nazca, Machu Picchu y Ciudad de Iquitos en Perú; isla de Pascua en Chile; Stonehenge en Inglaterra; Tiabuanaco y Tivanaqui en Bolivia; el Triángulo de las Bermudas en el Mar Caribe; las pirámides de Gizeh o Giza en Egipto y Axoum en Etiopía.

De igual manera mencionó El Templo de Borobudur en la isla de Java; los megalitos de Naalbeck en el Líbano; las ciudades intraterrenas de Akahim, entre Venezuela y Brasil; y Akakor en la frontera de Brasil y Bolivia, entre otros lugares.

Las líneas de ese triángulo que se forma en la Gran Sabana de Venezuela, hacen contacto con cada uno de estos y otros puntos mágicos y misteriosos del mundo.

La línea número uno une al Monte Roraima con el Cerro del Sol y de la Luna, pasa por Palenque hasta llegar a Teotihuacán en México. En su trayectoria se encuentra con el Páramo La Culata, en el estado Mérida.

Consideró que de allí se derivan los permanentes avistamientos de ovnis, a los que también se les adjudica la desaparición de personas en los Andes.

En el mapa se recogen lugares de experiencias con avistamientos diurnos y nocturnos en la Gran Sabana, naves madres o nodrizas, bolas de fuego voladoras, nubes extrañas, bases subterráneas, cosmódromos y ciudades intraterrenas.

También persecuciones, personas transportadas en ovnis, fenómenos lumínicos y sónicos, protecciones, encuentros, portales dimensionales y otros fenómenos paranormales.

No se conoce un mapa con estas características pormenorizadas sobre los Andes, como el expuesto sobre la Gran Sabana, pero Marrero aseguró que estas zonas montañosas de Mérida formarían parte de esos lugares donde los fenómenos ovnis y otros de carácter paranormal, se manifiestan frecuentemente.

Objetos voladores no explicados

A Jürgen Stock, reconocido investigador de la astronomía, lo rodean afiches de planetas, cometas, asteroides y estrellas, mientras permanece sentado en su cubículo universitario.

Stock, un estudioso alemán de esta área del conocimiento que vivió gran parte de su vida en Mérida, dio sus impresiones sobre el fenómeno de los ovnis. *Yo los he visto. Prefiero, sin embargo, llamarlos Objetos Voladores No Explicados. Creo que esta es una definición más precisa. Estos Objetos Voladores No Explicados por la física, coexisten. No*

obstante, hasta ahora, no hay la más mínima razón científica para llegar a la conclusión de que los seres inteligentes extraterrestres existan. Con este punto de vista no queremos negar la posibilidad de que en el Universo convivan otros seres inteligentes, pero, al menos en el sistema solar en el que se encuentra la Tierra, no hay ninguno donde haya posibilidad de vida.

Lo que sabemos hasta ahora es que el planeta Marte, hace muchos años atrás, tuvo condiciones que podrían haber permitido el desarrollo de vida. De allí la importancia de los estudios que se vienen adelantando en torno a este planeta y la posibilidad de existencia de microbiología fosilizada.

Hasta el momento, la única posibilidad de que haya vida inteligente en otro planeta, como en la Tierra, es que exista otro sistema solar y como sabemos, hay muchísimos. En torno al fenómeno ovni hay muchas mentiras generalizadas que, en algunas oportunidades, hemos logrado desmontar. Las experiencias de ovnis están compuestas más por literatura de ficción que por hechos científicamente comprobables.

Una inexplicable desaparición

En 1976, Antonio Briceño, un historiador y acucioso investigador fascinado por el fenómeno ovni, desapareció inexplicablemente en Mérida.

En la mañana del 1 de junio salió, como todos los días, de su casa a su trabajo en el Museo Antropológico, situado en el centro histórico de la ciudad. Desde ese día no se supo más nada de él.

El último testimonio sobre la vida de Briceño lo aportó el conductor de un transporte colectivo. Afirmó haberlo visto en las inmediaciones del centro de la ciudad.

Pocos días más tarde se encontraron sus pertenencias: la cartera, las llaves y un pañuelo. Antes de eso, hallaron su *Volkswagen* en un estacionamiento cerca de su casa.

Se manejó la hipótesis del robo y el asesinato. Esta versión no se comprobó. El cuerpo de Briceño nunca apareció.

Por los rincones de la ciudad se decía que el historiador, acucioso investigador de fenómenos paranormales, había sido secuestrado por un ovni.

Briceño había viajado por el sur, el norte de América y varios países europeos tras sus investigaciones sobre la historia de la humanidad y la vida inteligente en otros planetas.

El historiador escribió, en una oportunidad, sobre el fenómeno ovni.

Si se logra comprobar que hay vida en otros planetas, y no solo eso, que hubiera civilizaciones superiores o iguales a la nuestra, seríamos espectadores de una verdadera revolución.

Pocos años más tarde de publicado este libro, Antonio Briceño desapareció inexplicablemente.

La inteligencia alienígena

Al físico Marcos Peñaloza, un reconocido científico de la ULA, lo abordamos en uno de sus cubículos de la universidad. Peñaloza también habló sobre el controversial tema.

Tengo algunas experiencias personales sobre las cuales puedo afirmar que creo en Dios. Por esa razón no puedo manipular la información que tengo para defender la existencia de Dios

públicamente, mientras no tenga pruebas concretas. Algo similar sucede con los ovnis. Yo podría creer en los seres alienígenas, pero no tengo suficientes evidencias para sostener que existan. Creer y saber son asuntos diferentes. Yo puedo creer lo que quiera, pero no necesariamente saber lo que quiera. Creer es una manifestación de deseo. Yo deseo que haya vida en otro planeta, ¿por qué?, no creo que seamos los únicos en el universo. Esgrimiendo argumentos, ese deseo puede ser razonable. Pero por este deseo no puedo decir que hay vida en otros planetas. En mi caso personal, ¿qué sentido tiene que diga que creo en los seres alienígenas inteligentes de otros planetas si no tengo evidencias para comprobarlo? De hecho, yo jamás he tenido una experiencia con ovnis.

Recordó que la parasicología, área que estudia este fenómeno, entre otros de carácter paranormal, no es entendida como una ciencia oficial.

No es aceptada por la comunidad científica. No se le otorgan recursos y las investigaciones que se adelantan en el área se realizan casi de forma clandestina y con recursos personales de los interesados. A excepción de algunos gobiernos, principalmente de las potencias mundiales, se realizan investigaciones secretas o fundaciones vinculadas a universidades que también estudian el fenómeno.

Para el investigador, que tenía estudios de postgrado en Astronomía, Astrofísica y Física de la Atmósfera en Venezuela e Inglaterra, la parasicología era todavía, para el momento de la entrevista, un área en proceso de exploración.

Existen fenómenos atmosféricos que no han sido identificados por ser aleatorios e impredecibles. Son fenómenos no estudiados

porque no existen recursos, como tampoco un diseño de investigación para hacerlo.

Aunque consideró que hasta los momentos, a pesar de la prolífica literatura, no existen evidencias que permitan llegar a la conclusión de que los seres inteligentes de otros planetas existen, no cerró la posibilidad al conocimiento de que haya fenómenos que el hombre no comprenda aún y que pertenezcan a la inteligencia alienígena.

Fenómenos atmosféricos

Para el astrónomo Jürgen Stock, estos fenómenos adjudicados a ovnis podrían tener una explicación física si se contara con un espectrógrafo en el momento en el que ocurren u otro aparato similar que pudiera determinar de qué hecho físico se trata y que el hombre no conoce.

Existen áreas de gas con cargas eléctricas. Se trata de zonas luminosas y reaccionan por chispas. Cuando pasan por líneas de alta tensión producen cortos circuitos y dañan generadores, como ha sucedido en algunos países. Sobre este tipo de fenómenos, sin embargo, no se puede pronosticar el día ni la hora en la que sucederán.

Esta explicación, según Stock, calza bastante bien con los fenómenos denominados como ovnis. No son, probablemente, fenómenos inteligentes de otros planetas, sino reacciones de la naturaleza.

Advirtió que hay fenómenos que dentro de la física no se conocen ni se han estudiado aún porque no se puede pronosticar dónde y cuándo sucederán, como ocurre con los relámpagos que caen al azar.

Para este investigador, al igual que para el físico Peñaloza, no se ha encontrado aún ningún caso en el que pueda decirse que un fenómeno «extraño» y «misterioso» es producto de seres inteligentes de otros planetas. Jürgen Stock y Marcos Peñaloza, haciendo un ejercicio de imaginación, se preguntaron: ¿qué sentido tiene que, existiendo seres inteligentes en otros planetas desde hace millones de años, no hayan entrado en contacto evidente con habitantes del planeta Tierra?

Una dimensión desconocida

Soy una trabajadora jubilada de la universidad, no soy creyente o estudiosa de los fenómenos paranormales, pero tampoco puedo decir que no le preste atención.

Nunca he pensado que tenga poderes especiales para este tipo de fenómenos, pero en varias oportunidades me han sucedido algunas experiencias bastante extrañas, que he preferido guardarlas en el saco de mis anécdotas más íntimas y personales.

Gavidia es un caserío de la Sierra Nevada apartado culturalmente de la civilización urbana, aunque se encuentre a media hora de Mucuchíes.

A mí me encanta tanto este caserío que en una oportunidad me compré un terreno y construí una casa, luego de salir de la universidad.

No sé si las experiencias que he tenido correspondan a visitas de otros planos dimensionales. En todo caso, me sucedieron, y me gustaría contarlas.

En una oportunidad, antes de un período de Carnaval, salí de excursión con una pareja de amigos y su hija. A mí siempre me ha gustado el andinismo.

Recuerdo que íbamos para la laguna de Santo Cristo, que se encuentra a siete horas de Gavidia. Visito con regularidad esa zona. Por esa razón les servía de guía a mis amigos.

Salimos temprano en la mañana de mi casa de Gavidia. La primera parte de la caminata era una subida bastante empinada. Este ascenso termina en un lugar conocido como El Alto. A excepción del esfuerzo que debe hacerse para subir esta montaña, todo iba muy bien. No obstante, cuando llegamos a El Alto, nos encontramos con un portón, de esos que normalmente se consiguen en los páramos: de madera y alambre.

A mí me extrañó la presencia de ese portón, porque era la primera vez que me lo encontraba, pero no les comenté nada a mis amigos. «A lo mejor lo construyó un campesino...», me dije.

Abrí la puerta, pasamos e iniciamos el descenso hacia la laguna de Santo Cristo. En esta zona del páramo se encuentra una bifurcación.

Un camino que conduce a nuevos páramos y otro camino que lleva a Santo Cristo.

Se tarda un promedio de dos horas para llegar a la laguna, pero nosotros no parábamos de caminar y no llegábamos.

«Esta baquiana está más perdida...», decían mis amigos a manera de broma, pero cuando comenzó a oscurecer estaban un poquito contrariados.

El camino era idéntico al que yo conocía, pero pasaron seis horas y la laguna no aparecía en el horizonte.

Nos llamaba la atención que, a medida que caminábamos, el ambiente se volvía más caluroso y pesado, lo que no nos explicábamos, porque nos encontrábamos en el páramo.

¿Hacia dónde caminábamos? ¿En dónde nos encontrábamos?, me preguntaba. Estábamos perdidos,

pero no había angustia. Íbamos bien equipados y decidimos pasar la noche en aquellos parajes.

A la mañana siguiente levantamos nuestra carpa y decidimos regresarnos, por precaución. Volvimos a El Alto.

Cuando llegamos, me di cuenta de que el portón ya no estaba. Mis amigos no se dieron cuenta porque no conocían el camino, pero yo sí me percaté, aunque no le di demasiada importancia. En El Alto me conseguí unos amigos montañistas que iban para la laguna de Santo Cristo. Mis compañeros de caminata decidieron regresar con mis otros amigos a la laguna, y yo seguí para la casa con la hija de la pareja, que andaba con nosotros. Al regresar a Gavidia le pregunté a uno de los baquianos de la zona sobre ese portón que habían construido en El Alto. «¿Cuál portón? En El Alto nunca ha habido ningún portón», me dijo. ¿Qué puerta habíamos cruzado entonces?, me pregunté.

Mis amigos, a pesar de que tomaron el mismo camino que anteriormente recorrimos nosotros, llegaron en dos horas a la laguna, sin ningún inconveniente.

A la semana siguiente acompañé a una procesión que pasaría por El Alto. Fui solamente con el propósito de constatar la presencia del portón, pero ya no estaba.

Desde entonces, sigo visitando la laguna de Santo Cristo, pero jamás me he vuelto a conseguir aquel misterioso portón. ¿Ese día cruzamos otra dimensión? En realidad, no sabría afirmarlo con certeza.

Capítulo IV

Encantamientos: los otros misterios del páramo

6:00 de la tarde. Una montañista camina de Mucuchíes a Gavidia por los páramos de los Andes. La neblina ha bajado y el frío aprieta su rostro. Poco antes de llegar a este último poblado, sintió la risa burlona de un niño a su costado y volteó. No había nadie.

Siguió caminando y la risa se sintió con más fuerza al lado de un matorral. Se aproximó al lugar de donde venía la risa, abrió el monte y no vio nada. No sintió miedo. Siguió caminando, mientras la risa burlona se difuminaba como un eco entre los arbustos.

Montañistas y excursionistas han ofrecido testimonios sobre experiencias vividas en las inmediaciones de las lagunas que coinciden con las creencias de los campesinos sobre duendes, gnomos y lagunas encantadas.

El montañista Jhonny Balza recordó que durante la búsqueda de Mima y Fernando cargaban unos pitos para llamar a los jóvenes. Una vez, pasando por una de estas lagunas, comenzaron a sonar los silbatos, todos a la vez. Iban varios grupos dispersos. En el grupo en el que andaba empezaron a chillar de forma incesante, la laguna se tapó de niebla completamente y llovió de manera intensa.

Pero lo que más le llamó la atención es que solo llovía sobre las cabezas de quienes tocaban los pitos. Callaron asustados e inmediatamente cesó la lluvia y volvió la claridad y el sol, tal y como estaba el tiempo antes de que comenzaran a tocar los silbatos.

Dicen que por ese motivo los campesinos piden silencio a los caminantes cuando transitan por las lagunas, para no irritar a los *Cheses* o *Encantos*.

Una experiencia parecida a la vivida por los rescatis-
tas de la *Operación Pan de Azúcar* y a la de otros cami-
nantes de las lagunas del páramo, la experimentó el
rescatista Francisco Rivas en la Sierra de La Culata.

*Me encontraba apoyando una competencia de truchicultura.
Iba acompañado de un grupo de personas, pero decidí meterme
por otro sitio porque deseaba conocer una laguna que siempre
me había llamado la atención.*

*Pedí a mis compañeros que siguieran caminando. Yo los al-
canzaría más abajo. Me introduje en el paraje y a la distancia
observé, con nitidez, la belleza de la laguna que quería conocer.
Saqué mi cámara fotográfica y apunté.*

*En ese instante, la neblina invadió el espacio donde se encon-
traba la laguna y ya no se podía ver nada. Bajé la cámara,
continué caminando y la laguna se despejó inmediatamente.*

*No obstante, a medida que avanzaba, llovía. Cada vez que
me acercaba, llovía más, hasta que llegué a un punto en el que
no podía seguir avanzando porque el aguacero me lo impedía.
Decidí regresar.*

*Me retiré. Luego de caminar cinco minutos me sorprendí al obser-
var, otra vez a la distancia, la laguna: su belleza volvía a brillar.
El tiempo se había despejado y esta resplandecía como antes. Yo le
di a esta experiencia una interpretación mágico-religiosa.*

El mundo de los Cheses

Julio Carrillo es un investigador universitario dedica-
do a estudiar la cultura campesina y popular de los
Andes venezolanos.

Carrillo considera que las creencias religiosas de los
campesinos del páramo, que tiene como eje los *En-*

cantos, se fundamenta en una doctrina basada en los poderes de estos seres sobrenaturales.

Frente a esos fenómenos, los miembros de las comunidades deben mantener líneas de conducta muy bien definidas por sus códigos, normas de comportamiento y un sistema jerarquizado de roles.

Sostuvo que en estos parajes se levantan altares realizados con materiales de los entornos para adorar a los *Cheses* o *Encantos*. Estas prácticas se mantienen aún entre los campesinos y se manifiestan a través de los rituales que se cumplen, por ejemplo, cada 24 de diciembre.

Ese día, justo a las 12 de la medianoche, hora en que nació Jesús, el hijo de Dios, los campesinos van a ciertas lagunas, colocan sobre una tabla un plato de comida navideña como hallacas, arroz y pan, todo sin sal, y la dejan navegar por la laguna con una vela encendida. Carrillo dio su percepción sobre esta tradición popular de los Andes.

De esta manera, los campesinos cumplen sus rituales religiosos que tienen como base fundamental los Encantos, Cheses o Chenes, seres sobrenaturales a los cuales, los habitantes en general de las tierras andinas venezolanas, rinden culto.

Esta concepción tiene sus principales antecedentes en la doctrina y culto que los antepasados aborígenes prehispanicos practicaban, y que a su vez tuvo continuidad en el tiempo y en el espacio.

Puede calificarse como religión y sobrevive entre densos grupos de la población en forma sincrética con la religión católica y otros agregados doctrinales procedentes de la etnia negra afro-venezolana. Con la llegada del conquistador español, y por procesos de aculturación, con la imposición a sangre y fuego de otra cultura, el aborígen

sincretizó inteligentemente sus creencias y prácticas religiosas con las provenientes de la iglesia predominante que viajaba con el español. Estas prácticas cohabitan actualmente en las zonas más altas de los páramos venezolanos. Los relatos sobre Encantos o Cheses, más que simples mitos o leyendas, como han sido caracterizados hasta hoy, son ejes de una religión que posee su propio cuerpo doctrinario, sus códigos, rituales y ceremonias. Conforman una comunidad de seres sobrenaturales que proyectan sus fuerzas, y sus dominios se extienden a una amplia región de los Andes venezolanos y suramericanos.

Lagunas y riscos encantados

Una de las novelas de Julio Carrillo, *La cara el' indio*, relata la historia de un campesino adolescente que salió a buscar una vaca de la familia que se había extraviado en el páramo Los Conejos.

«¡¡¡Diamante!!!», gritaba el nombre del animal en su vagar por las montañas.

De repente, una nube densa y oscura apareció en el horizonte y pocos minutos después comenzó a llover.

Las gotas de agua se convirtieron en una lluvia de granizo y luego cayó la nieve, cubriendo los pisos, las rocas y las plantas. Vicente caminaba buscando un lugar donde guarecerse. En su marcha, sentía que entraba a un lugar extraño, enigmático, del cual conocía poco, pero del que había escuchado muchas historias sobre apariciones.

Así llegó al sitio conocido como Los Corredores de Las Iglesias, en el Páramo Los Conejos. El joven se decía: «Va a sé dura la noche y no tengo velas ni fuerzas para llegar a la casa, tengo la cobija requetemojada y con esta niebla no se ve ni el camino».

Transcurría la noche y Vicente, acomodado a duermela en una cueva, observaba el horizonte cuando una niebla, y luego una figura, se interpusieron en su vista.

—Vicente, hijo, ¡adespértese! ¡Vicente! ¡Vicente! —escuchó la voz de un anciano de rasgos indígenas que lo llamaba.

—¿Qué quiere señor? ¿De parte de Dios que se le ofrece a usted? —respondió el muchacho.

—Levántese...

Vicente, con aires de duda aún, se levantó y siguió al anciano hasta la parte alta de Los Corredores de Las Iglesias, lugar llamado así porque daba la impresión de que se transitaba entre iglesias y donde había un paredón en el cual creyó escuchar el mugido de Diamante horas antes.

Se abrió una puerta por donde salía una luz amarillenta que alumbraba el entorno. Entraron a la cueva y la sorpresa de Vicente aumentó cuando observó un paisaje hermoso donde la luz del día lo iluminaba todo.

Por los caminos se veían hombres y mujeres que caminaban felices, satisfechos de encontrarse allí, de su realidad y de su trabajo. La apariencia de la gente era óptima, de buena salud e inmensas ganas de vivir, lo que contrastaba con el estado famélico y de desnutrición que se observaban en los hombres del campo del páramo de «afuera».

Un hombre joven se acercó a donde estaban el anciano y el adolescente. Les sonrió y los saludó con afecto.

El joven se sorprendió al darse cuenta de que el hombre era Omar, un primo hermano suyo desaparecido años atrás en el páramo Los Conejos de forma muy extraña.

Se le quedó mirando fijamente y el hombre no lo reconocía. En su mente buscaba una clave que le permitiera develar ese misterio. El anciano y Vicente continuaron caminando.

El joven volteó y vio a la distancia un grupo de toros y de vacas cerca de un muro de piedras. Reconoció en una de las vacas a La Dientosa, extraviada siete meses atrás y conocida entre los campesinos porque daba buena leche.

Se dio cuenta de que las personas y animales notificados como desaparecidos se encontraban viviendo en ese lugar misterioso y paradisiaco, donde la luz del sol brillaba de día y de noche, y junto al sol, en las noches, lo acompañaba una inmensa y blanca luna.

El episodio de esta novela surgió de una historia similar que le contó a Julio Carrillo un agricultor del Páramo Los Conejos, quien le relató que estuvo desaparecido dos días y había visitado este mundo que se encuentra en el interior de las montañas.

Contó que la primera vez que entró al fondo de una laguna lo devolvieron porque no estaba preparado para ser «médico camiseto», un chamán que sabe curar con las hierbas.

Esta es una de las razones por las cuales muchas personas que rondan los páramos serían llevadas a estas «ciudades encantadas».

No obstante, el campesino sostuvo que, en esa primera oportunidad, lo devolvieron al mundo de «afuera» porque no estaba maduro aún para ser médico. Luego pasaron cuatro años y los *Encantos* lo reclamaron. Ese día el campesino salió de su casa y se dirigió a la misma laguna de Las Iglesias, ubicada detrás del risco conocido como La cara del Indio.

En esta oportunidad, al entrar, escuchó la música de unos violines y la alegría de mucha gente que vivía feliz. Le sorprendía que al ingresar de cuerpo entero a la

laguna, podía respirar sin problemas. En el interior de esta «ciudad» se encontró a mucha gente que había desaparecido veinte o treinta años atrás.

Estas historias sirven para ilustrar la creencia de que a las personas desaparecidas se las llevaron los *Encantos* que habitan debajo de las lagunas y detrás de los riscos. Son elegidos por los *Cheses* para vivir en estos parajes interiores del páramo.

Carrillo contó en tono de confidencia.

Los Encantos no llaman a cualquier persona para que habite en su mundo. Estas, por el contrario, deben tener una serie de características físicas y espirituales para ser invocadas.

Son, por lo general, jóvenes sanos entre 12 y 25 años. Por esta razón, la mayoría de las personas que han desaparecido en los páramos, son jóvenes.

Esta característica, sin embargo, no excluye que personas de mayor edad puedan desaparecer en la montaña.

Estos elegidos, desde el punto de vista moral, deben ser honestos, sinceros y con una gran fuerza espiritual; son personas que pueden desarrollarse para hacer el bien a los otros, ayudar con sus cualidades de cooperación, solidaridad y altruismo.

Algunas personas se irían por su propia voluntad y otras son convencidas. Son elegidos para habitar estos parajes mucho antes de nacer, vivan en los páramos o en las ciudades.

Un día, en el destino de esa persona, subirá a las montañas del páramo. De ser un elegido, será llamado por el mundo de los Encantos y no se podrá resistir.

El individuo elegido, cuando sube a la montaña, lo hace como una persona más, pero cuando desaparece, el campesino sospecha que se lo han llevado los Encantos.

Esa persona, entonces, se convierte en un ser sobrenatural y le piden que sea intermediario entre los Encantos y los hombres, como cuando se les pierde una res, un gallo u otros animales que los campesinos creen que están en el mundo de los Encantos.

En otros casos, los elegidos vuelven al mundo de «afuera» con la apariencia de otra persona para alertar a los campesinos de desastres naturales que se aproximan.

Arcos, enanos y genios maléficos

En los páramos no solamente hay Encantos o Cheses, aseveró Julio Carrillo.

Allí cohabitan otros genios maléficos como arcos, duendes y zánganos. Estos personajes míticos los trajeron los españoles de la Conquista e igualmente se sincretizaron con la cultura paramera.

Los arcos son seres asexuados que pueden mutarse en la forma que lo deseen, como niños, animales, arcoíris y otros espacios paradisíacos. Estos seres naturales hacen daño, razón por la cual los campesinos huyen de ellos.

Por eso, cuando llueve y a la vez hay sol, las madres campesinas corren a los patios a recoger la ropa de los niños. Este fenómeno se conoce como «la meada del arco».

Es decir, cuando sucede este fenómeno natural, los campesinos piensan que los arcos orinan y esos esfluvios son dañinos, principalmente para los niños, ya que estos son las víctimas preferidas de los arcos.

Estos genios son hijos errantes que se lanzaron por los caminos del mundo luego de una ruptura con los Encantos padres, volviéndose en su contra.

Estos seres, sin embargo, tienen un espacio de actuación más reducido que el del Encanto o Chese, pero igualmente pueden

hacer daño con la simple desorientación de personas.

Provocan que los extraviados deambulen de un lugar a otro, en medio de una densa niebla y, luego de un extenso recorrido, las personas se dan cuenta de que siempre han estado en el mismo lugar.

Los genios maléficos llegan al extremo de convertirse en uno o más niños rubios, de ojos azules y cabellos ensortijados en forma de bucles caídos sobre sus hombros, y se bañan desnudos en pozos de agua, quebradas o lagunas.

De esta manera atraen a los niños y los invitan para que se bañen juntos y le muestran un paraíso de juguetes y caramelos.

Los pequeños pueden resultar golpeados, desaparecidos e incluso encontrados muertos.

Los arcos se transforman en monstruos y muerden a las personas, dejando huellas en sus cuerpos que no se borran jamás.

En otras ocasiones se convierten en hermosos caballos de cuello largo que hunden el hocico en un pozo, como si bebieran agua.

Este caballo exótico despierta la sed de posesión del viajero del páramo, quien en sus ansias de captura lo persigue, para posteriormente encontrarse atrapado en una amenaza mortal.

También se transforman en gallos. Quien lo ve y tiene la oportunidad de escuchar su canto, un sonido impresionante, se hipnotiza y se pone en un estado de indefensión total.

El arco es el genio maléfico más conocido, pero existen otros como los zánganos y duendes.

Los zánganos son genios del sexo masculino que les gusta chupar la piel de bellas adolescentes. Sus mordiscos producen hematomas en las piernas, los pechos, los glúteos o los brazos de las jóvenes.

En mis investigaciones he recogido varios testimonios de mujeres que afirman haber sido chupadas por los zánganos. Son morbosos, manosean y muerden a las mujeres.

Los duendes, los otros personajes de estas historias, cumplen funciones parecidas a los arcos, pero su forma es la de un enano siniestro, de sombrero puntiagudo e hilarante risa.

Se conocen testimonios de personas extraviadas que aseguran haber visto duendes también, como el caso de un profesor universitario que se perdió en el Páramo Gavidia de la Sierra Nevada y permaneció perdido durante una semana.

Lo encontraron prácticamente moribundo y luego de su recuperación aseguró haber visto duendes encantados.

Agricultores y excursionistas dan testimonios de que, en su vagar por las montañas, de repente, han escuchado la aguda voz de una persona que los llama. Quienes saben de estas historias no contestan ni voltean porque se dice que son duendes.

Si estos llegaran a prestar atención serían víctimas de esos genios, como sucede en algunos casos con las personas que se pierden en la montaña. Estos seres maléficos tendrían el poder de provocar su extravío.

Todos estos mitos sobre la creación del mundo y el hombre se transmitieron de generación en generación, permitiendo a los descendientes de los indígenas, los campesinos y agricultores, heredar todo ese cúmulo de creencias, así como otras leyendas y supersticiones del páramo andino que existen en la actualidad.

Los campesinos piden a los caminantes que hagan silencio cuando pasan por ciertas lagunas «encantadas». No hacen ruido en las cercanías de aquellos parajes sagrados por temor a irritar a los *Encantos* o genios.

Se cree que hay inmensos tesoros escondidos debajo de las lagunas. No se pueden sacar de allí porque los guardan los genios, que son dueños de estas, quienes no desean que el secreto se divulgue. Saben que si las aguas bajan demasiado, ellos y los tesoros se desvelarán.

Por ese motivo, en los días de sequía, es prudente mantenerse alejado de esas lagunas. Aunque el ganado y los caballos tengan mucha sed, es mejor buscar otro lugar a donde llevarlos.

Si el campesino, el excursionista u otros caminantes llegan a ver los tesoros y los genios, tendrán que morir sin remedio, dice la creencia. El genio los matará con un encanto y los sepultará en el fondo de la laguna, y nunca se sabrá nada de ellos.

Capítulo V

Más desapariciones en los Andes

El jueves 9 de agosto de 1990, Haroldo llevó a su hijo Raúl al terminal terrestre de Valencia, junto a su amigo Enrique Díaz.

Ambos se dirigían a Mérida, donde se encontrarían con Adel Bahsas El Maaz, otro amigo, con quien escalarían el pico Humboldt de la Sierra Nevada.

Haroldo observó a su hijo cuando este se bajó de la vieja camioneta ranchera color verde, cargó los pesados morrales, se despidió de él y se perdió entre millares de sombras que se mezclaban en la entrada del terminal y la oscura bruma de la noche.

En la madrugada del día siguiente, Raúl y Enrique arribaron al terminal de pasajeros de Mérida, donde los esperaba Adel. Ese día viernes descansaron y el sábado iniciaron la caminata.

La primera etapa de la incursión a la montaña consistía en llegar a Laguna Verde y, al día siguiente, comenzar el ascenso al pico Humboldt.

Caminaron toda la mañana y parte de la tarde. Adel Bahsas El Maaz comenzó a presentar problemas de salud antes de llegar a Laguna Verde. Se rezagó del grupo.

Enrique y Raúl continuaron ascendiendo. Enrique iba adelante y Raúl atrás. Enrique llegó al sector conocido como el desagüe de Laguna Verde y lo cruzó.

El nivel del agua había subido demasiado, pero lo atravesó sin problemas. Avanzó unos metros y volteó para saber por dónde venía Raúl. Este no había pasado el desagüe. Raúl le hizo una señal, Enrique no entendió.

Enrique caminó otro poco, volteó y Raúl ya no estaba. Se devolvió, miró a todos lados y lo llamó en voz alta. No hubo respuesta. Raúl había desaparecido.

Esperando a Pinocho

Ese viernes 10 de agosto nosotros íbamos para la cara norte del Pico Humboldt. Mi amigo Víctor Hernández y yo estábamos entrenando para ir a las montañas de Ecuador.

El primer día subimos de La Mucuy a Laguna Verde. En ese trayecto nos conseguimos con ellos. Primero topamos con el muchacho de ascendencia árabe. Eso fue poco antes de llegar a la laguna La Coromoto.

El chamo estaba muy cansado y nos explicó que más adelante iban dos compañeros suyos. Llevaba un morral demasiado pesado.

Luego nos conseguimos a los otros dos y recuerdo que cuando nos vieron, se alegraron, quizás porque durante la época de lluvia la gente no sube a la montaña con tanta frecuencia como en el verano. Les recordamos que más atrás venía un compañero de ellos muy cansado y era bueno que lo esperaran.

En la laguna La Coromoto nos metimos en una cueva para comer. En eso llegaron los tres. Raúl, como supimos después se llamaba el montañista que desapareció, se nos acercó.

—Mucho gusto, Jesús Avendaño —me presentó. Él también se presentó y preguntó que cuánto tiempo tardaban en llegar a Laguna Verde.

—Con las condiciones climáticas tan malas como las de ahora, nosotros nos tardamos dos horas —calculé.

—Entonces nosotros podemos hacerlo en tres horas —agregó Raúl—. Vamos a salir primero que ustedes, de manera que cuando nos alcancen, nos indican mejor el recorrido.

Recuerdo que ellos llevaban equipo para escalar. Raúl era el que llevaba más peso, como 35 kilos, pero era bastante alto y corpulento. En un sector llamado Puente Quemao, a una hora de la laguna La Coromoto, los encontramos otra vez y los pasamos. La temperatura oscilaba entre dos y tres grados.

Víctor llegó primero al desagüe de La Verde, se paró y me dijo que no podíamos pasar porque el nivel del agua había crecido demasiado. Yo vi aquella crecida y me dio miedo.

Tenía entre tres y cuatro metros de ancho, y como dos metros de alto. Era imposible pasar por allí. Subimos un poco más, bordeamos la roca y pasamos por la parte superior del desagüe. Luego llegamos a Laguna Verde, nos metimos en una cueva y nos preparamos un calentao. Armamos la carpa.

Pasamos toda la tarde descansando y planificando lo que íbamos a hacer al siguiente día, cuando escalaríamos el Humboldt. Entre las 5:00 y las 6:00 de la tarde, el tiempo mejoró. Nosotros estábamos esperando a Rafael Quintero, otro compañero de nosotros. Ese día, Pinocho, como le decimos a Rafael, subió solo porque salía del trabajo a las 12:00 del mediodía y quedamos en verlos en Laguna Verde.

Eran como las 6:00 o 6:30 de la tarde cuando escuchamos unos gritos.

Inmediatamente pensamos en Pinocho y fuimos a ver qué pasaba. Vimos que era uno de los compañeros de Raúl.

Los gritos eran de una persona que deseaba saber si había alguien alrededor. Nosotros lo llamamos, pero pienso que no nos vio porque siguió hacia otro campamento que está más arriba de Laguna Verde. Como nos dimos cuenta de que no era Pinocho, nos devolvimos a la carpa. Estábamos un poco preocupados por nuestro compañero, pero a los 15 minutos llegó.

—¿Qué pasó en el desagüe? —le preguntamos.

—¿Cuál desagüe? —nos respondió Pinocho.

—El de La Verde.

—Nada. Me metí y pasé —nos dijo con mucha tranquilidad. A esa hora, el nivel del agua había bajado, sin embargo, le llegaba a Pinocho a la altura del pecho. Rafael es una persona delgada, de 1,70 metro de estatura, y solo cargaba un saco de dormir porque no escalaría con nosotros, se quedaría acompañándonos en la laguna.

Le preguntamos si se había encontrado con alguien en el camino y nos dijo que no. A las 6:00 de la mañana del día siguiente nos levantamos y subimos la cara norte del Pico Humboldt. Luego bajamos por su cara frontal y en la laguna El Suero, como a dos kilómetros de La Verde, nos conseguimos a varios integrantes de los grupos de rescate.

Nos identificamos. Nos comunicaron que una persona había caído en el desagüe de Laguna Verde. Allí nos enteramos de que Raúl había desaparecido.

Apareció todo, menos el cuerpo

El informe oficial de la *Operación Laguna Verde* señaló que las primeras comisiones de búsqueda, compuestas por dieciséis personas, salieron en horas de la noche del sábado 11 de agosto.

La comisión «A», integrada por tres montañistas, cubrió la ruta La Mucuy-La Coromoto e instalaron un puesto de control y recepción de información en la laguna La Coromoto. La comisión «B», compuesta por seis personas, caminó la ruta Pico Espejo-Laguna Verde. Y la comisión «C», constituida por siete perso-

nas, cubrió La Mucuy-La Coromoto-Laguna Verde. Estas comisiones encontraron la primera prenda de vestir del montañista: un pañuelo rojo que tenía amarrado en su frente.

El plan de trabajo de los días siguientes consistió en rastrear la quebrada La Mucuy en el trayecto comprendido entre el punto donde se vio por última vez el montañista y la laguna La Coromoto, principalmente en su cauce.

Esta zona posee tramos escarpados que dificultan la búsqueda y abarca 2500 metros de longitud a todo lo largo de la quebrada. Esto último se destacó en el informe oficial del día catorce, cuando se incorporaron 35 voluntarios.

Advirtieron que entre los problemas técnicos presentados se encontraba el proceso de deshielo de la época y las precipitaciones de agua que caen en las cuencas, los cuales provocaban el aumento del nivel del cauce de la quebrada, incrementando el riesgo y el tiempo de la operación.

El 16 de agosto se incorporaron soldados del Ejército a la *Operación Laguna Verde*. Un total de 67 personas, entre montañistas y soldados, buscaron en las inmediaciones de la quebrada La Mucuy.

En horas de la tarde del viernes 17, se localizaron otras pertenencias del montañista a 200 metros de donde fue visto por última vez.

Entre estos objetos se encontraban el pantalón gris que cargaba puesto, el morral azul, alimentos de diversos tipos y ollas, un grampón, un piolet, un arnés,

un pasamontaña, tres mosquetones, un mosquetón de seguridad, dos abrigo y un impermeable.

Este hallazgo se hizo una vez que los soldados realizaron trabajos de desvío del cauce de la quebrada, mermó la lluvia y los niveles de las aguas bajaron.

Se amplió el radio de búsqueda y se incorporó más personal. Un poco más de 200 personas participaron en la primera semana de rastreo con resultados infructuosos.

A finales de la segunda semana se unieron a la operación tres submarinistas del RCC de Maiquetía con trajes especiales de neopreno para bucear en aguas heladas. Bucearon durante varios días. No consiguieron nada.

Los rescatistas William Sarmiento y Alejandro Liñayo coincidieron en que la *Operación Laguna Verde* se hizo de una manera correcta. Además, el área de búsqueda era pequeña, ya que no superaba los tres kilómetros.

Buscamos centímetro a centímetro, técnicamente se hizo todo lo que debíamos hacer en este tipo de casos.

Una y otra opinión la emitieron Sarmiento y Liñayo. En esta operación intervinieron 407 personas, entre 295 rastreadores y 112 planificadores y personal de logística. Se rastreó por tierra y en las profundidades de las heladas aguas de la quebrada. El cuerpo de Raúl no apareció.

Las interrogantes de Sarmiento

Las primeras hipótesis señalaron la probabilidad de que Raúl Villamediana cayó en el desagüe, las fuertes corrientes de agua lo arrastraron y murió ahogado o de un golpe con una roca.

El guardabosque Jesús Farías, quien participó activamente en esta búsqueda, explicó que durante el período de verano este desagüe es pequeño e inofensivo. No obstante, en el período de invierno, cuando caen la lluvia y la nieve, el nivel del agua crece y puede succionar a cualquier persona que intente cruzarlo. En esa oportunidad, las aguas habían crecido por encima del metro y medio.

Esta es la hipótesis básica que manejaron los grupos de rescate sobre la desaparición de Raúl. El montañista, según se concluía tras el testimonio de su último acompañante, cayó en la quebrada y esta arrastró su cuerpo aguas abajo.

Otras personas no creen en esa hipótesis. William Sarmiento, docente en Salvamento y Rescate, quien participó durante un mes en esta búsqueda en nombre del Grupo Andino de Rescate, recordó que, desde el punto de vista físico, Raúl era un hombre bastante alto y corpulento.

Además, tenía experiencia en la montaña. Un hombre con las características de Villamediana habría llegado a la quebrada y, al ver el nivel de estas aguas, se habría bajado el morral, hubiese pasado él y luego el morral.

Una vez en la otra orilla se habría vuelto a montar el morral en sus hombros y continuado su camino. Nunca se supo, exactamente, cuánto caminó su acompañante antes de voltear para ver por dónde venía.

No se sabe si fueron 5, 20 o 100 metros. Eso nunca se precisó. Además, en la operación de búsqueda, se consiguieron casi todas sus pertenencias, menos su cuerpo.

La sangre de Raúl

En las noches, cuando los operativos de búsqueda se suspenden en la montaña, los brigadistas descansan. Comen y, antes de acostarse, se reúnen en pequeños grupos y conversan.

En estas ocasiones William Sarmiento, quien trabajó durante tres años como rescatista en las montañas rocallosas de Colorado, Estados Unidos, recordaba el sonado caso conocido como *Biby Lee*, dos parejas de norteamericanos que subieron un día a una montaña y acamparon en un paraje.

Una de las parejas salió a caminar para dar una vuelta de reconocimiento por el lugar, y al rato solo volvió el hombre, quien preguntó por su novia.

—¿Y Biby?

—¿No ha llegado? Desde que salió contigo no ha vuelto —le respondieron los amigos.

—Entonces se extravió —afirmó el novio, y comenzó una intensa búsqueda de la joven.

Dos semanas después, cuando se venció el lapso de búsqueda, el compañero de Biby creó una fundación para seguir buscándola y el operativo continuó, con el aporte de familiares, amigos y conocidos de la joven.

Un policía, a quien le había llamado la atención el caso, se incorporó al grupo. Luego de sus labores de rastreo e investigación, descubrió que el novio mató a la joven y enterró el cuerpo.

William Sarmiento está sentado en uno de esos pequeños tugurios para desayunar que existen en el centro de Mérida. Tomamos café y comemos arepas andinas.

Allí contó que las búsquedas se guían por el relato de la última persona que vio al extraviado y en el caso de la norteamericana, el novio daba pistas falsas, razón por la cual no encontraban el cuerpo de la joven.

Es por eso que a William y a otro grupo de montañistas, les parecía que la historia contada por Enrique Díaz no encajaba, y lo relacionaban con un episodio que varios rescatistas presenciaron.

Una noche, William Sarmiento y otros montañistas se acercaron al río con unos envases. Iban a recoger agua para tomar. Enrique Díaz, quien estaba cerca de ellos, preguntó:

— ¿Qué? ¿Van a tomar sangre de Raúl?

— ¿?

Este episodio les pareció de muy mal gusto a Sarmiento y a sus amigos, quienes se quedaron mirándose con ojos de interrogación.

William Sarmiento sostuvo que la policía científica, aunque preparada para la investigación policial en la ciudad, no está capacitada para inspeccionar en la montaña, ya que allí se investiga y se busca de una manera distinta.

En otros países, como es el caso de EE. UU. y algunos de Europa, se prepara un personal policial para investigar los accidentes de montaña. En Venezuela no tenemos preparado ese personal.

A su manera de ver, el cuerpo de investigaciones criminalísticas no supo investigar, desde el punto de vista policial, lo que ha pasado, no solamente en este caso, sino también en otros de personas desaparecidas.

Enrique no quiere hablar

En el anaquel del quiosco reposan decenas de periódicos de todos los tamaños. A su alrededor, las portadas de revistas de los más diversos colores, se mueven como pequeñas banderas ante los ojos del transeúnte de la avenida Urdaneta de Caracas. Un atiborrado amasijo de pequeños objetos comestibles, apenas deja ver el rostro de una mujer morena.

Detrás de estas imágenes sobresale el sonido de los cauchos de goma de los vehículos rodando sobre el caliente asfalto de la céntrica avenida capitalina. Las cornetas de esos mismos vehículos no paran de sonar en los oídos de quienes transitan por la arteria vial, repleta de vendedores ambulantes.

La vendedora no escucha la voz del transeúnte y sale del quiosco. Vuelve a escuchar la dirección solicitada y responde señalando el edificio de enfrente.

En los pasillos del pequeño centro comercial las vitrinas ofrecen a los caminantes múltiples servicios, desde grandes y pequeños objetos de consumo para adornarse al vestir, hasta comida rápida.

En la puerta de uno de esos locales destinado para venta de libros, se encuentra Ramón Díaz, el padre de Enrique.

Yo le recomendaría que no molestara a mi hijo.

Esto lo dijo un hombre de lentes de carey detrás de la vitrina de la tienda, con un acento más cordial que amenazante.

Mi hijo quedó muy afectado con lo ocurrido con su amigo y no creo que esté interesado en recordar lo que sucedió.

Luego de una prolongada conversación, el amable hombre accedió a hablar con su hijo para saber si estaba interesado en conversar sobre el tema.

Al día siguiente, al volver al local, la respuesta fue definitiva.

Mi hijo no quiere recordar ese episodio de su vida. Es una decisión irrevocable.

El guía de montaña Jesús Avendaño, entre otros testigos, señaló que Enrique Díaz, de 1,70 metros de estatura y corpulento, aunque menos que su amigo Raúl, estuvo muy nervioso durante todo el desarrollo de la operación de búsqueda.

Unas personas le preguntaban y daba una versión, otras le preguntaban y daba otra, otras personas le preguntábamos cómo había sucedido todo, y se ponía bravo.

Otros testigos, como es el caso del montañista Juan Fernández, cree que el nerviosismo de Enrique Díaz respondía más a la angustia, la desesperación e impotencia por la forma en que desapareció su compañero de excursión, que a cualquier otra conjetura.

El chamo se veía muy afectado y a veces decía incoherencias.

El padre de Enrique nos reiteró que su hijo quedó emocionalmente muy afligido por la desaparición de Raúl. Repitió la versión oficial de cómo sucedieron los hechos. La actitud de remordimiento y culpabilidad que mostró durante la búsqueda y su persistencia de colaborar para encontrar a Raúl, respondía, al parecer, a su preocupación como amigo que a otras versiones temerarias.

Alejandro Liñayo, otro de los experimentados rescatistas que participó en esta búsqueda, contó:

En la montaña los acontecimientos no se dan con toda exactitud como lo indica la teoría.

Por experiencia propia debo agregar que cuando uno va muy extenuado en una caminata y está próximo al lugar donde se va a descansar, no es completamente cierto que te quitas el morral, pasas la quebrada y luego lo haces con el morral.

Eso lo dice la regla, pero no necesariamente se hace así. En ese momento estás loco por llegar al lugar donde descansarás. Más nada. De hecho, el amigo de Raúl, pasó con su morral.

Si sumamos el cansancio que traían, el morral excesivamente cargado que llevaba encima y la crecida del agua que superaba el metro y medio, es factible que pudo haber sido arrastrado por el desagüe de la quebrada.

La tesis del homicidio se manejó, como en otros casos, pero la vimos muy poco probable. A mi manera de ver, me parece muy extraño que una persona mate a otra y decida lanzar todas las evidencias a una quebrada. En caso de un asesinato, por el contrario, la persona busca ocultar evidencias que lo incriminen.

Alejandro Liñayo reconoció que en otros países con mayor grado de organización, cada una de las evidencias encontradas hubiesen sido llevadas ante forenses y sometidas a experticias, y se determinaría si hubo o no una agresión humana.

Aunque Venezuela no tiene un aparato policial especial para investigar accidentes de montaña, se cuenta con un personal preparado en materia de investigación criminalística para detectar si se suscitó o no una agresión en un hecho determinado.

Ese personal de investigación policial que subió a Laguna Verde y revisó los objetos conseguidos, con-

sideró que las rasgaduras de la ropa se hicieron con objetos pesados y contundentes, como una roca, y no por las manos de otra persona.

No se consiguieron rastros que permitieran abrir una investigación policial por sospecha de homicidio. Los acompañantes del escalador, sin embargo, nunca fueron llamados por la policía científica para declarar sobre este caso.

El hueso que no era de Raúl

Un año después de la desaparición de Raúl Villamediana, unos campesinos pescaban trucha en las inmediaciones de la laguna La Coromoto de la Sierra Nevada.

—¡Pesqué uno! —gritó alegre uno de los campesinos pensando en una trucha y rebobinó el hilo en su caña de pescar, pero del anzuelo surgió un largo hueso y los pescadores se quedaron extrañados con aquella aparición.

—Parece el hueso de un hombre —comentó el otro.

—¿No será de un animal?, respondió el que pescó el objeto. Los pescadores comunicaron lo que había sucedido en el puesto de guardabosques de La Mucuy, luego de haber terminado su faena de pesca y bajar hasta sus casas.

Los guardabosques pensaban que el hueso, con características de un fémur, podía pertenecer a Raúl Villamediana.

Llevaron la evidencia a la policía científica. No obstante, en los laboratorios del organismo de investigación policial se habría determinado que se trataba del hueso de una vaca.

El desorden de los archivos policiales y judiciales convierte la tarea de confirmar la información, en algo similar a escalar la montaña sin equipo. Esta situación se habría repetido en cada uno de los casos de personas desaparecidas.

El padre de Raúl, aunque reconoce que se hicieron esfuerzos importantes por localizar a su hijo, de igual manera cree que no se hizo todo lo indicado.

Se cometieron algunas ligerezas, tanto por parte de los cuerpos de seguridad del Estado, como del organismo encargado de protección civil.

Recordó que pocos días más tarde de culminada oficialmente la operación, los hermanos de Raúl Villamediana subieron al desagüe donde habría caído el joven montañista. Subieron en compañía de voluntarios de grupos de rescate de Mérida.

En esa oportunidad, luego de dos meses de la desaparición, consiguieron la cédula de identidad de Raúl. El cartón laminado se encontraba encima de una piedra de la quebrada, como si hubiera sido puesta por alguien en ese lugar.

Es por esto que Harold cree que en el caso de la desaparición de su hijo, al igual que otros casos de desapariciones en las montañas, quedaron muchos cabos sin atar.

¿Dónde están los hermanos Rincón?

A las 2:00 de la tarde sonaron las campanas de la iglesia. El agricultor, de nombre Luis Alejandro Rincón, se bajó la mascarilla, puso la fumigadora a un lado, miró repentinamente al cielo y recordó que ese día enterraban a Salomón.

Se quitó el sombrero y se secó la frente y su pequeño bigote negro con la manga de la camisa. Volteó hacia la puerta de la casa y llamó a una de sus hijas.

—¡Reinita...!

—Salió con Luis Gustavo —le respondió su esposa desde la cocina.

—¿Y para dónde salieron? —preguntó el hombre minutos después.

—Iban para la montaña.

—No debieron haber subido. Hoy es Sábado Santo. La madre de los jóvenes, Blanca Parra, recordó que Gustavo llegó a Bailadores el Lunes Santo. Le trajo a un vecino el televisor que le había encomendado arreglar en San Cristóbal, donde estudiaba.

Le comentó que con el dinero que le darían por el aparato reuniría para hacer un curso de verano. Pasó el resto de los días visitando a los amigos.

El sábado se paró temprano y bromeó.

—¿¡A quién le toca hacer el desayuno hoy?! — preguntó Gustavo.

La madre se levantó de la cama, se calzó sus pantuflas y cuando se iba a parar el joven le dijo.

—Mamá, déjese de estar levantándose tan temprano. Aquí viven cinco mujeres jóvenes. Deje que una de ellas haga el desayuno hoy.

—Aquí la única que está ahora es Reina —respondió la madre.

—Entonces, vamos Reina, levántese y haga el desayuno. La joven sonrió y se levantó de la cama. Hizo arepas y preparó café. Poco después de terminar de desayu-

nar, el hermano mayor se dirigió a la hermana.

—Reina, hoy vamos a la montaña.

Ambos hermanos tenían la costumbre de trotar por la carretera y las calles donde vivían. Un día, de repente, el muchacho le decía a la hermana: «Vamos a trotar», y trotaban. Reina, que era más pequeña y de contextura delgada, siempre llegaba primero. Gustavo era un poco más grueso.

La madre pensaba que los hijos iban al parque turístico y recreacional India Carú, uno de los espacios públicos del pueblo más visitado por los turistas.

—No, mamá, vamos más arriba, a la cascada, donde está la niebla —señaló el joven.

La cascada a la que hacía referencia quedaba a casi dos horas de la casa.

El joven le pidió a la madre que le lavara una camisa y le arreglara un pantalón que le quedó grande de cintura. Gustavo se puso una camisa gris y un pantalón militar de color verde y negro. Llevaba unas botas gruesas, de las que utilizan los obreros del campo, una gorra y una chaqueta, también gruesa.

Reina se puso un mono rojo, zapatos deportivos, una camisa blanca, se amarró una chaqueta a la cintura y se puso una gorra tipo militar, de donde se sacó una cola larga de sus cabellos rubios y lacios.

En el lavadero, ambos jóvenes le dieron un beso en la mejilla a la madre y Gustavo le comentó:

—Mamá, dentro de media hora voltea para el cerro. Nosotros vamos a levantarle las manos como señal de saludo—, y salieron de la casa.

Poco después la madre se metió en la cocina y cuando recordó lo del saludo, volvió al lavadero, pero sus hijos, a lo mejor, ya habían pasado.

Gustavo y Reina no han llegado

Luis Alejandro entró a su cuarto, se cambió y salió para la casa de Salomón, al velorio de su amigo. Antes pasaría por casa de otro conocido para llevar un peso que le habían prestado.

Atravesó el estrecho y corto camino de tierra que comunica su casa con la carretera, encendió el carro rústico y bajó al pueblo. Llegó, le entregó el peso a su amigo y continuó hacia el funeral, donde velaban el cuerpo de Salomón. Era el sábado 2 de abril de 1994. En la sala velatoria asomó sus ojos negros al vidrio del féretro y observó a su amigo, tieso como un árbol seco, sin vida, sobre un fondo de tela blanca. Se sentó en una de las sillas y caviló.

Recordó el rostro de su padre cuando un primo le propuso que le permitiera llevarlo a Venezuela, a un pueblo llamado Bailadores, donde había más trabajo que en Chitagá, pueblo del norte de Santander de Colombia. Allí vive su familia. El padre hizo un gesto de aprobación y a los pocos días estaba viajando hacia Venezuela.

Como si calcara un dibujo de la infancia, rememoró las carreteras que comunican a Chitagá con Bailadores, atravesando la zona fronteriza de Venezuela y Colombia, y cada uno de los caseríos, pueblos y ciudades que se cruzan en el camino de ambos países andinos.

El agricultor no tuvo problemas para integrarse a la comunidad. Su pueblo de Chitagá tenía características similares a las de Bailadores. Eran dos pueblos de la alta montaña.

A los siete años volvió a Chitagá y se trajo como esposa a su antigua novia, Blanca Parra. En Las Playitas, caserío aledaño a Bailadores, nacieron sus primeros hijos. Gustavo, el joven que había subido a la montaña ese día 2 de abril, era el mayor. Tenía 25 años. Reina era la cuarta hija. Tenía 13.

El hombre sacó con el dedo índice un pedazo de chimó de un pequeño envase y se lo llevó a la boca. Lo chupó. Tomó un trago de aguardiente que le ofrecieron los amigos en la parte de afuera del funeral y, antes de subir a su casa, un poco después de las 5:00 de la tarde, imaginó que su vida terminaría como la de Salomón: en el cementerio de Bailadores.

—Blanca, ¿llegaron los muchachos? —preguntó al entrar a la casa.

—No han llegado —dijo la mujer.

—Qué raro... —agregó el hombre, rascándose la nuca con la mano izquierda.

Bailadores es un pueblo pequeño y afable. Fundado por los españoles en 1628. Debe su nombre a los guerreros indígenas que poblaban esta zona del Valle del Mocotíes en la época de la Conquista, quienes danzaban frenéticamente antes de entrar en batalla.

Para llegar a este acogedor pueblo andino, ubicado a 1744 metros de altura sobre el nivel del mar, se deben rodar 118 kilómetros en vehículo desde la capital merideña. En

las mañanas pueden contemplarse los múltiples matices de verdes que arropan sus grandes montañas.

Sobre todo las montañas del Parque Nacional Juan Pablo Peñaloza, cuyo verdor comparte Mérida con el fronterizo estado Táchira.

Muchos de sus habitantes suelen irse del pueblo a buscar nuevos horizontes de trabajo y estudio, pero siempre vuelven a la tierra que los vio nacer.

Esto último sucedía con Gustavo, quien luego de sacar su bachillerato en el liceo del pueblo, la Unidad Educativa Gerónimo Maldonado, se fue a la capital del estado Táchira, San Cristóbal, para continuar sus estudios como técnico superior en Electrónica en uno de los institutos universitarios tecnológicos de esta ciudad.

Gustavo, cada vez que podía, en las vacaciones y en otras temporadas de asueto, volvía para pasar algunos días en su casa, en compañía de sus padres, como sucedió aquella Semana Santa de 1994.

El agricultor, como sabía que el hijo mayor venía de San Cristóbal, hizo un mercado. Incluyó en la bolsa mucho pescado, el plato de la Semana Santa.

Días antes de que sus hijos subieran a la montaña recordó que Gustavo estuvo en casa de unos antiguos compañeros del liceo; hablaron de asuntos cotidianos. Los otros días transcurrieron con normalidad. El sábado, cuando preguntó por la hija, se enteró de que los jóvenes habían subido al páramo.

Hijo... ¿dónde estás?

Luego de que su esposo preguntara por Reina, a las 2:30 de la tarde, la madre de los jóvenes percibió que la montaña comenzó a nublarse repentinamente. La niebla bajó tanto, que llegó al nivel de la cerca de la casa.

A las 5:00 de la tarde de ese día 2 de abril, una de sus hijas, Blanca Alcira, la veía muy nerviosa y le preguntó qué le pasaba. Le contó que sus hermanos subieron a la montaña y no habían bajado aún.

—Esos deben estar a que Luciano —le dijo.

A las 7:00 de la noche llegó el esposo y preguntó otra vez por los jóvenes. La madre le comentó que no habían regresado.

—¿¡Cómo?! ¿¡No han regresado!?! Pero Gustavo no es una persona de quedarse a dormir en otro lugar sin avisar. Menos si anda con Reinita.

El agricultor salió a la carretera, encendió el rústico y comenzó a bajar hacia el pueblo buscando personas que lo acompañaran para el cerro. Las calles estaban solas y oscuras. Se preguntó:

—¿Y ahora qué hago?

A la mañana siguiente la madre, nerviosa, fue a casa de una vecina y le comentó lo que ocurría.

—Ay, Blanca, si yo le contara lo que le sucedió a mi Manuel. Relató que una vez su hijo subió a las cascadas y se extravió; el perro de la casa, que lo había llevado consigo, lo sacó de la montaña.

Blanca se puso más nerviosa. Salió a la carretera y paró la camioneta de un amigo de la casa que bajaba hacia el pueblo. Le contó lo que sucedía.

—¿Quiere que la lleve a la cascada? —le preguntó el hombre.

—Sí, lléveme —le dijo la mujer—. Camino a la montaña se consiguieron con integrantes de Defensa Civil y ella les comentó lo que sucedía.

El domingo 3 de abril, en horas de la tarde, hizo la denuncia en la policía y le respondieron que debía esperar 72 horas, como se tenía establecido para casos de personas extraviadas.

Ese domingo, antes de que Blanca saliera para casa de su amiga, Luis, que se había levantado muy temprano, había tocado la puerta del cuarto y había preguntado a su mujer, otra vez, por los muchachos.

Ante la respuesta negativa de la esposa, el hombre, sorprendido, se llevó las manos a la cabeza, luego a la boca y salió para la calle, más nervioso que el día anterior. Encontró a un amigo y se fueron para la cascada donde fueron los hijos.

Antes de partir conversó con la esposa.

—Blanca, levántese y vaya a la policía a poner la denuncia. Yo voy para la montaña.

—Así lo haré —respondió la mujer.

El hombre anduvo toda la mañana en compañía de su amigo buscando a los muchachos.

Contó que cuando llegaron a la cuarta cascada, en un momento de desesperación, grito fuerte el nombre de su hijo.

—¡Gustavo!

Y una voz le respondió:

—¡Baje!

Pensó que era un eco de los que se produce en algunas zonas del páramo. Volvió a gritar.

—¡Gustavo!

—¡Baje! —le respondió otra vez la voz de su hijo.

El hombre, apresurado, bajó la cascada, pero cuando llegó al fondo, no había nadie.

Volvió a gritar:

—¡Gustavo!

Esta vez recibió como respuesta un silencio sepulcral. El agricultor recordó esta escena y afirma que esa voz era la de su hijo.

Esos muchachos no están en la montaña

En todo pueblo venezolano nunca falta un personaje popular. En Bailadores estos sobran. Rambo es uno de ellos.

Su verdadero nombre es Alberto Benavides Moreno, pero si alguien pregunta por él utilizando su verdadero nombre, le dirán que no lo conocen; pero si nombra a Rambo, responden:

Ahorita lo vi pasar por acá; lo vi temprano en Inparques; está dando clases en el liceo...

Alberto Benavides nació en Bailadores, pero como muchas personas de este pequeño pueblo andino, se fue a Valencia, donde vivió más de 15 años, y trabajó en una empresa de esa ciudad industrial de Venezuela. Un día los habitantes del pueblo escucharon un fuerte rugido y se asomaron a las ventanas y puertas de sus casas, y vieron pasar a un hombre montado sobre una inmensa motocicleta, similar a la utilizada por el

boxeador Rocky Marciano, interpretado en la pantalla grande por el actor Sylvester Stallone, el mismo de la película Rambo.

En aquella época las películas de hombre rudo de este actor estaban de moda. Todos pensaban que se trataba de un excéntrico turista. Pero el hombre era Alberto Benavides, antiguo hijo de Bailadores, quien volvía para establecerse en el pueblo que lo vio nacer. De este episodio no tardaron en saber cada uno de sus habitantes.

Este personaje, de largas patillas y amplios bigotes, era mejor conocido en Bailadores por su atractiva motocicleta. Comenzaron a llamarlo Rambo. Luego Benavides Moreno entró a trabajar como policía. Cuando cargaba la inmensa moto se parecía más a un personaje de película.

A diferencia de algunos funcionarios policiales, Rambo era un hombre atento y servicial con la ciudadanía, razón por la cual los habitantes del pueblo le tomaron cariño.

Luego de dejar la policía ingresó como funcionario de Inparques y se vinculó a las actividades de seguridad y vigilancia del Parque Nacional Juan Pablo Peñaloza, que cubre a los estados andinos Mérida y Táchira. Rambo también se dedicó a la búsqueda, el rescate y la defensa civil.

En una colisión, un choque o cualquier otro tipo de accidente en Bailadores y sus inmediaciones, no es extraño ver a Rambo auxiliando a la gente, llevándola al hospital, dándole los primeros auxilios médicos o coordinando el operativo de evacuación.

Es, además, una persona especial con los animales. Le gusta soltar en el monte a venados en cautiverio, rescatar cunagueros recién nacidos abandonados en la montaña y otro tipo de actos de solidaridad con los animales. Por todas esas cualidades se le conoce.

En la época en que se extraviaron los hermanos de Bailadores, Rambo era el único guardabosque de este parque nacional, en la jurisdicción de Mérida.

Un viejo rústico tipo safari era su compañero de ruta y vigilancia. Se le veía con frecuencia por las calles y carreteras del pueblo con su uniforme *beige*, gorra y botas negras, además de un chaleco militar con cuchillos de todos los tamaños guardados en cada uno de los bolsillos. Por cualquier esquina que pasaba lo saludaban hombres, mujeres, niños y adolescentes.

Qué hubo, Rambo; Adiós, Rambo; Qué más Rambo...

Él siempre devolvía el saludo con cortesía.

Cuando Blanca Parra se dirigió a la policía y puso la denuncia, Rambo estaba de guardia y escuchó el relato de la desesperada madre. Al día siguiente, el lunes 4 de abril, comandó la primera brigada que subió al páramo Los Carreros para buscar a los jóvenes.

Eran ocho hombres de la Brigada de Protección Civil 19 de Mayo de Bailadores. Subieron la montaña y caminaron todo el día. Solo consiguieron el rastro de unas huellas de zapatos, que al parecer eran de la joven y las siguieron hasta la cuarta cascada, donde se diluían entre la espesura del monte.

A esta zona se le conoce también como El Campamento, porque cuando comenzaron a explorar las

minas de Bailadores, con la presunción de que había ricos minerales en la zona, los obreros levantaron una casa, un refugio donde dormían los trabajadores. Ese lunes 4 de abril volvieron al pueblo sin novedad. Al día siguiente, Defensa Civil activó oficialmente la búsqueda, bautizada como la *Operación India Carú* y el pueblo de Bailadores, como nunca antes lo había imaginado, se volcó hacia la montaña a buscar a los hermanos Rincón Parra. Por primera vez se suscitaba un hecho de este tipo en el pueblo.

En esta primera etapa del operativo encontraron botones militares, monedas colocadas en orden y ramas recién picadas que pensaban habían dejado los hermanos.

Los estudios de estos objetos determinaron que los botones y las monedas tenían allí más tiempo, pero las ramas sí pudieron haber sido picadas por los muchachos.

Los rescatistas se internaron en la montaña durante más de un mes y no dieron con otros rastros. Alberto Benavides dio su testimonio sobre la búsqueda.

Donde los hermanos Rincón se extraviaron no era una zona peligrosa y los caminos son bastante accesibles y abiertos. Nosotros peinamos todo el Páramo Los Carreros, de arriba abajo y no encontramos nada.

Esta información la corroboran algunos rescatistas de la Brigada 19 de Mayo.

Este personaje popular del pueblo, quien estuvo 22 días durmiendo en el páramo durante la búsqueda, piensa que los hermanos Rincón Parra no están en la montaña.

Nosotros peinamos ese páramo de punta a punta. Era para encontrarlos vivos o muertos.

Una búsqueda, otro desconsuelo

Una mañana de 1996 fue localizado el cadáver descompuesto de una joven a las orillas de un pozo del Parque Nacional Juan Pablo Peñaloza, en la jurisdicción de Mérida.

El cadáver lo encontró el personal de mantenimiento de este parque nacional mientras realizaba un trabajo de limpieza. El cuerpo de otro joven fue localizado cuatro meses más tarde, flotando en una quebrada de este mismo parque.

Se trataba de una pareja arrastrada por una quebrada del páramo Los Carreros. Los jóvenes habían ido de excursión a esta montaña. En aquella oportunidad había período de lluvia, y una parte del agua que se represó entre pedazos de árboles cedió, y se los llevó. Un grupo que estaba en una cascada fue testigo del hecho.

El jefe del Sector Mérida de Inparques del Parque Nacional Juan Pablo Peñaloza, Henry Pereira, sostuvo que en esa zona se conocen dos experiencias de personas desaparecidas.

El caso de los jóvenes arrastrados por la quebrada y que aparecieron muertos, y el de los hermanos Rincón Parra. De estos últimos, dijo, aún no se tiene conocimiento de que hayan aparecido.

Esto lo expresó Pereira mientras manejaba su viejo carro rústico de una calle a la otra de Bailadores, ciudad capital del municipio Ribas Dávila, a una hora y media de la capital merideña.

El caso de los hermanos Rincón Parra fue diferente. Un manto de misterio y duda siempre lo ha envuelto.

Subrayó que en el caso de la *Operación India Carú*, como se le conoció a esta operación de búsqueda, participaron más de 500 personas de organizaciones voluntarias, funcionarios de Defensa Civil, de la Guardia Nacional, de los Bomberos, de la Policía, del ayuntamiento y de Inparques.

Se trajeron perros de unidades de salvamento y rescate de organizaciones voluntarias de Caracas. Julio Lescarbure, uno de los más reconocidos rastreadores de Venezuela, se incorporó a este operativo, el cual se extendió por un lapso de dos meses, y no se localizó nada.

Todas las noches se reunían y planificaban la búsqueda del día siguiente. Diariamente salían a primeras horas de la mañana entre 30 y 40 grupos conformados, cada uno, por cinco o seis personas.

En los primeros quince días participó en la búsqueda un promedio de 450 individuos. A medida que transcurría el tiempo y no se conseguía a los jóvenes, el número fue reduciéndose hasta quedar, dos meses más tarde, solo 30 personas.

Los recursos se terminaron, los voluntarios de las organizaciones se agotaron y al final nada más quedaron los familiares y unas pocas personas buscando, hasta que el desconsuelo arrojó al pueblo como la mismísima noche.

Capítulo VI

Sembrados en la montaña

Cuando Ángel se levantó en la mañana del martes 19 de agosto de 1997, Carlos, su compañero de habitación, ya no estaba en el cuarto.

Se enteró, minutos más tarde, que su amigo había desayunado un pan con jamón y se dirigió a Barinitas, la primera estación del Teleférico de Mérida.

Ángel y Carlos, españoles de la ciudad de San Sebastián, habían llegado a Mérida; pasaban sus vacaciones en Venezuela.

Habían visitado Canaima, Oriente y ahora se encontraban en los Andes. Se hospedaron en la posada Santa Eduvigis, ubicada en la plaza Las Heroínas, en las inmediaciones del teleférico merideño.

Ese mismo día sábado se acercaron a la estación Barinitas con el propósito de pedir información sobre el costo de los pasajes del teleférico, uno de los principales atractivos turísticos de este estado andino, por tratarse del más largo y alto del mundo.

Carlos habló con el guardaparques Jesús Farías en el puesto de control de Inparques, donde se obtienen los controles para caminar y escalar la Sierra Nevada.

—Este parque nacional tiene una serie de normativas, diferentes a las existentes en su país y sobre estas normas deben regirse quienes deseen caminar y escalar la sierra —le advirtió Farías.

—Hombre... esta montaña para mí no es nada —le dijo Carlos al guardaparques—. He caminado en Europa a temperaturas más bajas que estas y no me ha pasado nada.

—Puede que usted haya soportado temperaturas muy bajas en su país, pero en alturas inferiores. Aquí

la presión atmosférica es completamente diferente —le volvió a advertir Farías.

Carlos Cuadrado era un hombre de 28 años, 1,70 metros de altura y 70 kilos de peso aproximadamente. De barba negra y aro en la oreja izquierda, el español trabajaba como tornero en la empresa CAF, compañía ferroviaria de la región vasca de San Sebastián.

De hecho, su compañero de viaje, Ángel, sostenía que Carlos había participado en España y en otros países europeos, en eventos que duraban una semana de travesía.

El sábado 17 los españoles adquirieron un mapa de la Sierra Nevada. Al día siguiente, el domingo, hicieron una excursión a la Sierra de La Culata y el lunes pasearon por la ciudad.

El lunes 18 en la noche, Carlos le comentó a su amigo Ángel que a primeras horas del día siguiente, martes 19, subiría a la Sierra Nevada a través del teleférico. Visitaría las estaciones Loma Redonda, Pico Espejo, Pico Bolívar y caminaría un promedio de tres horas.

—Yo también voy a subir, pero más tarde —le dijo Ángel.

—Sí, tío...

Cuando en la mañana del martes se presentó Carlos en el teleférico para subir a la Sierra Nevada, Jesús Farías le reiteró:

—¿Sabe que no puede subir a caminar o escalar solo?
—Tranquilo, hombre —respondió—. Solo voy como observador hasta la estación Loma Redonda.

La caminata de Carlos

En la sede del teleférico, al lado del puesto de Inparques, se encuentra una cartelera con información pormenorizada sobre el sistema teleférico y la Sierra Nevada.

Los turistas que se detienen a leer la información antes de embarcar en los vagones, se informan que el Teleférico de Mérida está compuesto por cuatro tramos: Barinitas-La Montaña, La Montaña-La Aguada, La Aguada-Loma Redonda y Loma Redonda-Pico Espejo.

Desde la estación Barinitas hasta la de Pico Espejo, un vagón del teleférico recorre más de 10 000 metros de longitud y se tarda un promedio de 45 minutos.

El vagón sube desde 1577 metros de altura sobre el nivel del mar -donde se encuentra ubicada la estación Barinitas-, hasta alcanzar los 4765 metros de altura sobre el nivel del mar de la estación Pico Espejo.

Es probable que Carlos, el día sábado 16 de agosto, cuando llegó a Mérida y se dirigió con su amigo a la sede del teleférico, estuviera un rato leyendo la información y observando la maqueta sobre el sistema teleférico y la Sierra Nevada o quizás lo hizo el martes 19, antes de subir temprano a Loma Redonda.

El español seguramente contempló la selva nublada que se aprecia entre las estaciones Barinitas y La Montaña, y vio alejarse la ciudad a medida que el vagón ascendía la montaña. Tal vez observó con placer la aparición de los primeros helechos, yagrumos y lianas.

Entre las estaciones La Montaña y La Aguada, es posible que Carlos observara a la distancia la aparición del pico El Toro y Pico Espejo. Este último es uno de

los más altos de los Andes venezolanos. Se encuentra a 5007 metros de altura sobre el nivel del mar.

En esta etapa del recorrido la vegetación abruma. Entre La Aguada y Loma Redonda, a más de 3400 metros de altura, el frío de cuatro centígrados, seguramente, arropó los huesos del español y temblaría de felicidad, luego de permanecer más de un mes bajo el yugo del calor del trópico oriental venezolano. Cuando el vagón se aproximó más a las últimas estaciones, Loma Redonda y Pico Espejo, el color blanco de la nieve y el frío helado de estas alturas cubrió cada uno de los sentidos del visitante.

En ese último tramo, Carlos debe haber observado las lagunas más famosas: El Espejo, La Negra, Las Coloradas y Los Anteojos.

Vería el camino de recuas que conduce al pueblo turístico de Los Nevados y el peligroso filo rocoso de Cresta del Gallo, donde sería localizado muerto ocho meses más tarde.

Que se resuelva solo ese tío

Relató el guardaparques Jesús Farías que ese mismo día que subió Carlos Cuadrado, llegó su amigo Ángel Mendia al puesto de guardaparques del teleférico y preguntó por él. Eran las 9:00 de la mañana.

—¿Recuerdas, tío? Nosotros vinimos el sábado pasado y hablamos contigo.

—Sí, recuerdo. Su amigo subió temprano.

Carlos llevaba un pantalón corto y una franela blanca. Tenía unas botas montañeras, un morral verde y unos monos de fibra, de doble tonalidad, azul y verde.

A las 2:00 de la tarde regresó Ángel a la estación Barinitas. Venía de Loma Redonda. Preguntó al guardaparques por su amigo.

—Oye, ¿ese tío no ha bajado aún?

—No.

—Entonces que se resuelva solo. Él sabe que tenemos un compromiso y que hemos pagado un paquete para ir a los cayos de Chichiriviche —indicó molesto cuando el guardaparques le informó que su amigo no había bajado aún.

—A lo mejor su amigo cogió para el pueblo Los Nevados —agregó el guardaparques intentando dar una respuesta lógica.

Una semana más tarde, el martes 26 de agosto, Ángel llamó a la posada Santa Eduvigis para preguntar por su amigo.

—Al señor Carlos Cuadrado no lo hemos visto —le respondió la propietaria del hotel—. Sus pertenencias están en la habitación que alquiló, pero el señor Cuadrado no ha aparecido por acá.

—No puede ser...—respondió Ángel.

Ese mismo día llamó a Inparques para que le dieran razón de su amigo. No sabían nada. Ángel decidió regresar a Mérida. Los guardaparques Jesús Farías y Omar Márquez se dirigieron a la posada Santa Eduvigis.

Comunicaron la novedad a los propietarios del hotel y decidieron abrir la habitación donde se hospedaba Carlos. Comprobaron que en el cuarto se encontraba un morral con enseres personales del turista europeo: zapatos, ropa y un bolso de viaje.

Desaparecido en la Sierra Nevada

El miércoles 27 de agosto salieron las primeras comisiones en busca del español en la Sierra Nevada. Previamente se había llamado al puesto de Inparques del pueblo Los Nevados, donde suelen subir los montañistas.

Notificaron la novedad. Verificaron si el español se encontraba en este pueblo de la sierra. La respuesta fue negativa. Carlos no había estado en Los Nevados. El miércoles 27 y el jueves 28 las primeras comisiones recorrieron los sectores de Loma Redonda, La Aguada, Los Callejones, Mucunután, Quebrada Fría y La Montaña con resultados negativos.

El viernes 29 de agosto se organizaron ocho comisiones más. Estas cubrieron las rutas Cresta del Gallo, Pico Espejo, Timoncito, La Charca, Laguna de Los Anteojos, Cascada El Sol, Los Calderones, La Aguada, Pico El Toro, Laguna El Espejo y La Fría.

Desde el sábado 30 de agosto hasta el domingo 7 de septiembre subieron hasta la Sierra Nevada 25 comisiones compuestas por 200 hombres, entre miembros de organismos del Estado y grupos voluntarios.

Estas comisiones, además de los sectores descritos, hicieron las rutas Valle Los Calderones, Casita Blanca, La Montaña, Pueblita, la parte baja de Cresta del Gallo y Cumbre Menor.

También la Cara Norte, Noreste, Oeste, Base Sur y Pared Norte de Pico El Toro; el Antiguo Refugio Molla, Alto de La Cruz, Garganta del Diablo, El Morro y Cara Sur del Pico León.

La prensa le hacía seguimiento al caso, como lo constatan sus titulares.

Sin rastros del turista español. Español extraviado aún no ha sido encontrado. Búsqueda del español desaparecido se orienta hacia la base de Pico El Toro. El español sigue perdido. Por vía aérea buscarán al español extraviado. Cuerpos de seguridad siguen buscando al español desaparecido. Intensifican búsqueda del español.

A dos semanas de la búsqueda de Carlos, una nota de prensa de Inparques llegó a las salas de redacción de los medios impresos, radiofónicos y televisivos.

Cuando ya se han cumplido 16 días desde que el turista español Carlos Cuadrado desapareció en las montañas merideñas y a pesar del esfuerzo realizado por más de 250 especialistas en rescate de alta montaña, aún no se tiene ningún rastro sobre su paradero, lo que disminuye las esperanzas de encontrarlo con vida.

En la nota se explicaba que la amplitud de la zona explorada, que incluye un perímetro de 120 kilómetros aproximadamente, las cambiantes condiciones climáticas y el total desconocimiento de la ruta que pensaba cubrir el turista español el fatídico 19 de agosto, contribuyeron en gran medida a que el objetivo no pudiera ser localizado.

Asimismo destacaba de forma negativa la tardanza en la denuncia del hecho, ya que la desaparición fue notificada a la sede de Inparques el 26 de agosto, 7 días después de que Carlos fuera visto por última vez.

Esta misma nota de prensa, leída en las agitadas salas de redacción horas antes de su publicación, sacaba conclusiones.

La pérdida de Carlos Cuadrado está rodeada de extrañas circunstancias que hacen más difícil, si cabe, un final feliz para esta historia. El montañista vasco incursionó en la montaña desoyendo los consejos de los especialistas de Inparques, quienes le advirtieron de la imprudencia que suponía adentrarse solitario en una cordillera tan peligrosa. Las intenciones de Cuadrado, tal y como se lo comunicó a su amigo Ángel Mendiá, era dar un paseo de 3 o 4 horas, lo que confirma el hecho de que solo llevara un bocadillo de jamón y queso, y anduviera vestido con un pantalón corto y una camiseta, indumentaria nada apropiada para ascender a una cima andina. Para colmo, al mediodía del día 19 de agosto, que amaneció con un sol radiante, se produjo una tormenta de agua y nieve que pudo agravar los síntomas de Mal de Páramo, común en la zona por las elevadas alturas de la montaña.

Se relataba que desde aquel día se habían sucedido cuatro fuertes nevadas en la zona, lo que imposibilitaba las labores de búsqueda. Estas se habrían encargado de borrar cualquier rastro o huella del montañista vasco. La zona donde consideraban se había perdido el español, fue declarada camposanto. Carlos Cuadrado de La Fuente pasó a engrosar la lista de desaparecidos en el páramo.

Como alma en pena

Ocho meses más tarde de culminada la infructuosa búsqueda de Carlos Cuadrado, un par de obreros que trabajaban para una de las empresas que prestaba el servicio de mantenimiento de pintura de los vagones del teleférico, subían de la estación Barinitas a Pico Espejo a cumplir su jornada laboral.

Era el sábado 2 de mayo de 1998. Los trabajadores llegaron hasta Loma Redonda y allí les comunicaron que ese día no habría trabajo por las condiciones climáticas. Había bajado la neblina y se asomaban unos chubascos en el horizonte.

—¿Sabe qué, Olinto? Tengo un equipo de trabajo en Pico Espejo. ¿Por qué no me acompaña a buscarlos? Le decimos a los obreros del teleférico que nos den la cola —convidió José.

—Bueno, vamos —respondió Olinto.

Los obreros del teleférico dijeron que no los podían llevar porque solamente estaban ellos dos como pasajeros.

—Si hubiese más personas, les daríamos con gusto la cola —le dijo uno de los obreros.

—Tranquilo, hermano —respondieron, y decidieron subir caminando a Pico Espejo.

Olinto conocía el camino. Llegaron a un aviso que decía Pico Espejo y tomaron camino a la mano izquierda. Llevaban más de una hora ascendiendo.

—Cónchale, José, este camino no me parece que sea el de Pico Espejo. Yo lo conozco y estamos subiendo mucha roca —le dijo Olinto.

—No sé, usted es el que conoce... —respondió José. Olinto, en efecto, conocía una ruta; no la de Cresta del Gallo, por donde se habían metido aquella mañana.

—Vámonos, porque esto por aquí no es —dijo Olinto.

—Vamos...—agregó José, y los dos obreros se devolvieron.

La neblina bajó y la brisa fría de más de 4100 metros de altura comenzaba a golpearlos. Olinto y José esta-

ban extraviados. No llevaban agua ni equipo de abrigo suficientes porque pensaban que en unas horas saldrían a Pico Espejo.

A las 11:00 de la mañana los obreros llevaban caminando tres horas cuando observaron a la distancia un morral.

—Espéreme aquí —señaló Olinto—. Voy a bajar para preguntarle a aquella gente cómo salimos de aquí.

—Vaya, yo espero...

Olinto bajó y se consiguió un sombrero en el piso. Se alegró. Había conseguido una bonita indumentaria. Lo ojeó por dentro. Indicaba: «Hecho en Venezuela». Se lo puso y continuó bajando. Se encontró con unos rollos fotográficos y luego una cámara. Se extrañó. Recogió los enseres y siguió caminando. Llegó hasta donde se divisaba el morral y se encontró con que la indumentaria de montaña la tenía puesta una persona; y esta se encontraba clavada de cuclillas entre el piso y una roca: era un muerto.

Se quitó el sombrero. Ya le había conseguido su dueño. Lo puso al lado del cadáver, junto con la cámara fotográfica y los rollos. Llamó a su amigo para que observara el hallazgo.

—¿Y quién será? —preguntó José.

—Debe ser el señor que está perdido —contestó Olinto.

Al cadáver, en avanzado estado de descomposición, no se le veía el rostro porque lo tenía pegado a la piedra; la cola que le sobresalía de su cabello, les llevaba a la conclusión de que se traba del cuerpo de Christopher Hubbard.

Este era un joven periodista norteamericano de 23 años y oriundo de la ciudad de Oregón, quien había sido declarado como extraviado en Mérida el sábado 28 de marzo de 1998. Su foto estaba pegada en las estaciones del teleférico.

El cuerpo de Christopher Hubbard lo localizaron a las 11:10 de la mañana. A las 3:00 de la tarde de ese mismo día, Olinto y José lograron llegar a la estación Loma Redonda y comunicar la novedad. Olinto siempre comenta:

A nosotros nos sacó de la montaña el difunto. Mamá dice que era un alma en pena y deseaba que su cuerpo recibiera cristiana sepultura.

Cómo encontraron a Carlos

Hubbard llegó a Mérida el 16 de marzo del 1998 y se hospedó en la posada Las Heroínas, también situada en las inmediaciones del teleférico. Venía de visitar Quito y Bogotá. Pensaba conocer varias ciudades venezolanas. En Mérida permanecería cuatro días y luego viajaría a Valencia, para visitar a unos amigos que conoció por Internet. Hubbard hablaba inglés y español. Le gustaba viajar. Había visitado Europa, Asia, África y varios países de América Latina.

El 19 de marzo salió temprano de la posada, como lo había hecho las dos mañanas anteriores a su llegada a Mérida, para visitar la ciudad y sus alrededores. En los días siguientes no firmó el libro diario de registro del hotel, cosa que a la propietaria de la posada, Jacquelín Evenoun, le llamó poderosamente la atención.

El sábado 28 de marzo, nueve días más tarde, la propietaria de la posada se dirigió al puesto de control de Inparques, donde informó la novedad.

Según los datos recogidos por la propietaria de la posada, el joven norteamericano subió a la Sierra Nevada y no regresó. De esta manera, se inició la búsqueda del turista estadounidense, como sucedió siete meses atrás con el español.

Las autoridades intentaron confirmar, primero, si el norteamericano ingresó realmente al Parque Nacional Sierra Nevada. En ninguno de los libros de Inparques estaba registrada la entrada del turista; ningún funcionario recordaba haber visto a un turista con las características de Hubbard.

No se sabía con exactitud si el norteamericano ingresó a la Sierra Nevada, razón por la cual notificaron a todos los cuerpos de seguridad del Estado, así como a clínicas y hospitales de la ciudad. Se armaron comisiones para buscar en el área urbana y extraurbana.

En el primer mes de búsqueda, más de 200 hombres caminaron la sierra y sobrevolaron 19 400 hectáreas en aviones y helicópteros de las Fuerzas Armadas Nacionales, y no se consiguió ni una pista que indicara que el turista estadounidense había ingresado al Parque Nacional Sierra Nevada.

Se especuló que no estaba en la montaña, como se dijo con el caso del español. Del europeo comentaban que se había unido a la organización terrorista vasca ETA y que había simulado una desaparición en Venezuela. Del norteamericano se dijo que había sido secuestrado.

Un niño campesino aseguró haber llevado en mula a un turista extranjero hasta las inmediaciones de Loma Redonda. Las características del personaje coincidieron con las de Hubbard y la búsqueda se concentró en esa zona del páramo.

Los recursos se agotaban y el personal estaba extenuado. Mediante una llamada a las autoridades del gobierno regional, se recomendó no dar por culminada la búsqueda. La embajada de los Estados Unidos presionó para que se continuara con el operativo. Poco más de un mes transcurrió desde que el niño dijo haber llevado a un turista extranjero hasta una zona de Loma Redonda, cuando los obreros del teleférico Olinto Gómez y José Trejo dieron por azar con el cadáver del periodista norteamericano en el sector Espolón, ubicado entre la cuarta y quinta estación del teleférico. Se armaron las comisiones de rescate y salieron hacia la zona indicada por los obreros. Todos los días de búsqueda había un reporte escrito de la operación por parte de las autoridades de protección civil.

Lunes, 4 de mayo de 1998. Una de las comisiones de búsqueda localizó un cadáver, pero las características son totalmente distintas a las del norteamericano extraviado.

Así lo indicaba el reporte de aquel día. ¿A quién habían conseguido entonces los rescatistas? Era el cuerpo del español Carlos Cuadrado de La Fuente.

Jesús Farías, el guardabosque del Parque Nacional Sierra Nevada, relató cómo encontraron al español.

El día que conseguimos el cuerpo de Carlos estábamos buscando el cadáver de Christopher Hubbard. La comisión a mi cargo se amoti-

nó. Todos estaban muy agotados por lo prolongado de la búsqueda. «Estamos cansados, Jesús», me dijo uno de los voluntarios.

Regresamos a Loma Redonda, me asignaron otro grupo y tomamos la ruta de la laguna Los Anteojos, subimos por la laguna El Espejo y bordeamos la Cresta Pico Espejo hasta llegar a Cresta El Gallo. En esa comisión íbamos siete u ocho personas, de las cuales recuerdo bien al muchacho que consiguió el cadáver, Giovanni Moreno, del Grupo Andino de Rescate y a quien le decimos El Colorao por lo rojo de su cara.

Íbamos barriendo la zona. Seis metros de distancia nos separaban unos de otros. «Aquí hay un morral», dijo El Colorao, y todos nos acercamos al lugar del hallazgo. Cuando alzó el bolso exclamé: «¡Pero ese morral es de Carlos Cuadrado!».

Recordé perfectamente bien el morral verde que cargaba. El PTJ lo abrió y apareció su pasaporte, pero el cuerpo no se veía por ningún lado. El Colorao dijo: «Voy a subir esta laja», y escaló. «Sí, aquí hay un cadáver», agregó luego, y todos subimos.

El cuerpo estaba descompuesto y en posición fetal. No tenía labios y la expresión era de un profundo dolor y sufrimiento. Volteé hacia arriba y me fijé que el hombre había caído de una pared de cuarenta metros de alto, aproximadamente. El forense de la PTJ dijo que murió de un solo golpe.

La montaña como verdugo

De los distintos tipos que existen, desaparecer en el páramo es un accidente de montaña, y el desprendimiento por fallas mecánicas en el uso de los instrumentos de ascenso, es uno de ellos.

Este tipo de percance se produce, generalmente, entre los escaladores, quienes acostumbran a subir altas, empinadas y peligrosas cumbres.

Un montañista puede que haya tomado todos los mecanismos de seguridad posible, pero nunca se encuentra exento de que este tipo de accidente pueda ocurrirle, como se ha suscitado en varias oportunidades en los Andes.

Las fallas mecánicas, en algunas ocasiones, han sido propiciadas por la impericia, inexperiencia y el descuido de los montañistas, escaladores y excursionistas.

De la Sierra Nevada han sido extraídos montañistas venezolanos y extranjeros, unos vivos y otros muertos, por haber tenido accidentes provocados por las fallas mecánicas o humanas, voluntarias e involuntarias.

Los problemas de salud presentados por personas que suben a la montaña son otro tipo de accidente común, entre los cuales pueden mencionarse los de carácter motor, y los otros provocados por el sistema de funcionamiento interno del organismo.

En los incidentes de tipo motor está el doblamiento de un tobillo o una pierna que provoca la imposibilidad de continuar caminando. En los problemas de salud de funcionamiento corporal puede aparecer el Mal de Páramo, el edema pulmonar, el edema cerebral o la hipotermia.

Un accidente menos común en las altas montañas de Mérida, pero que igualmente se ha presentado, es el desprendimiento de rocas o pedazos de nieve, como el que sucedió el 15 de junio de 2000 en la cara norte del Pico Humboldt.

En este suceso estuvieron involucrados los seis jóvenes montañistas del Grupo de Rescate Enrique Bourgoín, a quienes un desprendimiento de nieve los sepultó más de un metro, y solo uno logró sobrevivir: Yony Quintero.

Ernesto Rojas, Junior Medina, Leonardo Pérez, Rafael Sánchez y Wildemar Rojas, perecieron.

Extraviarse en el páramo es uno de los accidentes de montaña más comunes que suceden en Mérida. Solamente en los primeros seis meses del año 2000 se perdieron 17 personas. Todas, afortunadamente, aparecieron vivas.

El jefe de Salvamento, Rescate y Acción Contra Incendios de Inparques para aquella época, Francisco Rivas, dio su parecer.

La imprudencia es uno de los principales factores que intervienen en los accidentes de montaña. Especialmente en el caso de los extraviados, porque no se llevan los equipos adecuados, no cuentan con las condiciones físicas requeridas para desenvolverse en las alturas y desconocen la ruta a seguir.

Esta es una de las razones por las cuales Carlos Cuadrado de La Fuente y Cristopher Hubbard murieron en la montaña, como probablemente, y según esta hipótesis, fallecieron las otras personas desaparecidas.

En el caso de Mario Torres, según los testimonios de los compañeros del estudiante, se habrían cometido imprudencias no directamente vinculadas a la desaparición. Estas, sin embargo, pudieron haber incidido en los hechos, como lo que significó subir la sierra más de los límites previstos sin contar con suficiente protección de abrigo y equipo. Además, no conocían la ruta. Con Fernando y Mima, factores relacionados con

la imprudencia saltaron a la luz pública, cuando se constata, por las versiones de las últimas personas que hablaron con ellos, que los jóvenes subieron a Pan de Azúcar a una hora no recomendada y sin llevar los equipos de abrigo mínimos.

En el caso de Raúl, según la hipótesis de que su cuerpo se lo llevó la quebrada, la imprudencia también jugó un papel clave, al intentar pasar un desagüe cuyo nivel de aguas superaba metro y medio de altura.

En la mayoría de los casos de personas extraviadas, el exceso de confianza y la imprudencia siempre están presentes de una u otra manera, como se constató con los casos de Carlos Cuadrado de La Fuente y Cristopher Hubbard.

La montaña es noble con el hombre, le proporciona aire puro, le ofrece paisajes majestuosos, le muestra sus misterios naturales; cuando el hombre no se encuentra preparado física, técnica y mecánicamente para abordarla, puede convertirse en su propio verdugo.

La neblina de los Andes

En la búsqueda de Mario Torres participó un profesor de El Valle. Su colaboración se debía a que él y su familia, de apellido Naranjo, permanecieron extraviados durante una semana en el Páramo Los Leones de la Sierra de La Culata.

Contó el profesor que un fin de semana decidieron subir al páramo en compañía de unos amigos caraqueños que los visitaban. Pensaban caminar y acampar un día en la montaña.

En medio del mejor momento del día, de sol y de campo, ocurrió un accidente. Uno de los hijos de la familia visitante se cayó y se rompió un brazo. El niño sangraba y tuvieron que bajarlo de emergencia a Mérida para llevarlo al hospital.

La familia de El Valle se quedó en la montaña recogiendo el campamento y horas más tarde, bajó. La familia visitante, según los testigos, antes de que se suscitara el accidente, tenía previsto volver a Caracas en las siguientes horas.

Debido al incidente del joven, adelantaron el viaje y no tuvieron más contacto con la familia merideña, la que se suponía conocía la zona y bajaría más tarde a su casa para incorporarse a sus labores habituales.

Luego de que saliera la familia visitante con el joven, el día se oscureció repentinamente y la neblina, como un telón blanco, comenzó a bajar y tapó el horizonte. La familia de El Valle, constituida por el padre, la madre y dos niños, un varón de brazos todavía y una niña más grande, se salió del camino de regreso y cuando se dieron cuenta, ya estaban perdidos.

Empezaron a vagar por la montaña y el frío, como una tenaza, apretaba sus huesos. Llegó la lluvia y no amainaba. La neblina tampoco levantaba su etéreo cuerpo.

Les llovió de forma prácticamente ininterrumpida durante varios días. Dormían arropados con ramas y todos muy juntos para darse calor. Comían lo que les quedaba de la excursión. El niño de brazos no soportó más la intemperie, y murió.

Su padre, su madre y su hermana improvisaron una tumba con piedras donde lo enterraron, y continua-

ron caminando, vagando entre la espesa niebla, intentando salir de la pesadilla en la que se habían metido. Perdían fuerzas. El padre, la madre y la hija comenzaron a gatear. Luego no gateaban sino que dejaban rodar sus cuerpos montaña abajo.

A esa altura de los hechos, el padre solo pedía a Dios que fuese el último en morir para poder enterrar a su familia. Sus esperanzas de vida se habían agotado.

Una mañana apareció el sol como un acto de magia de la naturaleza y el padre de la familia contempló en el horizonte las inmediaciones de la choza donde habían acampado en un principio.

La familia siempre estuvo dando vueltas alrededor de la cabaña, desde donde, incluso, se logra divisar parte de Mérida, no podían ubicarse porque la neblina no lo permitía. Se habían salvado.

Dos meses posteriores al rescate, el padre fue a la montaña a buscar el cuerpo de su hijo para darle cristiana sepultura, pero no lo consiguió.

El profesor reflexionaba en las noches, cuando la búsqueda de Mario Torres se suspendía: *La montaña nos dio la oportunidad de continuar viviendo, a la niña, a mi esposa y a mí; a cambio, se llevó la vida de nuestro hijo y no nos quiso regresar su cuerpo.*

La niebla es uno de los elementos claves, además de la imprudencia, que causa que las personas se pierdan en la montaña, pues ese fenómeno climático tapa la visibilidad del camino.

En el caso de Mario, bajó la neblina. Los cuatro jóvenes y el profesor no se extraviaron porque decidieron pernoctar en la montaña, luego desaparecería el joven.

Con Fernando y Mima cuentan los testigos que, pasadas las horas del mediodía, la neblina bajó bastante y durante esos días el misterioso manto blanco arropó al mismísimo centro de la ciudad de Mérida.

Una de las principales reglas de la montaña es no caminar cuando baja la neblina y bloquea la visibilidad de la vía. No obstante, la gente extraviada continúa caminando y de esta manera complican su situación. Esto les sucede no solo a personas inexpertas, sino también a los experimentados.

Otra razón de carácter geográfico que incide en las pérdidas, lo constituye la similitud de más de 300 lagunas que se localizan en el páramo. Muchas veces las personas creen encontrarse en una laguna, pero en realidad se encuentran en otra distinta.

De esta manera, el montañista Alejandro Liñayo enfatizó que existen razones de carácter geográfico, climático y humano que intervienen en los accidentes de montaña, y particularmente, en el extravío de personas.

Las desapariciones están más asociadas con el desempeño del ser humano en la montaña y con las características naturales de las sierras, que con seres de otros planetas o fenómenos paranormales, personas que invocan a satanás en la montaña, narcotraficantes o Encantos que habitan en las profundidades de las lagunas del páramo.

La hipotermia ataca (sobre el caso Mario Torres)

Los campesinos aseveran que en el páramo existen tres tipos de muerte: una llamada «muerte súbita», provocada por el disfuncionamiento de un órgano del cuerpo

humano, como un pie o una pierna doblada que impide la movilización de una persona por sus propios medios; una «muerte violenta», producida por un resbalón y caída entre los riscos; y una «muerte dulce», que apaga la vida lentamente en medio de un sueño de felicidad.

Esta última la describe el escritor y docente Julio Carrillo en los siguientes términos:

Esta muerte parece una seducción realmente macabra. Se trata de un escape a la fantasía, a estados oníricos especiales que la naturaleza brinda a personas para evitarles el sufrimiento que significa el congelamiento progresivo de sus expresiones vitales.

Esta última forma de morir se conoce, científicamente, como hipotermia, enfermedad que puede provocar la muerte por congelamiento si no es abordada a tiempo.

El médico y montañista Armando Subero, afirmó que el problema básico de ascender grandes cimas, consiste en que la densidad del aire disminuye a medida que progresa el ascenso a 5500 metros de altura sobre el nivel del mar. Esta altura es la base del Everest, el pico más alto del mundo.

Ante esta realidad, la presión parcial de oxígeno también disminuye y la cantidad de oxígeno presente se reduce en 50 % en relación con la existente a nivel del mar. Por encima de los 5500 metros de altura no es posible vivir permanentemente por el rápido deterioro físico al cual está expuesto el ser humano.

Las consecuencias que se desencadenan por el ascenso y la falta de oxígeno es la hipernea, es decir, respirar más rápido para compensar la disminución de oxígeno. El neurocirujano da su testimonio:

Al respirar más rápido también se elimina anhídrido carbónico y esta situación puede conducir a trastornos del equilibrio ácido-base del organismo. La disminución de anhídrido carbónico en la sangre es la que regula el centro respiratorio en el tallo cerebral.

Subero enumeró las cuatro grandes patologías de altura: Mal de Altura (conocido popularmente como Mal de Páramo o Saroche), el Edema Pulmonar, el Edema Cerebral y las lesiones por el frío.

El Mal de Páramo agudo suele aparecer las primeras 24 horas de ascenso rápido y reaparece con cada aumento rápido de altura. El médico lo explica:

La persona, al ascender por encima de los 3000 metros de altura sobre el nivel del mar, sobre todo si lo hace rápido, comienza a sentir un malestar general, palidez, cefalea, náuseas y pérdida del apetito.

Cuando se extravió Mario Torres se sostuvo que el joven había decidido quedarse porque se sentía indispuesto de salud.

Se habló de que el estudiante tenía un principio de Mal de Páramo, aunque los amigos afirman que el compañero de ruta decía sentirse mal, pero no mostraba ninguna alteración en sus actitudes, a excepción del silencio que mantenía en sus cavilaciones.

El Mal de Páramo se trata con reposo, suministrando oxígeno si se dispone, y descendiendo a menor altura si los síntomas son graves o persisten de 24 a 28 horas. Desde que iniciaron el ascenso el domingo 4 de noviembre en horas de la mañana, hasta la siguiente mañana del lunes 5 de noviembre, transcurrieron 24 horas.

El testimonio de los jóvenes revela que habían superado los 3000 metros de altura sobre el nivel del

mar; ninguno de ellos, incluyendo Mario Torres, manifestó que tuviera algún problema de salud, como se supone cuando hay Mal de Páramo.

Mario, dijeron sus amigos, no presentaba dolor de cabeza o náuseas, aunque tenía un malestar general, sin precisar de qué tipo, y no tenía apetito.

Una de las principales razones por las cuales la mayoría de los jóvenes querían bajar inmediatamente al Colegio Fe y Alegría, era porque tenían mucha hambre. Esta necesidad, sin embargo, no la manifestaba el joven.

¿El malestar que presentaba Mario Torres era, efectivamente, signo de Mal de Páramo? Es posible, aunque no completamente cierto. ¿Los amigos de él, por su inexperiencia en la montaña, no se habrían dado cuenta de que el joven presentaba un mal de salud más delicado de lo que suponían? Es factible.

¿Qué hizo Mario Torres una vez que sus dos últimos compañeros, el profesor Francisco Javier y José Hugo García, lo dejaron en la montaña? ¿Hacia dónde caminó? Eso es un misterio.

Escondiéndose del frío encontró la muerte

Es posible que más que un Mal de Páramo, Mario pudiera haber presentado una hipotermia. Esta última tiene características distintas al primero, aunque ambos sean males de altura.

Armando Subero indicó que el frío afecta, generalmente, las extremidades y la cara. Comienza por el aumento de la sensación de frío, luego aparece el dolor y al final la anestesia del tacto y la sensibilidad.

Al profesor y a los cuatro jóvenes se les presentaron lesiones por la exposición al frío, como lo indica el testimonio de uno de los estudiantes, aunque sin llegar aún a la hipotermia aguda. El médico señala:

El frío en las alturas, el viento, la falta de oxígeno que disminuye la producción corporal de calor y la fatiga del ascenso que conduce al descuido de mantenerse caliente, lleva a que el calor corporal se pierda rápidamente. La temperatura disminuye primero en las extremidades, luego en la parte central del cuerpo, afectando órganos vitales y conduciendo, posteriormente, a la muerte. La combinación de fatiga extrema y ropas húmedas son siempre los factores que conducen al desastre, llevando a estados mentales de confusión y deterioro. Esto generalmente conduce a la toma de decisiones incorrectas.

Este cuadro médico se acerca más al que Mario pudo haber presentado (una hipotermia aguda), luego de que los últimos compañeros bajaran de la montaña.

Subero señaló cómo se trata la hipotermia:

La hipotermia se trata calentando a la víctima lo más rápido posible sin quemarlo, arropándolo con ropas calientes. Si es capaz de tragar, se le deben dar líquidos calientes y si existe ayuda médica, se debe usar suero. De esta manera, la salud de la persona mejora.

¿Qué pudo haber hecho el joven estudiante una vez que se le presentó la hipotermia? Según esta hipótesis empezó a caminar sin tener conciencia hacia dónde se dirigía y pudo haberle sucedido dos cosas.

Una: empezó a experimentar tanto frío y malestar, que intentó guarecerse en un lugar tan recóndito que no pudo ser localizado. Su cuerpo permanecería allí.

Dos: comenzó a caminar y rodó por uno de los barrancos o cayó en los precipicios que existen en la zona boscosa del Páramo Los Leones.

Sepultado por las capas vegetales

La posibilidad de que el estudiante se haya caído por un farallón se descartó, porque estas formaciones se hacen, generalmente, en las inmediaciones de los ríos y quebradas, y son causadas por el socavamiento del talud, el cual cede ante la presión del agua. Estas formaciones se encuentran en zonas abiertas, razón por la que, si el joven cayó por un precipicio, hubiese sido localizado.

El testimonio de los montañistas que participaron en esta búsqueda, como es el caso de Carlos Reyes, con más de 24 años de experiencia en alta montaña, reveló que en la zona boscosa del Páramo Los Leones, la más próxima al Colegio Fe y Alegría, existen capas vegetales en cuyo interior se encuentran hondonadas profundas. Este montañista, que trabajaba como guardabosque en el Parque Nacional Sierra Nevada y que en la época en la que desapareció Mario Torres era miembro de uno de los grupos de rescate de Mérida, indicó que buscar al estudiante era como hacerlo con una aguja en un pajar.

Primero, por la falta de información más precisa sobre lo que hizo el estudiante antes de que lo vieran por última vez, y segundo, por las condiciones geográficas de la zona, principalmente en la boscosa.

Reyes describe el lugar donde se extravió Mario Torres: *En este sector boscoso a veces teníamos que ir amarrados*

unos de otros porque existen unas capas vegetales que se forman en el suelo y que a primera vista parecen sólidas, pero cuando se pisan, la gente se hunde porque son huecos oscuros y vacíos.

Alejandro Liñayo, sin embargo, describe otras condiciones: *Las hondonadas en el Páramo Los Leones existen, pero no son lugares donde se cae sin quererlo. No creo en esa versión de que la persona va caminando y de repente cae en un hueco y queda atrapado. La hondonada se busca por la necesidad de guarecerse del intenso frío. Esta es una explicación más coherente.*

El joven estudiante, según la versión de los montañistas, desorientado por los males que provoca la hipotermia, pudo haber caído en uno de esos huecos y murió por el impacto del golpe; o para protegerse del frío se refugió en uno de esas honduras y se escondió tanto, que jamás pudieron conseguir su cuerpo.

Morir en la montaña (sobre el caso Fernando y Mima)

El sector Pan de Azúcar, lugar donde se extraviaron Fernando y Mima, a diferencia de donde desapareció Mario, es una zona amplia y abierta.

En el caso del estudiante de Fe y Alegría había una zona boscosa cerrada. Más arriba se localiza un sector que oscila entre la montaña boscosa y el páramo propiamente, y finalmente está el páramo, donde existen espacios completamente abiertos y extensos. Por estas últimas razones, Alejandro Liñayo considera que la búsqueda de Fernando y Mima era más difícil que la de Mario. Con el estudiante de Fe y Alegría había un camino más o menos delimitado por donde

se supone subió y pudo haber bajado el joven. Con los estudiantes universitarios, no.

Existen dos versiones sobre lo que iban a hacer Fernando y Mima. Las personas que estaban en el refugio indicaron que los muchachos iban a dar una vuelta de reconocimiento, razón por la cual salieron en franelas y pantalones cortos.

Otra versión, recogida de las últimas personas que los vieron, la montañista Rosa Pabón y otros tres jóvenes, destaca que subirían hasta el pico Pan de Azúcar, a dos horas del refugio, caminando a paso rápido. Si los estudiantes iban a dar una vuelta de reconocimiento, seguramente los hubiesen encontrado inmediatamente; si subieron a Pan de Azúcar, la búsqueda era más compleja, porque los jóvenes pudieron haber tomado cualquier rumbo.

Cuando una persona se extravía, el sentido común señala que el camino de regreso está en las zonas bajas y desciende, pero si la neblina les tapó el camino pudieron haber perdido la orientación completamente.

El montañista Liñayo explicó que la persona que se extravía en la Sierra de La Culata utiliza como referencia la cuenca del río Mucujún, la cual lleva a la ciudad de Mérida. En la zona de Pan de Azúcar, donde irían los estudiantes, la cuenca desaparece, razón por la cual tampoco podían orientarse a través del río.

La regla de la montaña que indica que cuando baja la neblina en el páramo los caminantes deben parar su marcha y continuarla cuando se despeje el camino, generalmente no se cumple. Por el contrario, las

personas siempre caminan. Liñayo dijo: *En el caso de Fernando y Mima no podían cumplir con esa regla. Fernando, por su experiencia en la montaña, sabía que no podían permanecer parados debido a las ropas que cargaban: pantalones cortos y franelas.*

Generalmente las personas que se extravían en Pan de Azúcar suelen caminar inconscientemente hacia el norte de La Culata, lugar que lleva a la zona Sur del Lago de Maracaibo. Este trayecto se hace en ocho días.

Algunos amigos de Fernando, conocedores de sus capacidades para la sobrevivencia en la alta montaña, pensaban que, a la semana, los dos jóvenes aparecerían en Tucanizón, a donde generalmente llegan los perdidos de La Culata. Cumplidos los ocho días, y viendo que los estudiantes no aparecían, comenzaron a pensar lo peor.

Fernando y Mima, según esta hipótesis racional, salieron a caminar al pico Pan de Azúcar. Les bajó la neblina y se extraviaron o alguno de los dos tuvo un accidente: se le dobló un tobillo a la muchacha o al muchacho se le pudo haber presentado un percance físico, y decidieron parar y guarecerse en las formaciones del páramo que parecen cuevas.

Según esta versión, los jóvenes se extraviaron y de tanto vagar, comenzaron a sentir los rigores del frío e intentaron buscar la cueva o el hueco más recóndito que les diera un poco más de calor a sus cuerpos. Inconscientemente se escondieron, de tal manera, que jamás pudieron conseguirlos y al igual que Mario Torres, murieron de hipotermia.

Los escondites del páramo

Existen testimonios de agricultores y montañistas sobre personas que han muerto de hipotermia en la montaña, como el caso contado por José de Los Santos Moreno en San Rafael de Tabay y recogido por el profesor Julio Carrillo en el libro *Por ahí cuentan que...*

Relató José de Los Santos que un día salió de su casa, en el páramo Gavidia de la Sierra Nevada, a visitar a otros familiares. Cuando se despidió, a las 7:00 de la mañana, el cielo estaba completamente despejado.

El día transcurrió con normalidad, pero a las 4:00 de la tarde el cielo se oscureció y anunció un aguacero. A los pocos minutos empezó a llover y José de Los Santos, sabiendo de las personas que encuentran muertas en los caminos, congeladas de frío, apuró el paso. Intentaba llegar a una cueva cerca de la laguna Santo Cristo. Hacía demasiado frío.

El tiempo empeoraba y todavía le quedaba media hora de camino para llegar a la cueva, ya no tenía fuerzas. La hipotermia le recorría sus venas como el veneno de una serpiente.

El relato destaca que José de Los Santos, frente a la idea del dulce sueño del Mal de Páramo, se espantó y trató de aplicarse un tratamiento campesino, fruto de consejas y relatos escuchados en otros tiempos: la lucha contra la «dormidera del páramo». Esta, en esencia, es una pelea por la vida.

Los campesinos la describen como un enfrentamiento. En esa lucha la vida se enfrenta mentalmente con la muerte, considera Carrillo.

El páramo llama al hombre, es el decir del campesino. La mente debe ser poderosa y fuerte, amparada con la voluntad de la Santísima Trinidad, de la Virgen del Carmen y en especial del Santo Cristo.

En una parte del relato, José de Los Santos exclamó: *¡Caraju!, qué veo. Sí, allá tan mis taitas y mi tía Ufemia. Me sonríen, me saludan, querren que yo vaya con ellos..., pero... qué me pasa si ellos están muertos... ¿por qué los veo?*

Estaba delirando. José de Los Santos, finalmente, logró llegar a la cueva y se guareció. Vivió para contar lo que otras personas no han podido, sobre los síntomas que se sienten cuando se muere congelado de hipotermia.

José Alberto Dávila, el baquiano de la zona de Mucurubá que participó activamente en la búsqueda de Fernando y Mima, sabe de lugares donde han muerto personas «emparamadas» y cuyas cruces se consiguen por los caminos de La Culata.

Dávila conoce, en lo personal, dos casos. Personas que se extraviaron, las buscaron y las encontraron muertas por el frío. Una de ellas se llamaba Atanasio Barrios y era campesino de la zona; la otra era un excursionista de la ciudad.

La diferencia consiste en que a esos extraviados los encontraron, muertos, sí; pero los consiguieron. En el caso de los estudiantes, no; como si el páramo se los hubiese tragado.

Las mil y una trampas

Existe otra hipótesis, sostenida por algunas personas, entre ellas el agricultor José Dávila, sobre el destino de estos jóvenes.

En el páramo hay lagunas que los campesinos llaman «tapadas». Estas son cuerpos fangosos cubiertos por la vegetación.

Los campesinos evitan estas lagunas, donde han muerto ahogados animales, principalmente vacas, que empiezan a caminar por los páramos hasta quedar atrapadas en las lagunas.

Contó Dávila que en la búsqueda de Fernando y Mima, un rescatista se introdujo en una de estas lagunas sin saber sus consecuencias y tuvieron que sacarlo entre varias personas. El nivel del fango le llegaba a la cintura.

A mí siempre me quedó la duda con las lagunas tapadas. Estas lagunas son hondas y peligrosas. Son muy pocas, pero existen.

José Dávila afirmó que si a Fernando y Mima les bajó la neblina, se extraviaron y comenzaron a caminar, se pudieron haber metido en una de estas lagunas y fueron absorbidos.

Una persona que se introduzca en estas lagunas tapadas es difícil que eche para atrás y menos si va física y anímicamente agotada, como se supone en el caso de estos muchachos.

El profesor de Botánica de la ULA y rescatista del Grupo Andino de Rescate, Henry Rodríguez, explicó que estas lagunas son glaciares cuyas aguas no tienen salida.

Las aguas de lluvia que caen las han sedimentado, creando especies de arenas movedizas, como es el caso de una llamada Barro Negro, ubicada cerca del lugar de donde suponen se extraviaron los estudiantes.

Henry Rodríguez no tiene suficientes pruebas para afirmar que Fernando y Mima fueron absorbidos por estas

lagunas, pero sí elementos para suponer que esto pudo haber sucedido con los cuerpos de los dos estudiantes.

No obstante, Alejandro Liñayo no cree en esta hipótesis.

Estas lagunas fangosas existen, pero una persona que entre en uno de estos fangos, se da cuenta inmediatamente. No es una especie de laguna movediza de las películas. Además, así como estas lagunas tapadas han engullido animales, tarde o temprano los termina expulsando, como ha sucedido con el cuerpo de las vacas.

El montañista Jaime Bautista Rangel comparte la versión de que los jóvenes pudieron haber sido absorbidos por estas lagunas y esboza otras hipótesis.

Los páramos de las sierras merideñas se diferencian de otras montañas del mundo porque tienen una barrera de selva antes de llegar a la zona de páramo.

A una persona perdida es bastante lógico que la atrape la desesperación y los actos no están muy orientados por el razonamiento más correcto para comportarse en una situación como esta, por más experiencia que pueda tener. En muchas ocasiones, ocurre con frecuencia en la Sierra de La Culata, donde las personas comienzan a bajar porque lo ven como lo más correcto. Esta sierra cuenta, sin embargo, con una barrera de selva nublada muy tupida por la vegetación donde la persona que entre es bastante complicado que pueda salir.

Esta es una zona donde casi todo el año llueve. Una vez que la persona entra a esta selva puede desembocar en muchos destinos: morir por una pesada rama de un árbol que se desprenda, caer en un hueco y no salir jamás, morir por la picadura de una serpiente, una araña o descuartizado por un puma, entre otros peligros.

Otra hipótesis: en las montañas existen zonas muy frágiles que limitan con el vacío de los barrancos. Es-

tas, como sucede con las avalanchas de las nieves, se desprenden tapando todo lo que consiguen a su paso. Esto lo contó Jaime Bautista Rangel por experiencia propia. Solo que en esa oportunidad se apartó a tiempo para no ser sepultado por rocas y tierra desprendidas. Una persona que no reaccione con rapidez puede morir tapiada y nadie la consigue.

Según esta hipótesis, Fernando y Mima pudieron haber muerto de cuatro formas:

Uno: de hipotermia y escondidos involuntariamente en un rincón del páramo donde los rescatistas no lograron llegar.

Dos: ahogados, atrapados en las lagunas «tapadas» del páramo.

Tres: se metieron en la selva, no pudieron salir, murieron y fueron devorados por algunos de los animales salvajes o estos mismos animales los mataron. En esta zona pocos rescatistas se introducen, pues es muy intrincada.

Cuatro: murieron tapiados por una avalancha de rocas y tierras, razón por la cual nunca los pudieron conseguir.

Sepultado por las rocas (sobre el caso Raúl Villamediana)

El día que desapareció Raúl Villamediana en la Sierra Nevada era una época de invierno. El montañista Carlos Reyes, que participó en esta búsqueda, recordó que por esos días llovió como no había sucedido durante varios años en esa zona.

Señaló que en los días de verano el desagüe de Laguna Verde es un río inofensivo. No obstante, durante

los días de la desaparición del montañista, el desagüe creció significativamente.

En la parte alta de la quebrada el caudal de agua creció y alcanzó entre 50 y 60 metros de ancho, por lo que considera bastante factible que Raúl haya sido arrastrado por las aguas.

¿Por qué se consiguió toda su ropa y enseres y no se localizó el cuerpo? Según esta hipótesis, ajustada a la racionalidad de algunos montañistas, las fuertes aguas arrancaron sus pertenencias, incluyendo su pantalón y franela.

El montañista, en su intento por salir del percance, pudo haberse agarrado de una piedra y esta lo sumergió o las inmensas piedras que arrastraba la corriente de agua a su paso cayeron sobre su humanidad, sepultando su cuerpo bajo la quebrada.

Raúl quedó enterrado, trágicamente, en el fondo de la quebrada y su cuerpo jamás pudo ser localizado porque las inmensas rocas que cayeron sobre la quebrada, lo impidieron.

El montañista Henry Rodríguez, quien participó activamente en esa búsqueda, coincidió con otros rescatistas en esta hipótesis. Cree que la crecida de las aguas pudo haberse llevado el cuerpo de Raúl: *La corriente de agua no solamente era ancha, era suficientemente fuerte para triturar el cuerpo del joven montañista.*

El estudiante de la Universidad Central de Venezuela (UCV), según esta suposición, falleció por las fuertes precipitaciones de agua que cayeron sobre la Sierra Nevada en esa temporada y que provocaron la crecida del desagüe de Laguna Verde por encima de metro

y medio. Su cuerpo no apareció porque fue triturado por las aguas. Su sangre y sus huesos también habrían sido barridos por las aguas.

Si tomamos en cuenta a las personas desaparecidas antes citadas, la muerte de Raúl, según esta conjetura, podría catalogarse como una de las más violentas. No habría tenido tiempo para pensar -menos para reflexionar- en lo que estaba sucediendo. Las aguas, terriblemente, le habrían arrancado la vida en unos segundos.

La montaña: un mundo complejo (sobre el caso de los hermanos Rincón)

La cascada del Parque Recreacional India Carú de Bailadores es impresionante. En las temporadas altas el parque se llena de turistas nacionales y extranjeros que acuden a observar su belleza, cuya vista se pierde en lo alto del horizonte.

Esta caída de agua es lo que llaman los pobladores de Bailadores «la primera cascada». Un promedio de quince cascadas quedan más arriba de esta. Según los testimonios de los padres de Gustavo y Reina, los muchachos iban hasta la tercera o cuarta cascada.

No obstante, llegar a cada uno de estos escenarios naturales, no es fácil. Los barrancos son muy hondos, y en algunos lugares del camino se debe escalar.

Los hermanos Rincón Parra, al igual que Mario, Fernando y Mima; también pudieron haber muerto de hipotermia de haber llegado al páramo, luego de cruzar la selva. Si arribaron al páramo y comenzaron a caminar, quizás decidieron guarecerse en algún rincón y morir, luego de sentir los rigores del frío.

No obstante, se considera poco probable que hayan cruzado toda la selva hasta llegar al páramo. Es un camino realmente difícil.

Los hermanos pudieron haber caído en alguno de los barrancos. A diferencia del caso de Mario, muchos de estos farallones son cerrados y tapiados en el fondo por mantos de hojas.

A manera de conclusiones

¿Por qué los cuerpos de las personas extraviadas en el páramo no han aparecido? Esta es una pregunta que se repite una y otra vez, como un eco, en el fondo de la mente de las personas que conocen estas historias. Ese eco es envuelto por la incertidumbre, como la neblina lo hace con la inmensidad del páramo.

Las hipótesis racionalistas del destino de los desaparecidos en el páramo, expuestas en este relato, al igual que las conjeturas de la desaparición simulada, el secuestro y el asesinato son, hay que reiterarlo, tan solo presunciones.

No resultan menos especulativas las hipótesis de la intervención de grupos «satánicos» y narcotraficantes o las versiones que van más allá de la comprensión racional, como los *Encantos*, los ovnis y otros fenómenos paranormales.

Mientras no se compruebe que los desaparecidos se encuentran vivos, haciendo otra vida por decisión propia o que estén en otra parte en contra de su voluntad, solo podemos exponer conjeturas o versiones sobre su destino en las montañas de los Andes.

Incluso, en el supuesto de que los jóvenes hubiesen fallecido, lo único que nos queda es hablar de hipótesis hasta que se localicen sus huesos y se compruebe que las personas notificadas como desaparecidas en la montaña están, efectivamente, muertas.

Es cierto, unas versiones son más creíbles que otras, según el punto de vista de cada cual, pero, al fin y al cabo,

solo son conjeturas que nos permiten, sin embargo, aproximarnos a dar algunas respuestas sobre el destino de las personas que desaparecen en los Andes.

Los hechos mostrados en este libro, que pretendió ser de largo aliento periodístico, literario y testimonial, nos permitió, a su vez, acercarnos a los problemas de fondo que encierran los páramos merideños y la complejidad que envuelve el mundo de la montaña.

Por último, es importante acotar que, en el caso de la hipótesis racionalista, no solo las condiciones geográficas de las montañas de los Andes y la actitud de los excursionistas y expedicionarios del páramo han jugado un papel clave en la no localización de los cuerpos. Las fallas existentes en las estructuras del sistema nacional de búsqueda, rescate y salvamento de Venezuela, podrían ser también fundamentales. No obstante, este ángulo del tema podría dar pie para escribir otro libro.

Agradecimientos

A los periodistas Adelfo Solarte, Nilsa Golfo, María Socorro y Nelson Corredor. Por el techo, porque en sus casas me hicieron sentir que estaba en la mía.

A los rescatistas Carlos Burguera, Carlos Palomares, Hugo Medina y Gustavo Molina. Por las caminatas compartidas en el páramo, por ser buenos guías de montaña.

A Alejandro Liñayo. Por el apoyo y el entusiasmo, porque siempre tuvo clara la importancia de este proyecto.

A los montañistas Julio Lescarbure, Henry Rodríguez, Francisco Rivas, William Sarmiento y Jaime Bautista Rangel. Por la valiosa información aportada para este reportaje.

A Henry Pereira y Alberto Benavides, «Rambo». Por la solidaridad de Bailadores.

Al poeta Néstor Luis Rivera, «Tony». Por el grato hospedaje valenciano.

A Danisbel Gómez y Alejandro Botía. Por tener siempre las puertas abiertas en Caracas.

A Rafael Guía. Por formar parte de esos amigos que siempre hacen falta.

A Adriana Heras, por las correcciones oportunas.

A todas aquellas personas que me dedicaron parte de su tiempo para contarme su testimonio. A todos ellos, por enriquecer este trabajo con sus historias.

Contenido

Dedicatoria	5
Prólogo: Accidentabilidad en la alta montaña	7
Prefacio: La historia de este libro	21
Preámbulo: Relato de un superviviente	25
Capítulo I: Desaparecidos en la Sierra de La Culata	37
Capítulo II: Sectas, narcotráfico y contrabando en las montañas	63
Capítulo III: Puertas de entrada a la dimensión desconocida	79
Capítulo IV Encantamientos: los otros misterios del páramo	99
Capítulo V Más desapariciones en los Andes	113
Capítulo VI Sembrados en la montaña	143
A manera de conclusiones	181
Agradecimientos	183

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 28 días del mes de abril de 2023, el mismo día de 1958 en que se funda la Asociación Zuliana de Ciegos.